


7



D. Pascual Bonat

La conquista de España

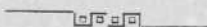
POR LOS ÁRABES



9337

LA CONQUISTA DE ESPAÑA

POR LOS ÁRABES



ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

POR

LEONCIO CID Y FARPÓN,

Doctor en Filosofía y Letras,
Catedrático numerario del Instituto de Avila,
Académico correspondiente de las Reales Academias de la
Historia, de Bellas Artes de San Fernando, y de la Económica Matritense,
Vocal de la Comisión Provincial de Monumentos
históricos y artísticos, etc.



ÁVILA

TIPOGRAFÍA DE RAFAEL SARACHAGA É HIJO

— 1894 —

Inscrita esta obra en el Registro de
la propiedad literaria, el autor se re-
serva todos los derechos que le conce-
de la ley.

Á MI QUERIDO PADRE,

maestro y actual compañero de Claústro,

DON BENITO CID Y CONDE,

DOCTÍSIMO CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE ÁVILA

Para que este humilde ESTUDIO fuera digno de ostentar en la presente página el respetable nombre de usted, necesitaría reunir relevantes condiciones literarias y científicas, de que carece. Lo sé: pero yo no se le dedico á usted como obra de mérito, sinó como homenaje de filial cariño.

Leoncio Cid.

Avila 30 de Enero de 1894.



LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES



INTRODUCCIÓN

En el movimiento vertiginosamente expansivo de la propaganda mahometana, fenómeno religioso, político y guerrero á un mismo tiempo, verdadera «misión armada», que durante la primera centuria de la Hégira iba extendiendo de victoria en victoria el dominio del Islamismo sobre la mayor parte de la tierra entonces conocida, dos eran los puntos de más natural acceso para dar entrada en la cristiana Europa á las enardecidas huestes musulmanas, ansiosas de someter á la ley del Corán las comarcas todas del antiguo imperio romano, despedazado dos siglos antes por

la tosca espada de los bárbaros del norte: el Estrecho de Constantinopla, avanzada oriental frente al Asia, y el Estrecho de Hércules, confín meridio-occidental, vecino de la africana costa.

El *fuego griego*, abrasando las flotas árabes, que intentaron prematuramente señorear la antigua Bizancio, libró á la ciudad de Constantino del yugo islamita, cerrando en el Oriente por espacio de ocho siglos las puertas de Europa á la invasión mahometana, ⁽¹⁾ mientras la tea de la discordia visigoda, iluminando desde el monte Calpe con siniestros resplandores las fronteras playas, mostraba franco derrotero á las bravías é inquietas tribus arábicas y berberiscas, escitando el codicioso fervor de las muchedumbres musulmicas, que yá habían paseado triunfante el estandarte del profeta de la Meca por la Siria y por la Persia, por el Egipto y por la Mauritania, y que meditaban lanzarse en la primera ocasión propicia sobre la península ibérica.

La entrada en España de los sectarios de Mahoma, cuyo porta-estandarte fué el pueblo árabe; esa audaz y rápida invasión, obra de

(1) Sin hallar resistencia cruzaron las naves sirias musulmanas en el año 668 el Hellesponto (Dardanelos) y la Propóntide (Mar de Mármara); pero la fortaleza de las murallas de la antigua Bizancio, y el famoso «fuego griego», obligáronlas á retirarse con pérdida de 30.000 hombres, desistiendo de una empresa que otro pueblo mahometano (los turcos) realizó ocho siglos más tarde, el año 1453.

sorprendente brevedad en la conquista, y de tenacidad y resistencia ocho veces secular en el dominio, ha de ser el asunto que nos proponemos desarrollar, y cuya exposición se condensa en la siguiente tesis: «*Estudio histórico-crítico de la conquista de España por los árabes*».

Pero como todo fenómeno histórico es siempre el resultado más ó menos próximo de fenómenos anteriores, que le preparan y determinan, acondicionándole á la vez para engendrar en el tiempo nuevas y sucesivas evoluciones; como no es posible apreciar la índole y significación de los hechos ofreciéndoles aisladamente con la irracional autonomía de la generación espontánea, huérfanos de la noción de causa, que cimenta toda investigación científica y crítica, se impone á nuestro estudio la necesidad de analizar, siquiera sea someramente, cuáles fueron los elementos activos en el suceso de la invasión de los árabes en nuestra patria; qué ideales y aspiraciones movían al pueblo conquistador; cuál era su condición social y política, y cuál la condición política y social del pueblo conquistado, á fin de llegar derechamente al punto de vista, desde donde pueda percibirse con amplitud la profunda y súbita mudanza, que experimenta la nación española en el primer tercio del siglo octavo de la Era Cristiana.

A muy corto lapso se refiere el fondo de nuestro trabajo, puesto que en solos tres años (711-712-713) se desenvuelven los acontecimientos sobre que versa nuestra tesis; pero es materia tan discutible y tan discutida la que abarca este brevísimo periodo, y tan oscuros y controvertibles son los hechos inmediatamente precursores del mismo, que aun limitando nuestra crítica á fuentes de conocimiento yá exploradas por los eruditos, reduciendo nuestra atención á determinado campo bibliográfico, y cercenando de nuestro intento las amplias consideraciones y los extensos comentarios, á que el asunto se presta, hemos de vernos forzados á interrumpir frecuentemente la exposición de los hechos con observaciones, notas y citas precisas de las principales crónicas arábicas, latinas y castellanas; y hemos de sentirnos obligados á desarrollar este *Estudio* en varios CAPÍTULOS, para examinar con la debida separación los puntos más importantes del mismo, que, en nuestro juicio, son los enunciados con los siguientes epígrafes: 1.º, *Los árabes*; 2.º, *La decadencia gótica-hispana*; 3.º, *La invasión*; 4.º, *La batalla de Wadi-Becca*; 5.º, *La campaña de Tarik*; 6.º, *Las campañas de Muza y Abdalaziz*; y 7.º, *La sumisión de España*.

Inconcebible atrevimiento sería, dada la

humildad de nuestras fuerzas, que pretendiéramos decir la última palabra sobre este periodo de la historia de España, tan complejo y enmarañado y obscuro. Nuestro modesto trabajo no es tampoco de exploración sobre fuentes inéditas: que tal labor de avanzada, para que el progreso científico resulte firme, ha de ser llevada á cabo por personas de excepcional erudición y superior talento.


El campo de acción crítica, en que nosotros nos hemos colocado (con el temor, por cierto, de que nuestra mirada no alcance á abarcarle cumplidamente) es más conocido, y en él intentaremos recoger lo que hallemos depurado en las investigaciones de los sabios modernos, confrontando sus afirmaciones y cotejando sus juicios, sin echar en olvido los juicios y las afirmaciones de los cronistas latinos y arábigos de la Reconquista, ni las narraciones de nuestros principales historiógrafos nacionales.

Después de Casiri y Conde, otros distinguidos arabistas han aportado al conocimiento de nuestra pasada vida nacional nuevos elementos de depuración histórica sobre el asunto del presente *Estudio*. Cherbonneau, Houdas y nuestro Gayangos, traduciendo y dando á conocer la Crónica de Aben-Alcothya y la historia de Al-Makkari; Lafuente Alcántara, poniendo en lengua castellana el «Ajbar

Machmúa», conocido entre los eruditos por *el anónimo de París*, colección de tradiciones reputada como el más exacto relato de la conquista de España por los árabes; Fernández y González (D. Francisco) vertiendo á nuestro idioma con el título de «Historias de Al-Andalus por Aben-Adhari de Marruecos», parte del tomo II de «Al-Bayano-l-Mogrib»; el Barón de Slane en su «Histoire des bereberes»; D. Joaquín de González en la traducción de «Fatho-l-Andaluci»; Dozy en sus notabilísimos «Recherches»; y últimamente los doctísimos académicos españoles D. Aureliano Fernández Guerra, en la «Caída y ruína del imperio visigótico español» y D. Eduardo Saavedra en su «Estudio sobre la invasión de los árabes en España», han acarreado nuevos y copiosos materiales para la reconstrucción de la historia de la conquista de España por los musulmanes.

Deber nuestro es estudiar con detenimiento las obras de tan ilustres maestros, antes de emprender la publicación del presente trabajo histórico-crítico.

Pero el afán de la novedad no nos hará olvidar á nuestros historiadores clásicos, de cuyas obras haremos constante referencia, como testimonio de respeto á sus relatos.



CAPÍTULO PRIMERO

LOS ÁRABES

- I. Los árabes como elemento integrante de la Historia de España.—II. La cultura árabe antes de Mahoma.—III. La religión primitiva de la Arabia.—IV. Mahoma y su doctrina.—V. Primeros progresos del Islamismo.—VI. La propaganda del Islamismo con Abu-Beckr y con Omar.—VII. Las conquistas y las disidencias mahometanas durante los califas Othman y Ali.—VIII. Los omeyas hasta la conquista de España.—IX. Caracter moral de los árabes.—X. Rivalidades: los *yemenies* y los *maaddies*.

I

Cuanto concierne á la civilización árabe posee una especial importancia, há mucho tiempo reconocida por los hombres doctos de todos los países, y sancionada yá por la opinión vulgar en nuestra patria, á pesar de que las crónicas, los romances y los medios todos de instrucción popular en la Historia de España han estado, durante siglos enteros, inspirados en un estrecho y mezquino espíritu de mal entendida nacionalidad, que consideraba per-

sistentemente como advenedizos infieles, como gentes extrañas y ajenas á nuestra patria, borrón y afrenta de ella, á millones de españoles; descendientes unos de los hispano-romanos «mowallah» (1), de los conversos al Islamismo en la primera mitad del siglo VIII, oriundos los otros del Yemen y de Al-Mogreb, hijos y sucesores en el dominio de la península de los compañeros y soldados de Tarik, de Muza y de Abdalazíz. ¡Como si los ilustres musulmanes, que tan alto supieron poner durante los siglos IX y X de nuestra Era el nombre de España, y que en ella nacieron, vivieron y murieron, no poseyeran tanto derecho á ser tenidos por españoles como los bárbaros fundadores de las monarquías cispirenaicas, y aun como los fugitivos visigodos, que en las asperezas de Asturias y Cantabria, unidos con los «rumi», con los hispano-romanos, levantaron la bandera de la «reconquista nacional», en tanto que la inmensa mayoría de la población indígena en medio de las oleadas invasoras del Islamismo permanecía tranquila y sosegada, viendo pasar sobre los hollados fueros de su perdida soberanía política á las huestes agarenas, del mismo modo que en siglos anteriores había visto sucesivamente enseñorearse del país á las rapaces y crue-

(1) Así llamaban los árabes á los *renegados*.

les legiones romanas y á las rudas é incultas muchedumbres de los visigodos, de los suevos, de los alanos y de los vándalos, menos benignas y tolerantes con los vencidos que los sectarios de Mahoma!

Pero no es un cuadro completo de la civilización árabe el que reclama nuestro actual estudio; cumple á nuestro objeto señalar el origen y caracter de la raza conquistadora, cuya sangre y cuyo espíritu se infiltró en el pueblo español, colaborando brillantemente á la formación de nuestra historia nacional.

Bosquejemos, pues, los antecedentes de esa raza, soberana durante siglos enteros de la mayor parte de la península ibérica.

II

Es errónea la creencia de que en la Arabia no existió una civilización anterior á Mahoma. Yá en los escritores bíblicos hallamos con frecuencia noticias del comercio de este pueblo y de las grandes ciudades, que habitaba, particularmente en Saba, en el Yemen.

Los autores griegos están llenos de alabanzas á la espléndida cultura de esta región, y las mismas crónicas arábigas entonan cantos de admiración al país de Mareb, antigua Saba de la Biblia. Herodoto pondera sus opulentos palacios, provistos de dorados pór-

ticos adornados con jarrones de oro y plata, y lujosos asientos de descanso.

Strabón dá noticias análogas, y citando á Artemidoro, refiere que la ciudad de Mareb era maravillosa; que la techumbre de los palacios estaba tachonada de oro, marfil y piedras preciosas, y las casas suntuosamente amuebladas. (1)

Pero no fué solamente en el Yemen donde la civilización árabe brilló antes de la predicación de Mahoma. La existencia comprobada de la notable cultura de las ciudades de Hira y Ghassan acredita hasta qué punto eran capaces de gran perfeccionamiento social, científico y artístico, los futuros sectarios del Islam. Mr. Halevy, que no hace mucho tiempo recorrió aquella parte del Asia, y Schlumberger, que ha reunido una colección de más de doscientas monedas de antiguos reyes de la citada región, han venido á corroborar con sus noticias y deducciones que en el pasado de la Arabia existió una civilización brillante, no solamente anterior al profeta de la Meca, sinó muchos siglos precedente á la Era cristiana. (2)

(1) Gustave Le Bon, «La civilización de los árabes», libro I, página 35; trad. de D. Luís Carreras, Barcelona, 1886.

(2) Augusto Muller, «El Islamismo en Oriente y en Occidente», libro I, capítulo I, pág. 11 del volumen V de la *Historia universal* de Oncken; trad. de Fernández Cuesta, Barcelona, 1890.

El comercio de los árabes se extendía indudablemente por todas las costas conocidas en los tiempos primitivos, siendo entonces algunas ciudades del Yemen lo que después fueron Sidon y Tiro, Cartago y Gades: verdaderos almacenes comerciales del mundo antiguo, que durante dos mil años desempeñaron la misma misión mercantil que Venecia en la época de su prosperidad. «Enriquecidas por un comercio secular, conocían todos los productos del lujo más refinado; y se comprende que los autores griegos, latinos y árabes hayan coincidido en alabar el maravilloso esplendor de tan vastas poblaciones.» (1) Tal vez Alejandro *magno*, al enviar la expedición de Nearco por aquellas costas, preparaba la conquista de un país, que hubiera sometido á su dominio, si la muerte no hubiera cortado prematuramente el vuelo victorioso del célebre conquistador macedonio.

III

En cuanto á religión, las tribus árabes tuvieron antes de Mahoma mucha variedad de cultos, singularizándose entre ellos los del Sol y los principales astros.

Existía sin embargo dentro de tal anarquía

(1) Gustave Le Bon, «La civilización de los árabes», libro I, página 36; ed. cit.

teológica cierto espíritu de asimilación y confraternidad politeísta, que permitió á Mahoma sentar las bases del monoteísmo, del propio modo que sobre el olimpo greco-romano pudo levantarse vencedora de las resistencias conservadoras y tradicionalistas de aquellos tiempos la hermosa unidad cristiana, maestra y redentora de las gentes.

Había en la Meca un templo llamado la Kaaba, fundado (según la tradición árabe) por Abraham, y era este templo conocido desde el golfo Pérsico hasta el mar Rojo por toda suerte de familias nómadas y sedentarias, que acudían en romería á visitarle. La Kaaba era un verdadero Panteón de dioses arábigos, que contenía las estatuas de muchas divinidades, cuyo número fué elevándose poco á poco con las de otros países, llegando á contar *trescientos sesenta* dioses, entre los cuales figuraban Jesucristo y la Virgen María; pero en realidad nunca llegaron á tener mitología como los indos, los griegos y los escandinavos: «sus dioses no tenían pasado, no tenían historia, y nadie ha intentado componerles una». (1) En cuanto á la fe religiosa del pueblo, más tarde fanatizado militarmente por Mahoma, los escritores que mejor han estudiado la cuestión, convienen en que se ha-

(1) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo I, página 46; trad. de D. Federico de Castro, Sevilla, 1878.

llaba saturada de una fría tolerancia, rayana con la indiferencia y el escepticismo. (1)

No existían pues en la Arabia las grandes dificultades, que en otros pueblos tuvieron que vencer los apóstoles de nuevas doctrinas; y puede decirse que los más graves obstáculos, con que tuvo que luchar Mahoma, cuando en el primer tercio del siglo VII de nuestra Era comenzó la predicación del Islamismo, nacieron de la egoísta resistencia de los koreischitas, tribu encargada de la custodia y del culto del templo de la Kaaba.

IV

Cuarenta años tenía Mahoma (2) cuando por primera vez habló de su misión profética con su esposa Khadidja, expresándose de esta manera, según los historiadores árabes: «Vajaba yo esta noche por la montaña cuando la voz del ángel Gabriel resonó en mis oídos diciéndome: *En el nombre del Señor, que ha criado al hombre y que quiere enseñar al género humano lo que no sabe, Mahoma,*

(1) Marthad, rey del Yemen en el siglo IV, acostumbraba á decir: «Exijo de mis súbditos que obedezcan á mi gobierno; en cuanto á sus doctrinas, júzguelos Dios, que los crió».—El hijo y sucesor de este rey fué primero judío, luego cristiano y después excéptico.—Caussin.—Tomo I, página 111 y 114: cita de R. Dozy.

(2) Mahoma nació en 27 de Agosto del año 570 de la Era cristiana. Su padre Abdallah fué hijo de uno de los pontífices de la Kaaba.

tú eres el profeta de Dios, y yo soy Gabriel.»

A partir de este momento el pseudo profeta se dedicó ardientemente á combatir el politeísmo y á propagar los principios mono-teístas, que quedaron consignados en el *Co-rán* ⁽¹⁾, el libro sagrado de los musulmanes, que es al mismo tiempo el código moral, civil y político, que señala la regla de conducta á todo buen islamita.

El fundamento de la religión mahometana es un monoteísmo rígido y sencillo.

Cuenta la tradición árabe que en un coloquio con el angel Gabriel trazó Mahoma en breves palabras los principios fundamentales de su doctrina.—«¿En qué consiste el Islamismo?», le preguntó el angel.—«En confesar (le respondió el iluminado reformador) que no hay más que un solo Dios y que yo soy su Profeta; en cumplir exactamente las horas de oración; en dar limosnas, ayunar durante el mes de Ramadán y hacer la peregrinación á la Meca.»

La creación del mundo en seis días, Adán, el paraiso terrenal, la caída ó pecado del primer hombre y otras muchas ideas y detalles

(1) *Alcorán (la lectura)* nombre del libro sagrado del Islam, en el cual Mahoma habla siempre en nombre de Dios. Se halla dividido en 114 capítulos, que en castellano se han dicho *ağoras*, y cada capítulo en versículos, *alefat* ó *aleia* en el castellano morisco aljamiado.

están tomados de la Biblia, con la cual el profeta de la Meca pretendió sin duda establecer cierta relación de continuidad. (1) No obstante, las diferencias son profundísimas y saltan á la vista.

Un fondo sensualista y una marcada tendencia política caracterizan la obra del inspirado camellero árabe. La poligamia mantuvo en el Islamismo una familia radicalmente diferente de la familia cristiana, y la continúa apelación á la fuerza erigió á esta en razón suprema para la propaganda.

La doctrina *moral* del Islamismo abarca lo relativo á la oración, limosna, abluciones, circuncisión, ayunos y peregrinación á la Meca. Mahoma dijo que la *oración* era la mitad del camino para ir al Paraiso; que el *ayuno* llega hasta las puertas y que la *limosna* las abre.

La parte *política* tiene grandes semejanzas con la organización de los imperios de Oriente, en que el poder temporal y el espiritual residen en una misma persona.

La esclavitud se modificó en sentido favorable para los esclavos; y la poligamia en el de que los musulmanes tuvieran menor núme-

(1)—«Dios ha establecido para nosotros una religión, que recomendó á Noé. Esta religión es la que te se revela, oh Mahoma; es la religión que habíamos revelado á Abraham, á Moisés, á Jesus, diciéndoles: observad esta religión, no os dividais en sectas». (El Corán: azora I.XII).

ro de esposas; que éstas y sus hijos pudiesen heredar; que se prohibiese el matrimonio dentro de ciertos grados de parentesco y que se permitiese el divorcio.

Al lado de la promisión de un Paraiso, lugar de placeres materiales, ofrecido á los buenos musulmanes como premio á sus virtudes y á la fiel observancia del Corán, ⁽¹⁾ colocó Mahoma la recomendación de luchar constantemente contra los enemigos de su ley ⁽²⁾, brindando con las eternas delicias á los defensores del Islam, que sucumbieran en la *guerra santa*.

Mahoma condenó los santos del cristianismo, y muy especialmente el misterio de la Trinidad, que para él no eran otra cosa que manifestaciones del más puro politeísmo, y el caso es que los próximos parientes y compañeros del alucinado koreischista forman en la actualidad (gracias á sus innumerables *mila-*

(1) Según el Corán, hay Paraiso ó *Genat* (azora II, aleia 23 y *pasim*), Infierno ó *Gehenna* (azora IV, aleia 59 y *pasim*), y Purgatorio ó *Araf* (azora VII, aleia 44.)—La Gloria ó Paraiso de los musulmanes resulta, según el Corán, una deliciosísima mansión, llena de hermosos parterres y deliciosos bosques, con bellísimas fuentes, y arroyos de aguas perfumadas, de vino, de leche y hasta de miel. Hay á elección de los bienaventurados mujeres vírgenes, huries de una creación especial, (hecha por Dios para recreo de los moradores del Paraiso), que no pierden la virginidad con el comercio de sus esposos.

(2)—«Haced la guerra á los que no crean en Dios; hacedles la guerra hasta que se sometan ó paguen tributo». (El Corán: azora IX. aleia 29).

gros) un verdadero cielo islamita lleno de *santos*, cuya veneración en nada cede, y más bien supera, á la que los cristianos rendimos á los nuestros. A millares están esparcidas por los dominios mahometanos las *tumbas sagradas* y las capillas, en que yacen las cenizas de los morabitos árabes, muertos *en olor de santidad* y tenidos después por sus correligionarios como *santos patronos* de territorios enteros, de ciudades y de determinadas clases sociales. (1)

Pero en medio de los errores y contradicciones, que denuncian el artificioso plagio de sus dogmas, se descubre en las doctrinas islamitas un saludable espíritu reformista y civilizador en armonía con el carácter y condiciones de las tribus errantes, supersticiosas y sensualistas, que el profeta se propuso levantar del estado social en que vivían, y que no tardaron en agruparse á su lado, creyéndole revelador de la palabra divina.

V

Pronto se atrajo Mahoma con sus predicaciones el odio de los koreischitas, que se manifestó en toda su intensidad cuando los habitantes de Yatreb prestaron juramento de

(1) Federico Ratzel, «Las razas humanas», tomo II, cap. V, página 215; ed. española de Montaner y Simón, Barcelona, 1889.

adhesión al profeta de la Meca. Los koreischitas determinaron entonces sigilosamente dar muerte al hijo de Abdallah, y los conjurados rodearon la casa de éste, que consiguió evadirse al amparo de las tinieblas de la noche, en compañía de Abu-Bekr, con quien se refugió en la ciudad de Yatreb, llamada desde entonces por autonomasia «Medina». Este acontecimiento, conocido con el nombre de la *Hégira*,⁽¹⁾ es el que constituye el punto de partida de la *Era musulmana*.

Al establecerse en Medina el Profeta, huyendo de sus contributos, rompiendo el vínculo de tribu que los árabes tanto respetan, la suerte de los medineses (sobre todo después del juramento de Acaba) quedó para siempre unida á la propaganda y á la personalidad de Mahoma, que predicó la *guerra santa* contra sus enemigos de la Meca.

Ocho años duró la lucha entre estos por

(1) *Hégira* (del árabe *hichra*: huida ó fuga) es la Era de los mahometanos, por la cual empiezan á contar sus años sobre la base, ó punto de partida, de la huida de Mahoma desde la Meca á Yatreb (Medina), ocurrida el año 622 después de J. C.—Aunque la huida de Mahoma se verificó el 8 de Rabie primera de este año, y su llegada á Medina fué el 16 del mismo mes, los árabes comenzaron á contar su Era desde el primer día del año, en que tuvo lugar este acontecimiento, no desde el día mismo en que se realizó.—Así pues la época de la *Hégira* es un viernes 16 de Julio, 621 años y 196 días completos después del nacimiento de J. C.; y como los musulmanes cuentan por años *lunares* de 354 días, 8 horas, 48', 38" y 12"', resulta que equivalen 33 años suyos á 32 años *solares* más 4 días 18 horas y 48'.

una parte y los *refugiados* y los *defensores* por la otra, ⁽¹⁾ durante cuyo intervalo muchas tribus adoptaron la nueva creencia, no tan convencidas como amedrentadas por la audacia y el valor de los musulmanes.

La Meca se resistió valerosamente, pero al fin sucumbió, y los mequeses presenciaron con doloroso silencio la destrucción de los trescientos sesenta ídolos del templo de la Kaaba, reconociendo en Mahoma al enviado de Dios, pero jurando interiormente vengarse de «aquellos rústicos, de aquellos *judíos* de Medina, que habían tenido la insolencia de vencerlos». ⁽²⁾

No tardaron las demás tribus idólatras de la Arabia en comprender que la resistencia á los progresos del Islamismo sería ineficaz además de penosa, y así la nueva religión veía ensancharse el horizonte de sus dominios mediante el sangriento *apostolado* de los generales del Profeta, que brindaban á los pueblos con las excelencias del Corán, acuchillando á los *infieles* que se negaban á reconocerlos ó á aceptar políticamente su soberanía.

(1) Llamáronse «refugiados» los sectarios, que desde la Meca acompañaron á Mahoma en su huida á Medina; y tomaron el nombre de «defensores» los árabes de las tribus de Aus y Khazradj, que hicieron causa común con los «refugiados».

(2) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo I, página 64; ed. citada.

VI

Al morir Mahoma (año 632), su obra político-religiosa no quedó, sin embargo, más que bosquejada en medio de un hervidero de hombres alucinados y de masas exaltadas, que la pusieron en peligro y amenazaron destruirla en germen. Pero el tino y la conducta austera, y al mismo tiempo enérgica, de los primeros sucesores del Profeta, que tomaron el nombre de *califas* ⁽¹⁾, aseguraron la existencia del Islamismo y le dieron aspiraciones de dominio más amplias y más decididas.

Abu-Bekr, el primero de los califas, antes de llevar á otros pueblos la ley del Corán, tuvo que luchar contra los rivales, que pretendieron disputarle la dignidad de sucesor de Mahoma, y vióse precisado también á sofocar con la fuerza la rebeldía de algunos jefes árabes, que se negaban á pagar los estipulados tributos.

Así es que las grandes conquistas del Califato no empezaron hasta Omar, que fué tan habil general como entendido y acertado político, y bajo cuyo gobierno puede decirse en rigor que se constituyó el verdadero imperio de los árabes, iniciado por las predicaciones del Profeta, y extendido veinte años después,

(1) Vicarios.

durante el gobierno de este segundo califa, por la Mesopotamia y por la Persia en Asia, por el Egipto y por la Nubia en África.

El sucesor de Abu-Bekr fué ejemplarmente justo, tanto que los historiadores árabes ponen en sus labios los siguientes conceptos, que suponen emitidos por Omar desde el púlpito de Medina, al tomar posesión del califato: «¡Oh vosotros que me escuchais! Entended bien que nunca á mis ojos habrá hombre más poderoso que el más débil de vosotros, cuando tenga de su parte la razón». Y en cuanto al espíritu de tolerancia, que le guió en sus conquistas, basta recordar su conducta al apoderarse de Jerusalen. «Omar no entró en la ciudad santa sinó con un corto número de compañeros suyos, y pidió al patriarca Sofronio que le acompañase en la visita, que quiso hacer á todos los sitios consagrados por la tradición religiosa; declarando enseguida á los habitantes que estuviesen tranquilos, pues no solo sus bienes y templos no tenían nada que temer, sinó que los musulmanes no harían sus oraciones en las iglesias cristianas, porque estas no eran aptas para su culto.» (1)

Un argumento se ha alegado contra la cultura y la tolerancia de este califa: el incendio de la biblioteca de Alejandría. Pero la cono-

(1) Gustave Le Bon «La civilización de los árabes», libro II, capítulo III, pag. 59: ed. citada.

cida relación de este hecho adolece de notoria falsedad, porque tal incendio atribuido á las órdenes de Omar (y realizado, según se dice, por su lugarteniente Amrú), no está atestiguado por ningún autor antiguo, árabe ni bizantino, y aparece consignado en un escritor del siglo XIII contra el sentir de la sana crítica, que rechaza tal afirmación por infundada, por inverosímil y por opuesta al carácter y á las costumbres de los conquistadores árabes. (1)

VII

El octogenario Othmán, sucesor de Omar, prosiguió las conquistas llegando á internarse en la India y ampliando también por Occidente sus dominios hasta el punto que algún cronista árabe llega á asegurar (infundadamente, por supuesto) que la conquista de España tuvo lugar bajo el mando de este califa, (2) cuyo gobierno y cuya vida terminaron á manos de mercenarios beduinos vendidos á los conspiradores medineses, á los «de-

(1) Augusto Muller, «El Islamismo en Oriente y en Occidente», nota á la pag. 107 del tomo V de la *Historia universal* de Guillermo Oncken: ed. citada, y

Gustave Le Bon, «La civilización de los árabes», libro II, cap. III, pag. 59: ed. citada.

(2) At-Taberí.—Véase «Historias de Al-Andalus» por Aben Adhari: trad. de D. Francisco Fernández y González; tomo I, pág. 14.

fensores», recelosos de las preferencias con que Othmán favorecía á las familias de la Meca que más se habían distinguido por su odio á Mahoma y por su oposición á sus doctrinas.

Cuando llegó al califato Othmán, yerno del Profeta y perteneciente á la nobleza koreischita, se distinguían yá dos clases de musulmanes: los mahometanos *viejos* y los *nuevos*. Eran los primeros los «refugiados» y los «defensores», los que se habían apresurado desde los primeros momentos, con Abu-Beckr y con Omar, á aceptar y defender las doctrinas del profeta de la Meca, los que pusieron su fé y su brazo al servicio de Mahoma, los que le ayudaron á fundar la nueva religión, en una palabra. Eran los segundos, de un lado los koreischitas, mahometanos después de ser vencidos y que solamente comulgaron en la nueva creencia ante el temor de perder la amenazada vida, y de otro lado los árabes de la Siria, verdadera aristocracia militar, que se jactaba de haber hecho más musulmanes con el poder de su victoriosa cimitarra que todas las azoras y aleias del Corán.

Pues bien, estos últimos fueron los que descollaron por su influencia bajo el califato de Othmán, que les confirió los cargos más importantes del imperio; entre cuyos magnates sobresalieron por entonces Mohawia, gobernador de la Siria y más tarde fundador de la

dinastía ommiada; el gobernador de Egipto Abdallah ben Sad, desleal secretario, que fué, de Mahoma, condenado á muerte por éste y salvado por la intervención protectora de Othmán; y el gobernador de Cuffah, Walid ben Ocba, cuyo padre escupió en el rostro al Profeta y en cierta ocasión pretendió estrangularle.

En estas circunstancias subió al poder Alí, sobrino y yerno de Mahoma y uno de los primeros y más fieles prosélitos de este.

No todos los musulimes reconocieron al nuevo califa. (1)

Negáronle su obediencia Moawiah, gobernador de la Siria, la familia de Othmán, Aixa (viuda del Profeta), Zobeir Talhag y otros guerreros, que se levantaron en armas contra Alí, pretextando que este había favorecido el asesinato de su antecesor.

Alí se vió precisado á apelar á la fuerza para sofocar estas ambiciosas competencias, que pusieron en peligro la unidad del imperio; pero no logró dominarlas, á pesar de las bri-

(1) De esta división de los musulmanes, y de las distintas interpretaciones del Corán, nacieron dos partidos ó sectas religiosas: la de los *schiiitas* y la de los *sumitas*. Los primeros reconocen á Alí y sus descendientes por legítimos sucesores de Mahoma y admiten el Corán, rechazando toda doctrina tradicional; los segundos niegan la sucesión legítima de Alí, y se reputan como más ortodoxos, admitiendo no sólo el Corán sino también la tradición (*suma*), esto es, parte de la doctrina que de viva voz se suponía haber explicado el Profeta, y que no consta en aquel libro.

llantes victorias *del Camello, del Puente de Tabaristán* y otros, y sucumbió asesinado⁽¹⁾, como sus dos antecesores, concluyendo en él la serie primera de aquellos soberanos, compañeros y allegados del Profeta, que constituyen el llamado *califato perfecto*, y á quienes se considera como colaboradores de Mahoma y padres del Islamismo.

VIII

La segunda serie de los califas (prescindiendo del breve, débil y disputado gobierno de Hassan, hijo de Alí, comienza con Moawiah (año 661).

Moawiah, primer califa de la familia de los ommiadas ú omeyas, fué hijo de Abu-Sofian, jeque principal de los de la Meca, que había luchado con tenacidad y algunas veces con fortuna contra Mahoma; que había batido á éste en el combate de Ohod, y que le había asediado en Medina.⁽²⁾

La subida de los ommiadas al poder dió la preponderancia á los mahometanos *nuevos*,

(1) El asesino de Alí, llamado Abderrahman ben Molcjen, sufrió tremendo castigo. Cortados sus piés y sus manos, y abrasados los ojos con un hierro candente, pereció entre las llamas.

(2) Los medineses («los refugiados» y «los defensores») llamaron á Moawiah *el hijo de la comedora de hígado*, porque la madre de este califa, después de haberse hecho collar y brazaletes con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la batalla de Ohod, abrió el vientre de Hamza, tío de Mahoma, arrancándole la hiel con los dientes.

á la antigua aristocracia koreischita. Se trasladó la capital á Damasco; el califato perdió el carácter patriarcal y democrático, que Mahoma le había dado, haciéndose hereditario en la familia de Moawiah; los califas antepusieron su autoridad militar á su representación religiosa; quebrantáronse las reglas del Corán, prescindiendo de sus preceptos; y, relajada la moral islamita, el lujo y la corrupción ingénitos á los imperios orientales, invadieron la antes austera morada señorial de los sucesores del Profeta. (1)

Durante los veinte años del reinado del primer omniada las huestes musulmanas se extendieron por el norte de África hasta las costas del Oceano, y una armada compuesta de más de mil naves recorrió las costas del Mediterráneo, bloqueando sin éxito á Constantinopla, mientras los generales de Moawiah pasando el río Oxus, llegaban por el Oriente de victoria en victoria hasta las puertas de Samarcanda.

Los sucesores de este califa, entre los que se cuentan Yezid (año 679), Moawiah II (683), Merwan (683), Abdelmelik (684) y Walid (705), continuaron las conquistas, alcanzando

(1) Abu Beckr no había cobrado del tesoro público más que cinco dracmas diarios para atender á su subsistencia, y al morir dejó por todo caudal el traje que usaba, el camello que montaba y el esclavo que le servía.

por Asia hasta los límites de la China y completándolas por occidente hasta someter y dominar la Mauritania.

Durante el reinado del último de los citados califas es cuando los árabes penetran en España, destruyendo en breves campañas el imperio visigótico y apoderándose de la península ibérica.

IX

Quedaría incompleta nuestra sucinta reseña de los antecedentes políticos y religiosos de este pueblo conquistador, si dejáramos de apuntar aquí algunas indicaciones generales acerca del carácter moral de los árabes.

Caballerosos y hasta románticos en ocasiones, su historia se halla salpicada de rasgos de nobleza y de abnegación, que las leyendas han popularizado.

Amantes de las ciencias, las cultivaron todas con gran saber, reuniendo en muchas ciudades de su vasto imperio copiosas bibliotecas, en cuyos libros nutrieron su entendimiento doctísimos maestros y escritores musulmanes.

Aficionados á la poesía, poetas de corazón, sus vates reflejaron fielmente los afectos y las pasiones personales lo mismo que los grandes sentimientos colectivos, pudiendo considerar-

se muchas de sus composiciones como hermosas y auténticas fuentes de conocimiento histórico, porque en ellas se refleja la verdad de los hechos entre los vigorosos perfiles de la tristeza y de la alegría, del odio y de la leal adhesión, que inspiran á los cantores de las guerras de conquista y de las luchas civiles. (1) Sus anuales certámenes eran campo neutral á donde acudían poetas de bandos rivales, que cantaban las hazañas, las glorias y las virtudes de su tribu; y los premiados eran objeto de grandes distinciones.

Otras dos simpáticas cualidades caracterizaron al pueblo árabe: la hospitalidad y la generosidad.

La hospitalidad y la generosidad, observa un docto escritor moderno, fueron siempre virtudes de los árabes *hasta en los furores de sus guerras civiles*; (2) y en prueba de esta aseveración reproduce la anécdota, que muchos historiadores cuentan, referente á Ibrahím, príncipe de la familia omniada, el cual, cuando los abasídas expulsaron del trono de Damasco á los omeyas, se ocultó en el patio de una gran casa, que encontró abierta

(1) Los historiadores árabes intercalan constantemente sus narraciones con trozós de poesías alusivas á los acontecimientos; y lo mismo hacen en sus obras los historiadores europeos de los musulmanes, como Conde, Dozy y otros.

(2) F. Laurent, «Estudios sobre la historia de la Humanidad», tomo V, pág. 488: trad. de G. Lizárraga, Madrid, 1876.

en los apremiantes momentos, en que huía de la fiera persecución, de que era objeto, siendo recibido con noble hospitalidad por el dueño de la casa, que precisamente tenía grandes motivos para odiar al fugitivo. Cuando este pudo enterarse de la fatal coincidencia, dijo á su disimulado enemigo:—«Yo soy Ibrahím, el matador de tu padre: mi mala suerte facilita tu venganza».—«Nó (le contestó el generoso adversario de los omeyas): tu encontrarás algún día á mi padre ante un Juez perfecto. Yo no faltaré á mis deberes. Más, como temo no ser siempre dueño de mis sentimientos, deseo que vayas á buscar otro asilo donde tu presencia no levante recuerdos desgarradores, incompatibles con todo propósito de hospitalidad generosa»; y, dicho esto, puso á su disposición una bolsa con mil monedas de oro, que Ibrahím rehusó, alejándose silenciosamente.

Infinitos rasgos de análoga hidalguía pudieran citarse entre los árabes, porque su historia se halla á cada momento adornada de tan hermosos como caballerescos sentimientos de hospitalidad, que forman por cierto duro contraste con la terrible y fiera saña, que cegaba la nobleza de su corazón en el torbellino de luchas incesantes, provocadas por el tradicional odio de tribus, que entre ellos existía, y que perpetuándose al través de los

siglos sobrevive á todas las revoluciones políticas, sociales y religiosas.

X

La nación arábica se componía de dos pueblos fuertes y vigorosos, hermanos, pero rivales desde la más remota antigüedad: los *yementes* y los *maaddíes*.⁽¹⁾

Los primeros procedían de Cahtan ó Yoc-tan (de la familia de Sem, según *el Génesis*), cuyos descendientes se apoderaron de la Arabia meridional muchos siglos antes de la Era cristiana, siendo conocidos con el nombre de *yementes*, tomado de la provincia más floreciente del país que subyugaron. Los segundos, llamados *caisíes* y *nizaríes*, pero más comúnmente *maaddíes* (de Maad, uno de sus progenitores), procedían, al parecer, de Ismael y poblaron el Hidjaz, región que se prolonga desde la Palestina hasta el Yemen, y dentro de la cual se hallan las dos ciudades más célebres en la historia del Islamismo: la Meca y Medina.

Los dos pueblos pertenecían al mismo tronco étnico, pero vivían independientes entre sí.

(1) Seguimos en la terminación de estos nombres las indicaciones oportunas, que hace el Sr. Lafuente Alcántara en el prólogo de la traducción del «Ajbar Machmúa», pág. xi. La terminación en *íta*, en este caso, es un galicismo.

Ninguno de los dos había llegado á someter al otro, aunque una parte de los maaddíes (los de la tribu de Nadjd) por huir de la anarquía, que les devoraba, reconocieron, antes de la aparición de Mahoma, la soberanía de los reyes del Yemen, á los cuales pagaban tributo.

Yemeníes y maaddíes hablaban el mismo idioma; participaban de las mismas costumbres y de los mismos gustos, pues ambos eran nómadas en su mayoría; y existía entre ellos verdadera comunidad de ideas, de religión y de historia tradicional, puesto que los unos y los otros eran de raza semítica. No había entre ellos, para explicar su constante antipatía, la razón de diferencia, que encuentra el historiador entre los diversos pueblos germánicos, que invadieron en el siglo V el imperio romano; y, sin embargo, una enemistad tan implacable como injustificada sembró entre yemeníes y maaddíes la semilla de porfiadas y enconadas guerras civiles, que ensangrentaron los dominios musulmanes en todas las épocas de su historia, lo mismo en el Oriente que en España. Y aún hoy (dice un fiel observador y narrador de las costumbres de la Arabia), aún hoy no se ha extinguido esa aversión instintiva. Si se pregunta á los beduinos, á los actuales yemeníes, que vagan por los desiertos de la provincia de Jerusalén,

porqué son enemigos irreconciliables de los maaddíes, solamente saben contestar que tal antipatía data de tiempo inmemorial. (1)

El Islamismo no consiguió, al reunir bajo el mismo dominio estos dos pueblos, aplacar su secular odio. Al contrario, parece que la nueva y común doctrina le fomentó al juntarles bajo una misma bandera: la vida sobre el mismo suelo por ellos conquistado, la participación del botín en las victorias, después de pelear juntos en favor de unos mismos ideales, mantenía lozano el antagonismo, que desde los frecuentes altercados y disputas del campamento se elevó á las más altas regiones del califato.

Encono tan fiero y desasosegado tuvo terribles acentos en el estro de los poetas árabes, especialmente cuando escribían á raíz de una victoria ó de una derrota en sus luchas civiles.

Un ejemplo de esto dibujará con adecuados perfiles la fisonomía del pueblo árabe en tal aspecto de su carácter.

Á la muerte de Moawiah II (año 683) los *kelbíes* proclamaron califa á Merwan y los *caisíes* á Dhahhac, (2) encontrándose frente á

(1) Volney, «Viaje á la Siria y al Egipto», tomo I, pág. 440. (Cita registrada por R. Dozy y por F. Laurent en sus ya mencionadas obras).

(2) En las luchas civiles de la Siria los yemeníes son conocidos con el nombre de «kelbíes» y los maaddíes con el de «caisíes».

frente en la desde entonces famosa pradera de Rahita los ejércitos de los dos partidos, ó mejor dicho de los dos pueblos rivales. Sangriento como ninguno, al decir de los historiadores árabes, fué el combate; y los caisfes, después de haber perdido ochenta de sus jeques, entre los que se halló el mismo Dhahhac, sufrieron una espantosa derrota, seguida de enconadas crueldades por parte de los vencedores.

La poesía se encargó de recoger los gritos de venganza y los acentos de odio de los fratricidas contendientes.

El caisf Zofar, que debió su salvación á la fuga, estampó el rencor maaddí en sentidos versos:—«¿Dejaremos descansar á los kelbíes? ¿No les herirán yá nuestras lanzas? ¿Quedarán sin venganza nuestros hermanos muertos en Rahita?..... La yerba brotará sobre la tierra removida, que cubre sus huesos; pero nunca los olvidaremos, siempre alentaremos para nuestros enemigos implacable odio. «¡Mujer, dáme mis armas! ¡La guerra debe ser eterna!»

Por su parte un poeta kelbí, al cantar la victoria de sus contributos los yemeníes, expresa su feroz satisfacción de esta manera:—«Ciertamente hubo en *la pradera* hombres que se estremecieron de gozo: eran los que cortaron á los caisfes, narices, orejas y manos: eran los que les castraron!»

Más tarde esta rivalidad enconada traspasó

los mares y ensangrentó la España musulmana con frecuentísimas guerras y discordias, no solamente sostenidas por las ambiciones del poder supremo en la gobernación del emirato, sinó promovidas por el intransigente antagonismo en cuestiones baladíes y de puro carácter personal. Cuenta un historiador musulmán ⁽¹⁾ que en la provincia de Murcia estuvo durante siete años encendida la guerra civil, derramándose en abundancia la sangre árabe en contínuos combates y escaramuzas, solamente porque un maaddí, al pasar por la viña de un yemení, tronchó por casualidad un pámpano de su viña.

Así se debilitó el poder de los conquistadores islamitas, deteniendo en España sus progresos y ejerciendo decisiva influencia no tan solo en la suerte de los vencidos pueblos de nuestra península, sinó también sobre el porvenir del occidente europeo.



(1) Aben-Adharí, tomo II.

CAPÍTULO II

DECADENCIA GÓTICO-HISPANA

- I. Ojeada retrospectiva á la historia de España.—II. Los godos y el pueblo hispano-romano.—III. Decadencia moral del imperio hispano-gótico.—IV. Decadencia religiosa.—V. Los judíos españoles antes del Concilio III de Toledo.—VI. Los judíos españoles bajo el régimen católico del imperio godo.—VII. Witiza y su política, según las crónicas.—VIII. Discusión histórico-crítica respecto á Witiza.—IX. Los árabes y los godos en la Mauritania Tingitana.—X. La anarquía y la debilidad del imperio gótico-hispano frente á la invasión musulmana.

I

Una rápida ojeada á la historia de España, antes de su conquista por los árabes, podrá darnos la explicación de cómo la península ibérica pudo ser dominada por los musulmanes en brevísimas y fáciles campañas: que hay que buscar en el pasado de los pueblos las causas de los acontecimientos al parecer sorprendentes é inexplicables.

Poblada España en los tiempos primitivos

por las razas protohistóricas, cuyos vestigios se observan y estudian en nuestra nación como en toda Europa, aparecieron después sobre nuestro suelo nuevos pueblos, cuya diversidad de origen y cuya existencia aislada por patriarcales autonomías ó por pequeñas soberanías monárquicas, permitieron el establecimiento sin grandes dificultades de las colonias fenicias y griegas, muchos siglos antes de la Era cristiana.

Los cartagineses, llamados por los fenicios, cuando su metrópoli (Tiro) fué destruida por Nabucodonosor, se apoderaron de Gadir (Cádiz) á fines del siglo VI antes de J. C.; y trescientos años más tarde conquistaron todo el país, que la segunda guerra púnica arrebató á este pueblo mercader en beneficio de los romanos.

Durante más de seis siglos poseyeron estos la península (hasta el V de nuestra Era) y bajo su imperio se llenó el país de ciudades florecientes, identificándose con la cultura del Lacio hasta el punto de poderse considerar á España como la continuadora de la civilización romana, en cuya historia figuran preferentemente los nombres de españoles tan ilustres en la religión cristiana, como el insigne prelado Osio; en las letras, como Silio Itálico, Lucano y Marcial; en la filosofía y la retórica, como los dos Sénecas, Latron y Quinti-

liano; en las ciencias, como Pomponio Mela y Columela; en la política, como Trajano y Teodosio *el Grande*.

Después de emular á Roma en su periodo de grandeza, nuestra nación vióse envuelta en su decadencia y en su ruina.

La impetuosa ola de la irrupción de los pueblos septentrionales avanzó por las Galias, saltó el Pirineo, y cayeron sucesivamente sobre la península los alanos, los vándalos y los suevos; y tras estos pueblos bárbaros, los visigodos, que más afortunados, más numerosos ó mejor dirigidos, sometieron ó expulsaron á sus precursores, posesionándose durante el siglo VI de toda España.

II

Desde Ataulfo hasta Eurico, los monarcas visigodos atendieron más á sus dominios de la Galia que á los territorios que dominaban aquende el Pirineo.

Eurico, que mostró más predilección por España, vino á ser el verdadero fundador del imperio hispano-godo, señalando su gobierno la verdadera constitución de este Estado, que llegó á abarcar toda la península en los días de Leovigildo. Su hijo y sucesor Recaredo, vencido por la cultura latina, concurrió al triunfo de los hispano-romanos sobre los bár-

baros, y «cual si la civilización, que estos recibían á raudales, les intoxicara, comienza la decadencia, que es rapidísima», (1)

En efecto, la civilización romana subyugó á los visigodos del propio modo que á los demás conquistadores del imperio de Occidente, que procuraron siempre asimilársela hasta donde se lo permitieron la tosquedad de su inteligencia y la rudeza de sus costumbres. En nuestra patria adoptaron la lengua latina y renunciaron al culto arriano, abrazando el catolicismo en el famoso Concilio III toledano; y, zanjadas estas diferencias, comenzaron á mezclarse con el pueblo vencido, pero de un modo tan paulatino é imperfecto, que la fusión solamente había comenzado á extenderse por las altas capas sociales, cuando al otro lado del Estrecho de Hércules se levantó amenazador el estandarte del profeta de la Meca.

Anulada la ley, que prohibía los matrimonios de godos con romanos, no por eso se borró la línea divisoria, ni la aproximación se hizo íntima y completa. La fusión, planteada por Recaredo al salvar el abismo religioso, que separaba á los vencidos de los vencedores, había adelantado algo con Receswinto, pero distaba mucho de haber llegado á tér-

(1) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. VI, pág. 668: segunda edición.

mino. Ni era fácil que se realizase dentro de la manera de ser de aquella monarquía.

La unidad española no podía realizarse entonces; la refundición en un solo pueblo, en una nacionalidad, de las diferentes tribus y familias, que habitaban la península, era imposible en aquella organización social, viciada de un lado por el privilegio, de otro lado por la servidumbre y la esclavitud. El godo, por ser godo, por descender de la raza conquistadora, era noble, mientras el español, producto étnico de pueblos sucesivamente avasallados, tan solo por ser el elemento vencido, fué despreciado siempre.

Dura y triste, en verdad, se presenta ante la observación del historiador la condición social de las clases populares bajo el dominio de los visigodos. Todas las plagas sociales de la organización romana subsistían y aún empeoraron.

Los visigodos impusieron á los siervos servicios personales. Los curiales siguieron siendo lo que eran, propiedad de la tierra. No tenía el ciudadano derecho á vender sus bienes, ⁽¹⁾ ni podía esperar de sus propios méritos elevarse al desempeño de los altos cargos oficiales. ⁽²⁾ En cuanto á los esclavos, á menu-

(1) Fuero Juzgo, V: «De non alienandis privatorum et curialium rebus».

(2) El cánón sexto del Concilio XII (en tiempo de Ervigio) prohi-

do cada familia tenía que servir oficios hereditarios y determinados, tales como el cultivo de la tierra, la pesca, la guarda de ganados, la carpintería, la herrería, etc. No podían casarse sin el consentimiento de su señor; y, cuando tal hacían, el matrimonio era declarado nulo, y los hijos habidos de estos ilegales enlaces se repartían por igual entre los señores á cuyo dominio pertenecían respectivamente el marido y la mujer, cuando ambos no tenían el mismo dueño.

III

En el último tercio del siglo VII el imperio gótico-hispano presentaba en aterradoras proporciones todos los fenómenos de una completa decadencia. La perversión afectaba lo mismo al orden moral que al religioso y al político.

Habíanse depravado y corrompido las costumbres hasta tal punto que vacilaríamos en aceptar la verdad histórica sobre esto, si no estuviera mostrada con incuestionable eviden-

bía conferir los cargos de la Corte á los siervos y á los libertos «para que la sangre de la nobleza no se confunda con la de estas personas viles».

cia en los cánones de los concilios toledanos.

Ninguna clase social se libró de aquella devastadora epidemia de maldades: la nobleza, el clero, el pueblo en general, todos en aquella desequilibrada sociedad presentaban los síntomas del hondo mal, que se había enseñoreado de los espíritus.

La nobleza, principalmente, ofrecía un espectáculo desolador: la crueldad y la lascivia manchan á cada paso las hojas de su historia en aquella época.

Ni se comprende cómo aquella decantada sencillez en las costumbres, cómo aquella acrisolada virtud íntima y doméstica, que los bárbaros trajeron de las selvas septentrionales, pudo experimentar tan pronta y radical transformación. Hay para dudar de la rigidez y de la fortaleza moral, con que se ha supuesto que los visigodos vinieron á nuestra patria, y no falta autoridad crítica que niegue tales supuestos.—«Error infantil y que mueve á risa (dice un sabio escritor de nuestros días) es el de la pretendida virginidad de los bárbaros. Quizá en sus nativos bosques fueran inocentes; pero así que cayeron sobre el mediodía y vieron y palparon la decadente civilización imperial, entróles desmedido y aun infernal anhelo de tesoros y placeres. Gozaron de todo con la imprevisión y el abandono del salvaje, y sus liviandades fueron tan crueles y feroces

como las del soldado, que entra en una ciudad tomada por asalto». (1)

La eficacia salvadora del cristianismo no alcanzaba á aquel caos de perdición. La secta de Arrio, pronta siempre á reproducirse entre los godos, y el paganismo mal estirpado entre las gentes del campo, eran causa (como decía el obispo Liciniano) de que apenas diesen verdaderos frutos las moralizadoras semillas del Evangelio; y además de esto, el pernicioso ejemplo de la nobleza, que había contagiado al pueblo, contaminó también al clero, incapacitándole para ejercer con dignidad, con decoro y con éxito, su apostolado moral.

IV

Las actas de los Concilios están llenas de cánones contra los clérigos, que tenían hijos por concubinato; contra doncellas ó viudas, que tomaron hábito y le abandonaron por seguir á sus seductores; contra los que transformaban las rentas del culto en patrimonio propio, como los prelados de Galicia, que esquilaban sus iglesias. (2) La incontinencia de los obispos, presbíteros y diáconos, llegó á tal

(1) Don Marcelino Menendez y Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles» tomo I, libro I, cap. III, párrafo XIII. págs. 214 y 215: Madrid, imprenta de F. Maroto é hijo, 1880.

(2) sí resulta del canon V del Concilio VII toledano.

exceso que, para refrenarla, no bastaron los cánones IV, V y VI del Concilio VIII, y fué preciso que el canon X del Concilio IX declarase *siervos* á los hijos de uniones sacrílegas. La simonía, la avaricia escandalosa, la soberbia, hasta la sodomia, tuvieron que ser objeto de especial anatema para clérigos y laicos en el canon III del Concilio XVI.

Pero justo es confesar que no era el pueblo hispano-romano la masa donde principalmente se cebaba tanta maldad y corrupción; precisamente las raras virtudes, que se destacaron de aquel cenagal de vicios, brillaron en el elemento vencido por las turbas visigodas.

No podemos resistir al deseo de consignar aquí lo que sobre el particular escribe el ilustre autor de la «Historia de los heterodoxos españoles»:— Tristeza causa (dice) la lectura de las últimas actas. Y no porque aquellos Padres se permitieran ninguna laxitud, ni dejasen de velar por la disciplina; antes observamos en contraposición á esos desórdenes, prodigios de virtud y de austeridad en obispos, monjes y abades; frutos de caridad y de doctrina en copia grande y bendita por Dios. Pero averigüemos los nombres de los santos y de los malvados, de los sabios y de los prevaricadores. Los unos se llaman Isidoro, Braulio, Tajón, Eugenio, Ildefonso, Julián.... todos españoles, todos latinos, menos el último, des-

endiente de judíos. Entre los visigodos ¿qué encontramos? un Sisberto, que conspira alevosamente contra su rey Ervigio; un Sindereo, un Oppas. Obsérvese bien: ninguno de estos nombres es romano. (1)

El imperio visigodo caminaba, así pués, fatal y derechamente á su ruina; y caminaba á prisa impulsado por todas las causas que pueden concurrir á la disolución de un Estado.

La hipocresía, triunfante en las coronas de Ervigio y de Egica, (2) había corrompido el corazón del pueblo; el despotismo y la arbitrariedad del trono mataban en el alma de las gentes la noción de la justicia y del derecho; la bajeza de los aduladores cortesanos, antítesis de la primitiva y rústica altivez de los bárbaros, fomentaba el orgullo y la tiranía de los monarcas; todos los caminos del vicio y del error quedaban franqueados á la voluntad pervertida y á la inteligencia ciega, por «la debilidad de los prelados, la relajación de las costumbres y la decadencia de la disciplina» (3)

Tal era el desequilibrio y la perturbación social, tal el aspecto moral y religioso, que presentaba España en las postrimerías del si-

(1) Don Marcelino Menendez y Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles» tomo I, libro I, cap. III, párrafo XIII, pág. 214: ed. cit.

(2) Los Concilios XII, XIII y XV de Toledo lo acreditan con sus acuerdos referentes á la *legitimidad é inviolabilidad* de estos reyes.

(3) Don Vicente de la Fuente, «Historia eclesiástica de España», tomo I, cap. XI, página 290: Barcelona, Librería religiosa, 1855.

glo VII, en los momentos mismos en que la belicosa expansión del Islamismo amenazaba desbordarse sobre la Europa entera: cuadro tristísimo cuyas sombrías tintas completan la discordia visigoda por una parte, y por otra la sorda conspiración de una raza desgraciada y vengativa, que á prueba de vejaciones y atropellos vivía en nuestra península, devorando grandes afrentas en la desesperación y alentando fieros rencores en las esperanzas de la traición y en los estímulos del odio.

Nos referimos á la raza judía.

V

Variadas y contradictorias son las opiniones respecto á la antigüedad de las inmigraciones hebreas en España.

Doctos escritores rabínicos afirman la existencia del pueblo israelita en nuestro suelo desde las más remotas edades; otros, de opinión menos atrevida (como Rabbí Isahak de Acosta en sus «Conjeturas sagradas») aseguran que data su venida desde la época memorable de Nabucodonosor; y no falta quien sostenga (como Isahak Cardoso) que los judíos penetraron en el centro de la península mucho antes que los romanos, fundando á Toledo en tiempo de Asuero.

Estas opiniones y otras relativas á la pris-

tina antigüedad de la población hebrea en nuestra patria, tuvieron muy eruditos mantenedores en la crítica histórica durante los siglos XVI, XVII y XVIII, llegando á idear invenciones tan peregrinas como la supuesta carta que los rabinos de Toledo escribieron á Anás, Caifás y otros judíos de Jerusalén, desaprobando la sentencia de muerte dictada contra «el Profeta de Nazareth».

Un ilustre crítico, Martínez Marina, en sus «Antigüedades hispano-hebreas convencidas de supuestas y fabulosas», (1) puede considerarse como el escritor que ha abierto el periodo del buen sentido á los estudios de la primitiva población judía en nuestra patria.

Lo que aparece como rigurosamente histórico es que, refugiadas en la península ibérica muchas familias hebreas después de la destrucción de Jerusalén, bajo el imperio de Vespasiano (siglo I de nuestra Era), y aumentado paulatinamente su número por efecto de la natural reproducción y por nuevas y sucesivas inmigraciones, vivieron los judíos durante algunos siglos en España resignados en medio de la antipatía cristiana, algunas veces traducida en ostensibles manifestaciones, otras veces latente, siempre implacable.

El primer testimonio auténtico y claro,

(1) Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo III

que revela la presencia en nuestro suelo de un número muy crecido de israelitas, y que nos dá á conocer su modo de existir dentro de la península ibérica, se halla en el Concilio Iliberitano celebrado en los albores del siglo IV de J. C., algunos de cuyos cánones trataron de poner limitación y freno á las relaciones entre cristianos y judíos, estableciendo sobre éstos una especie de ley de castas, fecunda en desdichas para el pueblo *deicida* y engendradora de graves perjuicios para la nación española. ⁽¹⁾

Los respetables varones de la asamblea de Elvira (Ilíberis), al fijar su severa atención sobre la raza hebrea, acaso no pensaron en otra cosa que en defender la pureza de la creencia católica y preservar á los fieles de todo contacto con las doctrinas judáicas, y tal vez este Concilio no legisló movido por fanáticos y censurables impulsos de intolerancia.

«Sin embargo (dice uno de nuestros más eminentes escritores contemporáneos) las leyes formadas por el Concilio Iliberitano res-

(1) He aquí los títulos de los cánones del Concilio de Elvira, que principalmente afectan á los judíos.

CANON XVI: «De puellis *fidélibus* ne infidélibus jungantur».

» XLIX: «De frugibus fidelium ne á judeis benedicantur».

» L: «De christianis, qui cum judeis vescantur».

» LXXVII: «De fidélibus conjugatis, si cum judæa vel gentili mæchati fuerint».

pecto de la grey judía, echando los cimientos al divorcio social, que en futuras edades iba á ser funesto para la civilización española, fomentaban dolorosamente entre ambos pueblos el naciente odio y antagonismo de religión y de raza». (1)

VI

Con el triunfo de los arrianos visigodos sobre los otros pueblos bárbaros, que invadieron nuestra península en el siglo V, disfrutaron los judíos más de cien años de prosperidad y aun de privilegio sobre la masa hispano-latina, elevándose al ejercicio de los cargos oficiales y permitiéndoseles contraer matrimonio con mujeres católicas y hasta tenerlas por concubinas y por esclavas; pero rehabilitado por el esfuerzo de su inteligencia el elemento católico, el elemento hispano-latino, y hundiéndose el arrianismo en el tercer Concilio Toledano, comenzó la decadencia judáica, que fué rápida y espantosa.

Yá este Concilio dictó cánones prohibiendo á los hebreos (como lo había hecho el Concilio Iliberitano) tener mujeres propias (*uxores*) ni mancebas, cristianas; pero el calvario israe-

(1) Don José Amador de los Ríos, «Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal», tomo I, libro I, cap. I, página 73: Madrid, imprenta de T. Fortanet, 1875.

lita en nuestra nación puede decirse que no comienza hasta el reinado de Sisebuto (año 616). Enojado este rey por la desobediencia de los judíos á las anteriores disposiciones, ó cediendo á instancias del emperador de Oriente, Heraclio (según es el parecer de respetables historiadores), se dictó entonces el famoso decreto de proscripción, que colocó á la desgraciada raza en el trance de optar entre el bautismo ó la emigración, previa confiscación de bienes y otras penas más infamantes.

Unos noventa mil judíos, que consintieron permanecer en la península sufriendo con disimulado encono todo género de humillaciones, recibieron hipócritamente el bautismo, mientras otros muchos buscaron un refugio contra tan despiadado fanatismo en Francia y en el norte de África. ⁽¹⁾

Algo mejoró durante el reinado de Sisenando la suerte de los judíos españoles, merced á la modificación del decreto de Sisebuto, suavizado en la parte más cruel gracias á los caritativos esfuerzos de San Isidoro; pero los israelitas yá bautizados tuvieron que sufrir los efectos de otro decreto no menos tiránico, en el que se preceptuaba que les fuesen secues-

(1) Los que se refugiaron en Francia no fueron más afortunados que los que se quedaron en España, pues el rey Dagoberto les colocó en la cruel alternativa de escoger entre la muerte y la adjuración de sus ideas religiosas.

trados sus hijos para instruirles y educarles en la doctrina y en las prácticas cristianas.

Nuevas persecuciones contra la desventurada raza de Judea dictó el Concilio VI toledano, ⁽¹⁾ convocado el año 638 por Chintila, en cuya asamblea se decretó que en lo sucesivo no fuese coronado ningún rey, ni reconocida su autoridad, sin que antes prestase solemne juramento de no tolerar el culto judáico en los dominios de la monarquía visigoda, ni permitir que en ellos viviera libremente quien no fuese cristiano.

Bajo el reinado de Egica llegó á su mayor grado el encono contra los judíos. Este pueblo, agotada su paciencia después de largos años de constantes y silenciosos sufrimientos, había resuelto vengarse de sus opresores, y hacia el año 694 preparó sordamente una sublevación general contra el gobierno de España, poniéndose los judíos peninsulares de acuerdo con sus correligionarios de África para realizar su plan.

Noticioso Egica de esta conspiración, indignado por la transcendencia, que hubiera podido tener el fracasado complot, y lleno de alarma ante los peligros del porvenir, convocó el Concilio XVII, en el cual, «después de haber oído las delaciones de algunos israeli-

(1) Canon III.

tas, de las que resultaba que el complot iba encaminado nada menos que á hacer de España un estado judío», (1) se condenó á la pérdida de su libertad y á la confiscación de sus bienes á todos los israelitas; los cuales serían entregados como esclavos á los cristianos, comprometiéndose éstos á no permitirles las prácticas religiosas de su ley.

Así mismo acordaron los Padres asistentes á dicho Concilio prohibir el matrimonio entre judíos, disponiendo que solamente pudieran contraerle un esclavo judío con una esclava cristiana y un esclavo cristiano con una esclava judía, y que los hijos de éstos, desde la edad de siete años fuesen arrancados de los brazos de sus padres para entregarles, severamente vigilados, á la educación cristiana. (2)

Inhumana fué la dureza de estas disposiciones; pero «los hechos que en adelante sucedieron, *si no justifican* por completo, *explican* al menos la indignación del rey y la inesperada cuanto excesiva crueldad del Concilio». (3)

Con esto creció la emigración hebrea al África, donde la proscrita raza no cesó un

(1) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, página 36.

(2) Actas del Concilio XVII Toledano.—Las disposiciones de este Concilio pasaron casi en su totalidad al *Forum Judicum*, lib. II, tit. II.

(3) Don José Amador de los Ríos, «Historia social, política y religiosa de los judíos de España y de Portugal», tomo I, libro I, cap. II, pág. 101: edición citada.

instante de avivar, en odio á los cristianos, la guerrera codicia mahometana, excitándola con hiperbólicos elogios acerca de la hermosura y riqueza de la península, presentando como cosa fácil su conquista y ofreciendo desde luego la alianza y el concurso personal de sus correligionarios de España para cuando se verificase la invasión.

VII

Aproximábase el momento de esta á paso de gigante; se acercaba el tremendo instante de la destrucción del imperio hispano-visigodo; alboreaba en horizonte lúgubrememente tempestuoso el siglo VIII, sangriento testigo de hondas perturbaciones y trastornos en nuestro suelo, cuando por la muerte de Egica, el gran verdugo de los judíos españoles, ocupó el solio de Recaredo el rey Witiza, monarca que ha sido objeto de apasionados y contradictorios juicios históricos: momento crítico de nuestra vida nacional, que ha solicitado y atraído por siglos enteros la atención de los cronistas y de los poetas, porque estos y aquellos creyeron descubrir en él los misterios engendradores de la ruina visigoda y del triunfo musulmíco.

Y precisamente de este tiempo, en que los designios de la Providencia señalan la inme-

diata aproximación de una revolución completa, de un cambio radical en el seno de la sociedad hispana; cuando una monarquía de tres siglos vá á caer en un solo día y de un solo golpe bajo el filo de la corva cimitarra; cuando el poder de los bárbaros del Norte vá á entregarse sorprendido á los piés de los ejércitos mahometanos, que han de hollar durante ocho siglos el territorio de nuestra patria; precisamente de ese proceloso tiempo faltan los datos evidentes, los documentos fehacientes, como si la luz de todo testimonio auténtico hubiera huído para dejar sumidos en el misterio ó en la duda los hechos íntimamente precursores de la súbita mudanza, que venía á imponer en la península ibérica un nuevo aspecto social, político y religioso.

Hasta las actas del Concilio XVIII de Toledo, celebrado en tiempo de Witiza, y que hubieran podido desvanecer muchas dudas, han desaparecido. Solo nos quedan sucintas crónicas escritas después de la invasión de los árabes, como la de Isidoro de Beja ⁽¹⁾, bajo la impresión de tan gran desastre.

(1) La crítica moderna concede gran importancia á esta crónica, escrita (á juzgar por la narración) por un cristiano residente primero en Toledo y después en Córdoba bajo la dominación de los árabes; pero, en nuestros tiempos, sabios escritores niegan la propiedad, con que se la ha venido denominando «Crónica de Isidoro de Beja» ó del *Pacense*.

El R. P. Tailhan, autor de una notabilísima edición en facsímile de

El nombre de Witiza, condenado por la historia, execrado por la crónica, maldecido por la leyenda, se ha venido presentando al través de los siglos como el inmediatamente responsable (en unión con D. Rodrigo) de la pérdida del imperio hispano-gótico. Y es que, como escribe un sabio historiador yá citado, «las calamidades, de igual modo que las grandezas históricas, se condensan siempre en uno ó en pocos personajes, tipos de maldad ó de heroísmo. Tal acontece con Witiza, penúltimo rey de los godos, cifra y compendio de las miserias y aberraciones morales de una edad tristísima» (1).

Isidoro Pacense, el historiador más próximo á esta época, puesto que concluyó su *Cronicon* á mediados del siglo VIII, hace grandes elogios de Witiza, refiriéndose tal vez solamente al principio de su gobierno: «Witiza... florentíssimè... regnum retemptat, atque om-

los dos mejores códices que se conocen, uno perteneciente á la Real Academia de la Historia y otro á la Biblioteca del Arsenal de París, rechaza terminantemente el nombre de Isidoro Pacense y llama á esta Crónica el *Anónimo de Córdoba* («L'Anonyme de Cordoue». *Chronique rimée des derniers rois de Toléde et de la conquête de l'Espagne par les arabes, éditée et annotée par le P. J. Tailhan, de la Compagnie de Jesus. París, 1885.*)

El docto académico de la Historia Don Eduardo Saavedra se ha decidido á titular esta crónica *el Anónimo latino*. («Estudio sobre la invasión de los árabes en España», pág. 6. Madrid, 1892).

(1) Menendez y Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles» tomo I, libro I, cap. III, párrafo XIII, pág. 210 y 211.

nis Hispania gaudio nimio freta alacriter lætatur». (1)

El P. Juan de Mariana atribuye la bondad de los primeros actos de este monarca á la hipocresía, nó á la virtud (2); pero el docto Ferreras, sin desmentir los vicios atribuidos á Witiza en los últimos años de su reinado, sostiene que los pecados posteriores no tienen fuerza para negar la existencia de anteriores virtudes.

El hecho es que la memoria del hijo de Egica aparece durante siglos enteros ennegrecida por las sombras de gravísimos cargos desde que el extranjero autor del Chronicon Moissiacense, escrito en el siglo IX, nos le pintó con tan oscuros colores; criterio que después adoptaron Sebastián de Salamanca (3), el monje de Silos (4), el arzobispo don Rodrigo Ximenez (5), el P. Mariana, (6) y con

(1) Véase el P. Florez, «España sagrada», apéndice II del tomo VIII, página 297: segunda ed. Madrid, 1766.

(2) «Se despeñó en todo su género de deshonestidades, enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera los años pasados por respeto de su padre».—Mariana, «Historia general de España, tomo I, libro VI, cap. XIX, pág. 298: decimaquinta edición, Madrid, 1780.

(3) «Sebastiani Chronicon», atribuido por algunos al rey Alfonso III y escrito durante el reinado de este monarca.—Véase el P. Florez, «España sagrada», tomo XIII.

(4) «Chronicon Silense».—Florez, «España sagrada», tomo XVII, capítulo I, titulado: «Viticæ flagitia et Roderici».

(5) «Roderici Ximeni archiepiscopi, de rebus hispanicis».

(6) Obra y lugar citado.

ellos casi todos nuestros antiguos cronistas é historiadores.

VIII

Afirman unos y otros que Witiza fué un abominable tirano; que hizo sacar los ojos á Theodofredo y asesinó á Favila, duque de Cantabria; ⁽¹⁾ que dejó indefensa la nación «convirtiendo las armas en arados y derribando los muros de las ciudades, menos los de Toledo, León y Astorga», para impedir las sublevaciones de los descontentos contra su tiránico dominio; que ultrajó á la Iglesia, colocando á Oppas en la Silla metropolitana, que estaba ocupada por el arzobispo Sindereo; que mantuvo en su palacio un verdadero serrallo de concubinas, y no contento con dar al país tan detestable ejemplo, sancionó en una ley la poligamia, extendiéndola á todos sus vasallos legos y eclesiásticos; que favoreció y protegió á los judíos, enemigos jurados de nuestra religión y de nuestra patria; y que, por último, «atrajo las iras del cielo sobre la nación» reuniendo un conciliábulo en Toledo, promulgando escandalosos decretos sobre disciplina y rechazando las amonestaciones del Papa con la orden, por edicto, de

(1) Hijos ambos de Receswinto, y padre respectivamente de Rodrigo, último rey de los godos, y de Pelayo, primer monarca de Asturias.

que nadie acatase ni reconociese la autoridad del romano Pontífice.

Pero, después de tan larga y constante tradición de acusaciones, ha llegado al campo de la crítica un movimiento de reacción favorable á dicho príncipe; y á fines del siglo pasado inauguraron la campaña de rehabilitación los eruditos escritores españoles D. Gregorio Mayans y Ciscar ⁽¹⁾ y el P. jesuita D. Juan Francisco Masden, ⁽²⁾ para el cual la mayor parte de los hechos atribuidos á Witiza son «un largo tejido de fábulas injuriosas». ⁽³⁾

(1) En su «Defensa del rey Witiza».

(2) En su «Historia crítica de España».

(3) «Las críticas de Mayans y de Masden (escribe Don Eduardo Saavedra en su notabilísimo «Estudio sobre la invasión de los árabes en España» pág. 25) no lograron desvanecer el horrible retrato de Witiza, trazado con honda huella por el buril de Don Rodrigo Ximenez y duramente sombreado por el insigne P. Mariana. Dozy, Fernández-Guerra y Tailhan ha rehecho la figura, cada cual de diverso modo...»—«Testimonio irrefutable de las altas prendas de tan estimable príncipe (añade el docto académico) dan, en el mismo siglo VIII el *Anónimo latino*, desde el IX en delante todos los autores árabes sin excepción, y hasta en el siglo XIII y en Castilla, el ignorado poeta que bebía sus noticias, no en arrugados pergaminos, sino en la voz del pueblo, que decía de él:

...poderoso varón

Ome (fué) de gran esfuerço et de gran coraçón;

de los españoles de entonces:

non avía entre ellos envidia nin contienda;

y de la situación religiosa:

estaban las iglesias todas bien ordenadas.»

Al Sr. Saavedra, después de un discreto examen de la situación política y social de limperio en tiempo de Witiza, merece este rey los dictados de *generoso* y *amante de la justicia* (pág. 3o del citado Estudio), aunque *irreflexivo* (pág. 26).

Contra los defensores del vilipendiado monarca protestan, sin embargo, otros juiciosos autores modernos. «Para ser originales (dice uno de estos) algunos escritores no hacen más que llamar bueno á lo que siempre se dijo malo, y declamar contra todo lo que se tuvo por bueno. No hay persona, por depravada ó infame que sea, que no tenga un abogado; no hay malvado célebre en la Historia que no tenga un defensor, tanto más acérrimo cuanto mayores sean los crímenes. Nuestro siglo se ha empeñado en defender á Witiza: á falta de razones se apela á las conjeturas». (1)

Pero este mismo autor rechaza más adelante, en el mismo párrafo, la suposición (que califica de *gratuita*) de creer á Witiza enemigo de la religión católica, y añade: «Witiza fué un príncipe como otros varios de sus predecesores, como Swintila y probablemente como Chindasvinto: glorioso, morigerado y justo al principio de su reinado, se portó como un buen príncipe y mereció elogios: la prosperidad, la adulación y la facilidad para satisfacer sus pasiones le convirtieron en lujurioso é inmoral y le hicieron detestable á los pueblos». Y respecto á las gravísimas responsabilidades, que los acusadores de Witiza acumulan sobre su reinado, se expresa en los si-

(1) Don Vicente de la Fuente, «Historia eclesiástica de España», tomo I, cap. XI, pág. 293: ed. citada.

guientes términos: «Los escándalos de un príncipe malvado son más que decretos para pueblos envilecidos. *Estaba ya decidida en los decretos eternos la pérdida de España, como castigo de su inmoralidad y relajación, desde los últimos años del siglo VII, y Dios dejaba enloquecer á los que en breve iba á castigar*». (1)

Estas declaraciones de un adversario franco de los rehabilitadores de Witiza inducen á poner en duda muchos de los hechos atribuidos por los historiógrafos al sucesor de Egica, porque «las generaciones pecadoras necesitan descargar sus crímenes en la frente de alguien, y Witiza... aunque no autorizase por decreto el concubinato y la poligamia, es para los historiadores de la reconquista, más que un nombre, el tipo de la degradación moral de la gente visigoda». (2)

Y también pudo suceder que, resuelto Witiza (que sin duda no fué un príncipe vulgar) á variar las corrientes de los tiempos, imprimiéndoles otra dirección (como lo atestigua su tolerancia con los judíos) despertase en sus contemporáneos profundos odios: que, si faltan datos para probar que poseía grandes mé-

(1) Don Vicente de la Fuente, «Historia eclesiástica de España», tomo I, cap. XI, pág. 294: ed. citada.

(2) Don Marcelino Menéndez y Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles», tomo I, libro I, cap. III, párrafo XIII, pág. 212.

ritos como gobernante acertado, tampoco los hay concluyentes y decisivos para condenarle como un malvado en la esfera moral, ni como inepto en la política. «Quizá (se decide á escribir un doctísimo autor moderno) quizá no sea atrevimiento sospechar que Witiza fué un monarca revolucionario, contra el cual se levantó indignada la orgullosa teocracia dominadora entonces, y que bien avenida con el disfrute del poder, no veía el abismo abierto á sus pies». (1)

IX

De todos modos á Witiza corresponde la grave responsabilidad de no haber podido, ó no haber sabido, defender de los ataques de los mahometanos una parte, siquiera fuese pequeña y no se hallase enclavada en la península, del Estado hispano-visigodo. Nos referimos á las comarcas marítimas del norte de África, por donde se extendía la Mauritania Tingitana, provincia española sometida á los monarcas godos, que venían ejerciendo sobre ella una soberanía más ó menos completa y efectiva, según las circunstancias, por medio

(1) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. V, pág. 633: segunda ed.

de gobernadores, que residían ordinariamente en Tanja (Tanger).

Las huestes musulmanas, acaudilladas por Muza ben Nosair, walf del califa de Damasco, avanzando sobre la costa africana hácia el estrecho de Hércules (después llamado de Gibraltar), habían sitiado á Tanja. Requila, gobernador de la Mauritania Tingitana, había pedido y obtenido del gobierno español refuerzos de tropas y otros elementos de defensa; pero la ciudad hubo de ceder en el año 708, ⁽¹⁾ cayendo en poder de Múza, que poco después acercó sus victoriosas tropas á los muros de Septa (Ceuta), ciudad formidable por sus fortificaciones, encomendada á la defensa del Conde Julián, y de cuya importante plaza tenían los árabes sin duda empeño decidido de enseñorearse para completar el dominio de la Mauritania y ocupar un punto estratégico y de avanzada sobre la entrada del Mediterráneo, frente á la península ibérica.

Yá sobre este punto concreto de la ruina del imperio hispano-visigodo comienzan las discordancias entre los historiadores.

El sabio profesor de la Universidad de Leiden, cuya notabilísima obra hemos citado repetidas veces, supone que la ciudad de Ceuta pertenecía por entonces al imperio bizanti-

(1) En el año 89 de la Hégira según el «Ajbar Machmuá».

no, (1) opinión fundada en la de algunos críticos españoles del siglo pasado, y tal vez apoyada en un pasaje de la crónica del Pacence; pero esta opinión ha sido combatida, á nuestro juicio victoriosamente, por un ilustre miembro de la Real Academia de la Historia, el cual sostiene que Ceuta pertenecía á la soberanía española, y refiriéndose á los hechos que acabamos de apuntar, añade: «Caen sobre la Tingitania los árabes acaudillados por Muza; desbaratan á Rechila, Duque de la provincia; subyugan á Tanger en el año 709 y van oprimiendo uno á uno los condados. Ceuta se defiende con los auxilios de hombres y de víveres, que á toda hora recibe de España». (2)

Entre otras, dignas de crédito, una de las mejor reputadas crónicas arábicas dice, después de referir la toma de Tanger por los árabes: «Dirigióse enseguida Muza contra las ciudades de la costa del mar, *en que había gobernadores del Rey de España*, que se habían hecho dueños de ellas y de los territorios circunvecinos. *La capital de estas ciudades era la llamada Ceuta, y en ella y en*

(1) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, página 40: ed. citada; y

«Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age», 2.^a edición, páginas 57 y siguientes.

(2) Don Aureliano Fernández Guerra en el folleto «Don Rodrigo y la Cava» publicado en el año 1877.

las comarcas mandaba un infiel, de nombre Julián, á quien combatió Muza ben Nossair: más encontró que tenía gente tan numerosa, fuerte y aguerrida, como hasta entonces no había visto; y no pudiendo vencerla, retiróse á Tanger y comenzó á mandar algaras que devastasen los alrededores, sin que por eso lograrse rendirlos, porque entretanto iban y venían de España barcos cargados de víveres y tropas, y eran además amantes de su país, y defendían sus familias con gran esfuerzo». (1)

Conviene á nuestro intento dejar aquí aclarado este punto como precedente que ha de relacionarse con la llamada leyenda de Florinda y con la traición del Conde Julián á España.

X

Y mientras tanto que los soldados del falso profeta de la Meca quebrantaban la integridad del imperio godo, rompiendo sus fronte-

(1) «Ajbar Machmuâ» (Colección de tradiciones), Crónica anónima del siglo ix, dada á luz por primera vez, traducida y anotada por D. Emilio Lafuente y Alcántara: en la *Colección de obras arábicas de Historia y Geografía*, publicadas por la Real Academia de la Historia, tomo I, páginas 18 y 19; Madrid, 1867.

ras meridionales y amenazando lanzarse sobre la península ¿con qué medios de resistencia contaba ésta?

El permanente estado de servidumbre y esclavitud, en que yacía la baja población indígena, obscureciendo toda idea de nacionalidad, había destruído las energías patrióticas de la masa popular, indiferente á todo cambio de soberanía que no redimiera y rescatase los perdidos fueros de su individualidad política y social. Al pueblo, colocado en el duro trance de sufrir y soportar el yugo de bárbaros despotismos, le importaba poco el nombre y la procedencia geográfica de los tiranos.

Clase media no existía en realidad, porque los judíos, que pudieron haber sido el nervio de ella, dadas sus condiciones de laboriosidad y sobre todo sus excepcionales aptitudes para la industria y el comercio y sus hábitos de economía, fuente de la prosperidad y de la riqueza, vieron anuladas sus singulares dotes por la persecución, las confiscaciones y el destierro, y por leyes tan intolerantes como las que les prohibieron comerciar con los cristianos, afincarse en predios rústicos y realizar grandes especulaciones mercantiles.

En cuanto á los antiguos curiales, que en la sociedad romana llegaron á disfrutar de cierta holgura social, gravados con enormes cargas por los visigodos, llegaron á confun-

dirse con el resto del pueblo en verdadera servidumbre.

Los curiales, los siervos, los judíos, eran otros tantos irreconciliables enemigos de aquel Estado, que les cautivaba en su seno; de aquella sociedad que se agrietaba por todas partes y que por momentos amenazaba estallar.

Las clases privilegiadas tan solo podían oponer, ante una invasión extranjera, esclavos cristianos ó judíos.

Había prevalecido entre los visigodos la costumbre latina de hacer servir en el ejército á los colonos, ⁽¹⁾ cuyo número debía ser mucho mayor que el de los hombres libres; de lo cual se deduce que la defensa territorial del Imperio estaba principalmente á cargo de unos soldados, que debían hallarse mejor dispuestos á simpatizar con el enemigo, cualquiera que fuese, que á pelear en provecho de sus propios señores y tiranos.

Por su parte la antigua nobleza goda carecía yá á fines del siglo VII de fuerza suficiente para defender la independendia del imperio frente á una vigorosa invasión extranjera; porque, á causa del carácter electivo de la corona, los aspirantes al trono se multiplica-

(1) Wamba ordenó que los propietarios contribuyeran con la décima parte de sus siervos, cuando fueron llamados á las armas, y más tarde se dispuso que contribuyesen con la mitad.

ban y, dividiendo la Corte en banderías y parcialidades rencorosas é irreducibles, tenían el reino convertido en constante campo de odios de familia, donde la sediciosa discordia flameaba encendiendo la hoguera de luchas civiles, que llegaron en su ciego encono á facilitar y aun á secundar la invasión y la conquista de los árabes en España.



CAPÍTULO III

LA INVASIÓN

- I. Las primeras invasiones de los africanos en España.—
II. Mura ben Nosair en la Tingitania.—III. Destronamiento de Witiza y proclamación de Rodrigo en el imperio hispano-gótico: carácter probable de esta revolución.—
IV. La leyenda de Florinda, según los historiadores cristianos.—V. La leyenda de Florinda, ó la Cava, según las crónicas arábigas.—VI. Discusión histórico-crítica acerca de la tradición de *la Cava*.—VII. La conspiración de los partidarios de Witiza: el desembarco y la exploración de Tarif Abu Zara.—VIII. La expedición de Tarik ben Ziyed: discusión crítica acerca de la confusión de los nombres de Tarif y Tarik.

I

No se ha llegado en la crítica histórica á un absoluto esclarecimiento en la cuestión relativa á las primeras excursiones, que los pueblos del norte de Africa hubieron de hacer en el suelo de nuestra patria.

Que nuestros vecinos allende el Estrecho, los berberíscos, hicieran en distintas épocas intentos de mayor ó menor fortuna para apo-

derarse de algunas poblaciones de la península, ó solamente para saquearlas, antes, mucho antes de que los moradores de Africa pudieran profesar el Islamismo, no es cosa sorprendente, pues el hecho se ha repetido siempre y en todas partes, tratándose de pueblos limítrofes ó próximos.

Se ha dicho que yá en tiempos de la República romana intentaron los mauritanos invadir nuestra península. Durante el imperio (reinando Marco Aurelio, año 166), penetraron en el territorio de los bastetanos (Almería y Murcia), internándose en la cuenca del Betis (Guadalquivir) y sitiando á Sýngilis, sobre el río de su nombre (hoy Genil), asedio del cual libertó á esta población Cayo Valerio Máximo; y en el reinado de Septimio Severo hicieron otra irrupción en la Bética, arruinando muchas ciudades de ella, como lo afirma, entre otros escritores, el célebre historiador Dion en su «Historia Romana.»

Por lo que toca á las primeras invasiones de los árabes, ó de los berberiscos musulmanes, el asunto aparece más complejo y ofrece variedad de apreciaciones, en las que disienten los escritores cristianos y los arábigos.

Recogen unos con más ó menos reserva la fábula de la venida de Mahoma á España. Otros, como At-Taberí, refieren que «la tierra de Al-Andalus la entraron dos Al-Fer-

hies, Abdu-l-lah ben Nafí y Abdu-l-lah ben Al-Husayn, llegando á ella por el lado de la costa *en tiempo de Ostmán* el Califa, (Dios le tenga en su gracia)..... y la conquistaron con el permiso de Dios (enaltecido sea su nombre), así como la tierra Afrancha, que fué agregada con Al-Andalus al dominio de los musulimes á semejanza de Ifriquía (África), sin que cesara por esto de pertenecer al amirato de Al-Andalus en Ifriquía, hasta que vino la época de Hixem ben Abdi-l-malic é impidieron los berberfes las comunicaciones, quedando los habitantes de Al-Andalus por su estado en condición superior á la de ellos: habiendo tenido lugar esta *entrada* el año 27 de la noble Hégira (año 647 de la Era cristiana)». (1)

El-Macín, á quien siguen Erpenius (2) y el marqués de Mondejar, colocan las primeras algaras de los árabes en España en el año 666, reinando Receswinto.

El historiador francés Esteban Baluce supone que Cataluña fué conquistada por los musulimes en el año 693; y no faltan cronistas españoles que refieren que yá estaban los sarracenos en nuestra nación, cuando fué proclamado rey Don Rodrigo.

(1) Aben Adharí, «Historias de Al-Andalus», tomo I, páginas 13 y 14: trad. de D. Francisco Fernández y González. (Granada, 1862).

(2) El-Macín, «Historia de los sarracenos», traducida al latín por Tomás Van Erpen (*Erpenins.*)

Pero la primera narración, que con visos de autenticidad tenemos de la venida de los mahometanos, es la que se encuentra en la Crónica de Sebastián de Salamanca, referente á la flota sarracena que en el último tercio del siglo VII, reinando Wamba, amenazó y asedió las costas peninsulares del Mediterraneo, cuya escuadra, compuesta de doscientas setenta naves, fué derrotada por los visigodos, que echaron á pique la mayor parte de los barcos, incendiando ó apresando el resto: ⁽¹⁾ infructuosa tentativa, de la cual no hemos de ocuparnos aquí, concretándonos á apuntarla como dato precursor de la definitiva y victoriosa invasión, que tuvo efecto en el año 711.

II

A principios del siglo VIII de nuestra Era, ocupando el califa Walid el trono de Damasco, los musulmanes habían llegado por el norte de África hasta posesionarse de las comarcas cercanas á la Tingitania.

Yá el intrépido Okbah, después de haber penetrado por el desierto, donde más adelante se levantaron las ciudades de Fez y Marrue-

(1) «Illius namque tempore ducentæ septuagintæ naves Sarracenorum Hispaniæ littus sunt adgressa ibique omni eorum agmina ferro sunt deleta classes eorum ignibus concrematæ».—Sebastiani Chronicon, III, en la «España sagrada» del P. Florez, tomo XIII.

cos, habíase detenido ganoso de gloria en las playas del Océano, pronunciando el fogoso apóstrofe que la Historia le atribuye; ⁽¹⁾ yá ondulaba el estandarte de Mahoma sobre las crestas del Atlas, cuando un caudillo kelbí, cuyo nombre había de ser perdurable en los anales de nuestra patria, recibió de su antiguo patrono y protector Abdalazís, gobernador de Egipto, el encargo de completar la sumisión de la Mauritania, reduciendo á la ley del Corán las tribus berberíscas, calmando su ruda fiereza y sosegando su indomable espíritu de independendencia.

Muza ben Nosair (que así se llamaba el nuevo walí del África), en medio de su extremada codicia, que le llevó frecuentemente á actos injustos y arbitrarios, ⁽²⁾ poseía excepcionales dotes de general y de gobernante, y no tardó en captarse el respeto y aun el cariño de las bravías tribus berberíscas, que abrazaron el Islamismo, identificándose religiosamente con los árabes, llegando á formar con ellos como una sola nación bajo el nom-

(1)—«¡Allah! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iría hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam!»—

(2) Siendo recaudador de contribuciones en Basora, había sido condenado por malversación de fondos á una indemnización de cien mil monedas de oro, gran parte de cuya suma le facilitó su protector y antiguo patrono el gobernador de Egipto, Abdalazís, tío del califa Walid.

bre común de *sarracenos* ⁽¹⁾ y corriendo en lo sucesivo la misma suerte por lo que atañe al imperio musulmán español.

En verdad, pocos pueblos presentan entre sí tantas analogías como los berberíscos y los árabes. Valerosos, aguerridos, fanáticos, familiarizados con la vida del desierto, nómadas, amantes de su libertad y de su independencia hasta el delirio, entusiastas por la guerra, no pudieron los berberíscos hallar competidores más dignos de ellos que los hijos de la Arabia, de los cuales al cabo de algunos años de lucha resultaron aliados y fieles correligionarios.

Penetrado Muza del carácter inquieto de estas gentes, las incorporó á su ejército, poniendo ante sus ojos la perspectiva del combate y del botín; y, aprovechando los primeros momentos de sumisión, decidió completar la conquista de Al-Magreb é invadir la Tingitania, provincia goda.

Yá hemos visto ⁽²⁾ que sin grandes dificultades consiguió apoderarse de Tanja y asediar á Septa (Ceuta), plaza fuerte, que quedaba aún obediente al gobierno de España.

Un cliente de Muza, llamado Tarik ben Zi-

(1) Este nombre de «sarracenos» le hacen unos derivar de Sara, una de las esposas de Abraham (lo cual se opone á la tradición genealógica), otros de Sharac (*oriental*), y otros de Sahara, el gran desierto.

(2) Capítulo II, párrafo IX del presente Estudio histórico-crítico.

yed, general de vanguardia de las tropas de Al-Magreb, custodiaba por encargo del walf de Ifriquia la ciudad de Tanja, ⁽¹⁾ y el conde Ilian (Julián) defendía á Septa como gobernador dependiente del imperio hispano-visigodo, cuando en esta perturbada monarquía se desarrollaron graves acontecimientos, que apresuraron su ruina y destrucción, brindando á los musulmanes con propicia ocasión para incorporar la península ibérica á los vastos dominios del Califato de Damasco.

III

Una revolución daba en aquellos días (mediados de Febrero del año 709) fin al reinado de Witiza y colocaba la disputada corona en las sienes del último rey de los godos, del que iba á presenciar en breve el estrepitoso derrumbamiento de un imperio tres veces secular, impenitentemente divorciado del pueblo español á pesar del aparente predominio de la ci-

(1) Dide Aben Jaldún que Tarik recibió de Muza el mando de Tanja, donde se estableció con *doce mil* berberiscos y *veintisiete* árabes, encargados de enseñar el Corán á aquellos neófitos. También Ebn-u-I-Catan, á quien siguen la mayor parte de los historiadores arábigos, asegura que la residencia de Tarik era Tanja. Pero otros opinan que donde se hallaba acantonado era Sigilmesa, «pues á la verdad (dice Aben Adharí en las ya citadas «Historias de Al-Andalus» tomo I, página 19) Salé y cuanto cae detrás de ella desde Fez, así como Tanja y Septa, eran de los cristianos, hallándose Tanja en poder de Ilian, uno de ellos».

vilización latina; de una monarquía cimentada sobre la injusticia, sobre la arbitrariedad y sobre el privilegio; de un trono minado por la inmoralidad, por la discordia y por la traición.

Rodrigo (dice sécamente la crónica) se apoderó revolucionariamente del gobierno español con el apoyo del *senado romano*.

La expresión «hortante *senatu romano*», (1) empleada en el relato de Isidoro de Beja, ha hecho suponer á los críticos que al destronamiento de Witiza debió cooperar directamente la masa del pueblo español, y existen serias razones para interpretar las palabras del Pacense «*senatu romano*» como junta de romanos, ó *españoles*, los cuales por no ser de origen *godo*, ni haberse fundido aún con esta raza, eran llamados *romanos*. (2) Es pues crei-

(1) «Rodericus tumultuóse regnum, hortante *senatu romano*, invadit». — «Isidori Pacensis Episcopi Chronicon», XXXIV: en la «España sagrada», apéndice II del tomo VIII.

(2) Sin embargo el docto académico D. Aureliano Fernández-Guerra, en su precioso libro «Caída y ruina del imperio visigótico español», Madrid, imprenta de Manuel G. Hernández, 1883 (uno de cuyos escasos ejemplares hemos podido examinar detenidamente, gracias á la fina atención de nuestro querido amigo el ilustrado escritor y Profesor de la Academia de Administración militar, D. Antonio Blázquez y Delgado Aguilera), hace constar por vía de ENMIENDA á su trabajo, en la página 201 del mismo, la opinión de otro sábio crítico, de esta manera: «Yá impreso este libro, me hace muy atinada observación el docto catedrático de la Escuela de Diplomática, Sr. D. Eduardo de Hinojosa.... sobre el fragmento del PACENSE, que aduzco á la página 44. Juzga que en su lugar de «*hortante Senatu*, á ruego del Senado», como se halla

ble que el elemento hispano-latino, siempre postergado, pensase mejorar su suerte, contribuyendo al destronamiento de Witiza, odiado por su exclusivismo de raza, y cooperando á la elevación de Rodrigo, que debía ser más simpático á las clases populares, como lo fué Receswinto, cuyas leyes habían tendido á la igualdad de derechos entre dominadores y vencidos.

No se discutirían tanto como hoy se discuten en el campo de la crítica histórica las circunstancias del destronamiento de Witiza, si á partir de este hecho no se hubiera acentuado, como se acentuó, en el seno de la monarquía visigoda el estado de perturbación política, precursor de la catástrofe de Wadi-Becca.

Creen modernos escritores que, hallándose Witiza viejo y achacoso, los consejos de su

en todas las ediciones, debió escribir el historiador anónimo «*obstante Senatu*, oponiéndose y contradiciéndolo el Senado.» Y en verdad que no de otra manera lo reclama el sentido, puesto que aquel grave Consejo de los próceres de la nación tenía la prerrogativa de elegir el Rey; y el antiquísimo autor dice «haberse apoderado Rodrigo tumultuariamente del reino».

Por nuestra parte no hallamos plenamente justificada la ENMIENDA, ni creemos en la supuesta errata de las copias del Pacense.

Podrá discutirse acerca de si el «Senado», que eligió á Rodrigo, estaba compuesto de elementos *godos*, ó de elementos *hispano-romanos*, pero no que se opusiese á su proclamación.

La Crónica de Alfonso III, el *Silense* y la Crónica de Moissac presentan la *elección* de Rodrigo como hecha por los godos.

— «A gothis eligitur», (Alfonso III, número 7).

— «Consilio magna torum gothicæ gentis» (*Silense*, número 15).

— «Gothi super se Rudericum regem constituunt.» (Cr. arab. I, 105).

esposa y de sus parientes le determinaron á asociarse en el mando á su más querido hijo Achila, del propio modo que él había sido asociado por su padre, y de la propia manera que algunos de sus antecesores lo habían hecho (como Luiva con Leovigildo y este con Hermenegildo) siempre en menoscabo del principio electivo, puesto que el asociado en el mando quedaba implícitamente reconocido como heredero del trono.

A Achila, niño aún, se le confirió el mando de la Narbonense y de la Tarraconense, bajo la custodia y vigilancia de un entendido y prudente magnate, llamado Rechesindo; ⁽¹⁾ pero la oposición de los Godos á aquella sistemática preterición del derecho electivo debió manifestarse sin rebozo, dando vigor á su descontento «la perspectiva del probable reinado de un menor, en cuyo nombre ejercerían el mando sus parientes, acaso la misma madre». ⁽²⁾

Witiza no se arredró frente á las conspiraciones de la rebelde nobleza, y buen testimonio de ello fueron la pena de ceguera aplicada á Theodofredo, gobernador ó duque de Córdoba, la muerte de Fabila y el destierro de Pelayo, hijo de este último.

(1) Saavedra, «Estudio sobre la invasión de los árabes en España», pág. 27.

(2) Saavedra, «Estudio sobre la invasión de los árabes en España», pág. 29.

Debieron llenar la medida del desafecto hacia Witiza de una buena parte de los magnates y de la masa hispano-romana, las disposiciones humanitarias y generosas de este rey, en favor de los judíos; y en tan críticas circunstancias se verificó la revolución, que puso en el trono á Rodrigo, no sin la enérgica resistencia de Rechesindo, que pagó con la vida en un desgraciado combate su lealtad á la causa del joven Achila: este y sus dos hermanos, también menores de edad (Olmundo y Artavasdes), hubieron de emigrar, comenzando una serie de antipatrióticos pactos con los musulmanes, que precipitaron la ruina del imperio visigodo.

El hecho es que con la caída de Witiza ⁽¹⁾ y la proclamación de Rodrigo ⁽²⁾ surgen nuevas

(1) Muy pocos pormenores dán las crónicas respecto al destronamiento de Witiza y á su suerte posterior. Cinco siglos después fué cuando el arzobispo Don Rodrigo dijo que «murió olvidado, después de haber sufrido el terrible tormento de vaciarle los ojos».

(2) Se dice que Rodrigo (Ruderik) fué hijo de Theodofredo, y este de Receswinto. Theodofredo, según la crónica á la leyenda, había sido condenado á la pena de ceguera por Witiza, después de la ejecución de Fabila, padre de Pelayo.

Así lo dan por cierto antiguas crónicas latinas de la Reconquista; pero las árabes expresan claramente que Rodrigo no pertenecía á *estirpe regia*, y hasta le llaman «*hijo de la mala mujer*». («*Ajbar Machmua*», trad. cit., pág. 21).—Al-Makkari, tomo I, pag. 162, cuenta que algunos caballeros cristianos decían, refiriéndose á Rodrigo: «Este hijo de prostituta se ha apoderado de nuestro reino sin ser de *estirpe real*».

Y es muy creíble que Rodrigo no perteneciese á ninguna de las familias regias godas.

Rodrigo era gobernador de la Bética en tiempo de Witiza («era uno

complicaciones en el imperio gótico-hispano.

De este último rey se ha dicho que, antes de ser elevado al trono, era animoso, diestro en las armas, «de corazón osado para acometer cualquiera hazaña; grande en liberalidad y extraordinaria la destreza para grangear las voluntades, tratar y llevar á cabo negocios dificultosos»; pero que, después de ceñir á su frente la corona real, «se tornó, y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios», señalándose principalmente «en la memoria de las injurias, la soltura de las deshonestidades, y la imprudencia en todo lo que emprendía». (1)

Las antiguas crónicas, inspiradas en la natural tendencia á individualizar la responsabilidad de las catástrofes nacionales, han pretendido hacer de Rodrigo un tipo tan odioso como el de Witiza, presentándole ante la posteridad como hombre vicioso, arbitrario y despótico, (2) y aprisionando su recuerdo en tra-

de los tenientes del rey en Córdoba», dice Aben-Adhari, II, 4); y, como su antecesor en el mando fué Theodofredo, esta circunstancia debió haber motivado el error de suponerle hijo de éste y descendiente de Receswinto.

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXI, pág. 301: decimaquinta ed. Madrid, 1780.

(2) El cronista Don Rodrigo Ximenez dice: «Erat Rudericus durus in bellis, et ad negotia expeditus; sed in moribus non dissimilis Witiŕa».

El Padre Juan de Mariana le llama (tomo I, libro VI, cap. XX, pág. 301, de la «Historia general de España», ed. citada) «Peste, tizon y fuego de España».

diciones históricamente aceptables en el fondo, como la de «Florinda ó *la Cava*», y en fantásticas leyendas, como la de «el palacio encantado de Toledo» y otras, en cuyas narraciones ha visto el vulgo durante siglos enteros la explicación, la razón y la causa de la invasión musulmana en nuestra patria. (1)

IV

No hemos de detenernos á narrar con el lujo de detalles, que emplean antiguos historiadores, la tradición de Florinda, traída y llevada en nuestros tiempos y en los pasados por la poesía y por la prosa en todos sus géneros literarios. Pero tampoco podemos prescindir de recogerla aquí como materia histórica, pertinente á nuestro objeto, y examinarla con el detenimiento que demanda su íntima conexión con la actitud antipatriótica de un funesto personaje español, que juega un papel importante en los primeros momentos de la invasión mahometana en nuestro suelo nacional.

Afirma la tradición cristiana, (en la cual se

(1) De la fabulosa aventura de «el palacio encantado de Toledo» no nos ocupamos aquí porque no presenta esta leyenda caracteres de verdadera materia histórica; pero, como de tal fábula se ocupan historiadores tan conocidos entre los cristianos como el P. Mariana, y tan distinguidos entre los árabes como Al-Makkari, al final de este *Estudio*, en el Apéndice A, damos una noticia de esta leyenda.

inspira el clásico historiador Mariana (1), y cuyo fondo no se decide á rechazar en absoluto D. Modesto Lafuente (2), que el rey Rodrigo se prendó de la hermosura de una aristocrática joven, que, como otras varias pertenecientes á la nobleza goda, se hallaba en la corte de Toledo sirviendo ó acompañando á la reina Egilona, ó educándose en el real palacio. Florinda se llamaba la hermosa dama y era hija del Conde Julián, gobernador de la Mauritania Tingitana, y pariente cercano del ex-rey Witiza. (3)

Rodrigo, esclavo de la pasión, no retrocedió ante la virtud de Florinda y consiguió por la violencia lo que la firme voluntad de la joven le negara. Noticioso de ello el conde Julián (4) juró vengarse de la afrenta inferida á su hija y á su linaje, y al efecto se presentó en Toledo, ocultando su encono y fingiendo gran adhesión el rey, con lo cual llegó á obtener gran privanza, que para sus terribles planes de venganza proyectó utilizar, incli-

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, capítulos XXI y XXII.

(2) D. Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, libro IV, cap. VIII, página 85 y siguientes: ed. citada.

(3) Afirman varios historiadores que el conde Julián estaba casado con una hija de Witiza.

(4) El P. Mariana. «Historia general de España», tomo I, libro VI, capítulo XXI, inserta la carta que supone escrita por Florinda á su padre; documento nada parecido al que la crónica árabe tradujo.

nando el ánimo de Rodrigo á que este confiado príncipe se pusiera al frente de las tropas destinadas á combatir en el norte contra los francos y contra los siempre rebeldes cántabros. Era el secreto designio del Conde trasladarse inmediatamente al África, concertar allí con Muza ó con su lugar-teniente Tarik, gobernador de Tanja, las capitulaciones de inícuca traición; y, aprovechando el desamparo militar en que por efecto de sus consejos se hallasen las costas andaluzas, facilitar la invasión de las tropas musulmanas en la península ibérica con su propia personal ayuda y con la que de antemano le habían ofrecido el arzobispo Oppas, los hijos de Witiza y los principales personajes de este partido.

No todos los relatos de esta tradición convienen en algunas particularidades, aunque en el fondo todas están acordes.

Algunos creen que Florinda ó la *Cava* ⁽¹⁾ se enamoró del rey y se entregó á él voluntariamente; pero, tanto los que esto dicen como los que aseguran lo contrario, todos están conformes en que Florinda, indignada ó arrepentida, escribió á su padre dándole cuen-

(1) Con este sobrenombre cita la leyenda á Florinda.

«*Cava*, en idioma árabe, equivale á *mujer de mala vida*, «lo cual (dice Don Modesto Lafuente) se aviene muy mal con la virtud que se supone en la bella Florinda».

Lucas de Tuy interpreta: «*Cava*, quam pro concubina utebatur».

ta de su deshonra y pidiéndole que la vengase. Contestóle éste (cuentan algunos cronistas) que se trasladase al África, y efectivamente abandonó la Corte y fuese á reunir con el Conde Julián, en cuyo momento fué cuando el rencoroso gobernador de la Tingitania, haciendo traición á su religión y á su patria, invitó á los árabes á pasar á España, ó por lo menos facilitó la invasión.

V

Veamos ahora el sentido que las crónicas árabes dan á este hecho, advirtiendo de paso que todos los escritores musulmanes, sin excepción, relatan esta tradición, no siendo cierto (como han asegurado algunos críticos del siglo pasado y del presente, entre ellos el llamado Don Faustino de Borbón) que ningún escritor árabe refería este suceso, «lo cual demuestra cuan pocos autores árabes había visto aquel falsificador». (1)

Vamos á reproducir aquí una de las narraciones más extensas que hallamos entre los historiadores arábigos, que tenemos á la vista:

«Era costumbre de los magnates y caudi-

(1) Con esta última palabra se refiere el Sr. D. Emilio Lafuente y Alcántara (Traducción del *Ajbar Machmua*, página 19, nota 2.ª) al autor de los «Preliminares para ilustrar la historia de la España árabe», edición de la imprenta Real, año 1797.

llos cristianos mandar sus hijos, cuyo provecho y engrandecimiento procuraban, al palacio del rey superior, que estaba en Toledo, con el fin de que allí estuviesen á su servicio y participasen de su generosidad hasta llegar á la edad conveniente, en que el Rey casaba á los jóvenes con las jóvenes, procurando de esta manera la alianza de los padres, dotando á los novios y dándoles lo necesario».

«Sucedió que Julián, gobernador de Rodrigo en Ceuta, que entonces pertenecía al Rey de España, y cuyos habitantes eran cristianos, tomó el camino con una hija que tenía, de extraordinaria hermosura y á quien estimaba sobremanera, de la cual Rodrigo, apenas la vió, quedó prendado con pasión tan violenta, que no siendo dueño de sí mismo, la forzó. Dióse ella trazas para comunicar á su padre lo ocurrido, por medio de una carta secreta, y esto le hizo tal impresión y le enojó de tal manera, que exclamó:—Por la religión del Mesías, que he de trastornar su poder y he de abrir bajo sus piés una fosa.—Este enojo que recibió por el insulto hecho á su hija fué la causa de la conquista de España, además del decreto de Dios (sea excelso). Embarcóse Julián en Ceuta, atravesó el Estrecho en el tiempo más desfavorable, porque era el mes de Enero, que es el corazón del invierno, y desembarcando en España, fué á Toledo á

presentarse al rey Rodrigo, quien extrañó su venida en tal tiempo, preguntándole qué causa le había movido á ir en aquella ocasión. Julián pretextó que su mujer tenía veheméntísimos deseos de ver á su hija antes de morir, y le había estimulado á que fuera por ella; deseo al cual él había querido condescender, por lo que le pedía permiso para llevársela, y le rogaba lo dejara regresar pronto. Rodrigo lo hizo así; le entregó la hija, después de haber dicho á esta que guardase el secreto, y obsequió mucho á su padre, despidiéndose de él. Y cuéntase que al despedirse le dijo Rodrigo:—Cuando vuelvas, procura traerme algunos halcones de los que sueles regalarme, porque son las mejores aves de presa que tengo.—Julián le contestó:—Por la fé del Mesías, ¡oh Rey! que, si vivo, he de traerte unos halcones como jamás los hayas visto,— aludiendo al propósito oculto que tenía de traer los árabes, aunque Rodrigo no lo comprendía. Julián, llegado que hubo á su gobierno de Ceuta, tardó poco en disponer su viaje para ir á ver al emir Muza ben Nosair, que estaba en Ifriquiya. Hablóle de la conquista de España, cuya hermosura y excelencias le describió, así como sus muchas clases de riqueza y productos, sus buenos frutos y su abundancia de agua dulce. Al mismo tiempo le representó á sus habitantes como gente

por demás fácil de dominar, endeble y poco aventajada. Muza entró en deseos de acometer aquella empresa, é hizo con él un pacto con tal que se volviese á favor de los musulnes, y además procuró asegurarse de él, imponiéndole la condición de que manifestase su hostilidad contra los cristianos, sus correigionarios, haciendo una correría por el país. Así lo hizo Julián, quién, reuniendo gente de su distrito, en dos barcos pasó con ellos á la costa de Algeciras y comenzó á correr el país y á matar, cautivar y robar, y permaneció allí algunos días, regresando sano y salvo con los suyos. Cuando los árabes lo supieron, confiaron en él y le recibieron como amigo. Aconteció esto á fines del año 90 (otoño de setecientos nueve, Era cristiana)». (1)

VI

Tal es la célebre tradición de *Florinda ó la Cava*, según los antiguos cronistas é historiadores. Pero algunos críticos modernos intentan desechar esta narración por juzgarla fabulosa y apócrifa.

El docto anticuario de la Real Academia de

(1) Al-Makkari, «Conquista de España por los árabes», tomo I, páginas 158 y 159; en el Apéndice II al tomo I de la *Colección de Obras arábicas de Historia y Geografía*, publicada por la Real Academia de la Historia, páginas 173 y 174.

la Historia, Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, sostiene que, si existió Florinda, si recibió ultraje en su honor, si el Conde Julián su padre corrió presuroso á vengarlo á costa de su patria, la Historia, la Cronología y la Crítica piden *que se tenga por autor del agravio al brutal y lujurioso Witiza y no á Rodrigo*. «Pero yo tengo para mí (dice) que no hay tal afrenta». (1)

Para este erudito académico la tradición de Florinda trae su origen del historiador egipcio Abderrahman ben Abdelhaquem, el cual, recogiendo sin crítica (según el Sr. Fernández-Guerra) falsas narraciones y mezclándolas con noticias verdaderas, dió cabida entre estas á la *leyenda* de la Cava, (2) con cuya *fábula et moro Rassis* (3) adicionó la Historia de Es-

(1) Folleto, ya mencionado, «Don Rodrigo y la Cava».

(2) Dice así Abderrahman ben Abdelhaquem:—«Había mandado Julián su hija á Rodrigo, señor de España, para su educación, más (el Rey) la violó, y sabido esto por Julián dijo:—El mejor castigo que puedo darle es hacer que los árabes vayan contra él».—Apéndice al tomo I de la *Colección de obras arábigas de Historia y Geografía*, publicadas por la R. A. de la Historia, pág. 209.

Este historiador, muerto en el año 871 de nuestra Era, dejó escrita una «Historia de Egipto» y otra «Historia de África y España». La parte de África ha sido publicada dos veces por Slane y se encuentra en el *Journal asiatique*, año 1844, y como apéndice al tomo I de la traducción de la «Historia de los Berberiscos» de Aben Jaldún. La parte de España, traducida al inglés con notas críticas por John Harris Jones (Gottinga, 1858, folleto en 4.^o) es muy escasa de noticias y de poco crédito.

(3) La «Crónica castellana del moro Rassis» ha sido publicada en las Memorias de la R. A. de la Historia, tomo VIII. Se supone traduci-

pañá escrita por su padre, adornando el hecho con nuevos episodios, que en el siglo X copió Aben Adhari (1); y es de imaginar cuanto agradaría esto á un descendiente de Olmundo (hijo de Witiza), al historiador Aben Alcothya (2), cuyas yá ampliadas versiones pasaron al anónimo autor del «Ajbar Machmuâ» (3), de donde fueron á parar como cosa sabida á Al Makkari (4), que no las rechazó, como

da del árabe por Mahomad y Gil Pérez, de orden del rey de Portugal Don Dionis. Aunque llena de fábulas absurdas, sus noticias geográficas son muy útiles.

(1) Además de la traducción del sabio catedrático de la Universidad Central, Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, que frecuentemente hemos citado y citaremos en este *Estudio*, hay otra hecha por Dozy (dos tomos) en Leiden, años 1848 á 1851.

Aben Adhari sigue principalmente á Arib ben Zad, secretario de Al Haquem II, y á At-Taberí; y su obra comprende la más extensa relación de los sucesos, á que se refiere.

(2) El historiador arábigo Aben Alcothya (el hijo *de la goda*) descende de Ormair ben Said y de Sara *la goda* (Alcothya), hija de Olmundo, hijo del rey Witiza.

Este escritor cordobés murió en el año 977 de la Era cristiana, y dejó compuesta una «Historia de la conquista de España», que alcanza hasta Abderrahman III.

(3) «Ajbar Machmuâ» (Colección de tradiciones), crónica anónima del siglo XI relativa á la conquista de España por los árabes, y á cuya traducción por el Sr. Lafuente Alcántara venimos repetidamente refiriéndonos.

(4) Al Makkari Ahmad ben Mohamed murió en el año 1641 de nuestra Era, dejando varias obras, entre ellas la «Historia de las dinastías musulmanas» (publicada abreviadamente en inglés por Don Pascual de Gayangos, y más extensamente en Leiden, año 1855 al 60, por Dozy, Dugat y otros orientistas, bajo el título de «Analectes sur l' Histoire et la Litterature des Arabes d' Espagne».) Es una historia muy completa, y de ella tomamos el relato de *Florinda*, reproducido en el párrafo anterior de este capítulo.

infundadamente ha supuesto nuestro ilustre historiador nacional D. Modesto Lafuente (1).

Los impugnadores de la tradición de *la Cava* se fijan mucho en que la Crónica de Isidoro de Beja, escritor contemporáneo de la irrupción de los árabes, el historiador más próximo á estos sucesos (y que por lo tanto debiera estar bien enterado de ellos), no dedique ni una sola palabra á relatar la deshonra de Florinda y el fiero enojo del Conde Julián, silencio que imitan los posteriores cronistas cristianos, hasta que, cuatro siglos más tarde, el Silense admitió en su Crónica «*tal fábula*», trasladada probablemente del citado escritor musulman Aben Alcothya. Y alegan el silencio del Pacense como argumento poderoso contra la autenticidad de la tradición arábiga, dando un valor excesivo á la omisión de aquel lacónico cronista, que (á nuestro juicio) pudo muy bien tener noticia del hecho y dejar de narrarlo, sin embargo, como dejó de referir otros muchos acontecimientos, aceptados por la crítica histórica á pesar de no haber sido consignados entonces.

Si la omisión de un hecho en una crónica fuera razón suficiente para negarle ó ponerle en duda, cuando le viéramos narrado en rela-

(1) Véase su «Historia de España», tomo II, libro IV, cap. VIII, pág. 89; ed. citada.

tos más minuciosos ó mejor informados, ¡cuántos sucesos importantes y de indiscutible verdad tendrían que ser separados de las corrientes históricas unánimemente reputadas como limpias, claras y transparentes!

Por eso sin duda el reputadísimo arabista, Académico correspondiente de la R. A. de la Historia, Mr. Reinhart Dozy, acoge esta tradición y la admite sin escrúpulo, ⁽¹⁾ aunque su ilustrado traductor español opina «que el tradicional ultraje de D. Rodrigo á Florinda y el novísimo de Witiza, tienen el mismo valor para la crítica, esto es, *ninguno*». ⁽²⁾

Más radical en sus juicios fué un escritor del siglo pasado ⁽³⁾, el cual después de desechar por apócrifa la leyenda de la Cava, llegó á negar los secretos tratos del Conde Julián y de los parientes de Witiza con el walf africano, y aún intentó demostrar que no hubo la traición que se ha supuesto por parte del gobernador de la Tingitania: exceso de incredulidad, que pugna con la letra y con el sentido de las más respetables crónicas árabes y cristianas, y que no se halla justificado ante el

(1) «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, páginas 41, 42, 43 y 44.

(2) D. Federico de Castro, en la nota al tomo II de la «Historia de los musulmanes españoles» por Dozy, páginas 41, 42 y 43.

(3) El autor de los «Preliminares para ilustrar la historia de la España árabe»; edición de la imprenta Real, año 1797.

conjunto de circunstancias, que hacen por sí solas verosímil y aceptable el hecho de la traición y de la inteligencia de los partidarios de Witiza con los musulmanes de África.

VII

En efecto: que conspirasen los partidarios de Witiza, representación en cierto modo de la antigua política visigoda y enemigos de los elementos hispano-latinos afectos al triunfo de Rodrigo; que la numerosa y pudiente familia del monarca destronado, á la que pertenecían (además de los hijos de este) el arzobispo Oppas, y el Conde Julián ⁽¹⁾, solicitara la *intervención* armada de los musulmanes, ó se aliara ó entrase en tratos con los árabes, fraguando con ellos antipatrióticas y nefandas conspiraciones encaminadas á disputar el poder soberano á Rodrigo, dirigidas á escalar el trono de España en las sombras de la guerra, de la anarquía y de la confusión producida por una invasión extranjera, ó solamente inspiradas en los ruines móviles de la venganza, del des-

(1) Yá hemos dicho que Julián era gobernador de la Mauritania Tingitana. «Demás de esto (dice el P. Mariana) tenía á su cargo el gobierno de la parte de España cercana al Estrecho de Gibraltar, paso muy corto para el África. Así mismo en la comarca de Consuegra poseía un gran estado suyo y muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de cualquiera otro del reino, y de que el mismo rey se pudiera recelar»—«Historia general de España» tomo I, libro VI, cap. XXI, pág. 302: ed. citada.

pecho y del egoísmo; que el Conde Julián, defensor de Ceuta contra los musulmanes después de la derrota de Requila y de la pérdida de Tanja (año 709), convencido de la impotencia de su partido para restablecer en el solio español á la familia destronada, intentase criminalmente sacar de las circunstancias el partido mejor para su personal provecho, entregando las ciudades y castillos de su mando á los árabes con ventajosas condiciones para él, para sus deudos y para sus partidarios; que, en una palabra, vendiese íncuamente su patriotismo y su honor militar á los islamitas, facilitándoles la entrada en la península y aun ayudándoles en la empresa mediante interesadas y personales capitulaciones con el walf de África, ó con su lugarteniente Tarik, todo ello resulta verosímil, adecuado á escandalosa inmoralidad del decadente pueblo visigodo, dentro del cual combatían las facciones por la sola satisfacción de apetitos personales: y, además de verosímil y conforme con la manera de ser de aquella sociedad perturbada por todos los vicios, aparece la traición comprobada en las mismas crónicas arábigas, que ningún interés pudieron tener en inventarla, tanto más cuanto que nada ganaba con ella la gloria militar de los sectarios de Mahoma.

Así los autores musulmanes convienen en la

siniestra intervención de Julián en la entrada de los árabes en España, y los hechos posteriores evidencian la complicidad de los demás miembros de la familia de Witiza.

Aparece, pues, cierto de todas maneras que la discordia de los visigodos colaboró activamente con los musulmanes á la obra de la invasión de estos en nuestra península, camino además trazado al Islamismo por el desarrollo geográfico de su propia expansión conquistadora.

Las naturales tendencias guerreras y avasalladoras de aquel pueblo, sediento de dominios, no necesitaban en verdad mayores estímulos que los yá bosquejados, para lanzarse á una nueva lucha, cruzando el mar, que les detenía; ni era menester que, para decidir la suerte de nuestra nación, Muza tuviese que dar oídos á los traidores que ponderaban la excelencia de nuestra patria, diciéndole que España era «una tierra maravillosa, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegiaz en sus frutos, al Catay en la producción de metales preciosos, á Adén en la fertilidad de sus costas». (1)

Consultó Muza al califa de Damasco pidién-

(1) D. José Antonio Conde, «Historia de la dominación de los árabes en España», tomo I, cap. VIII.

dole órdenes, y el soberano islamita, juzgando arriesgada la invasión, hubo de decir al walf africano: — «Manda á ese país algunos destacamentos que le exploren y tomen informes exactos, y no expongás á los musulimes á los azares de un mar de revueltas olas». Muza le contestó «que no era un mar, sinó un estrecho, que permitía al expectador descubrir desde una parte la forma de lo que al opuesto lado parecía»; pero Al-Walid le replicó:— «Aunque así sea, infórmate por medio de exploradores». (1)

Obediente á tales órdenes, y ciñendo su conducta á las instrucciones del califa, envió Muza á uno de sus clientes llamado Tarif Abu Zara (2) con cien ginetes y cuatrocientos peones, que en cuatro barcas proporcionadas ó cedidas por el Conde Julián, pasaron el Estrecho, desembarcaron en las playas españolas durante el mes de Julio del año 710 (Ramadhan del 91 de la Hégira (3)), saquearon

(1) «Ajbar Machmuâ», trad. citada, pág. 20.—Este párrafo se halla reproducido exactamente por Al Makkari (tomo I, pág. 159): en el Apéndice II al tomo I de la «Colección de obras arábigas de Historia y Geografía», publicada por la R. A. de la Historia, pág. 174.

(2) Al Makkari hace observar que algunos historiadores árabes distinguen en Tarif Abu Zara dos personas: «Dicen otros que Tarif entró con mil hombres.... y que después entró Abu Zara, que era un jefe berberísco, distinto de Tarif, con otros mil hombres.... Pero Ar-Razi dice que Abu Zara es Tarif ben Melic Al-Maaferí y que Tarif es el nombre, y Abu Zara el sobre nombre correspondiente».

(3) «Ajbar Machmuâ», traducción citada, pág. 20. Con el anónimo

las aldeas cercanas, y cargados de botín regresaron al África, quedando como recuerdo de esta afortunada exploración el nombre de «Tarifa» al lugar en que hizo su desembarco Tarif Abu Zara. (1)

VIII

El feliz resultado del reconocimiento militar practicado por Tarif Abu Zara comprobó la exactitud de los informes y noticias antes adquiridos, y alentó á Muza para emprender nuevas operaciones en el año siguiente (711).

Preparó, en efecto, una segunda y más importante expedición, compuesta de siete mil soldados, en su mayor parte berberiscos y libertos (pues había poquísimos árabes); y, aprovechándose de la ausencia de Rodrigo, que se hallaba en el norte de la península ocupado en reprimir una sublevación de los vascos, (2) lanzó sobre Andalucía este pequeño ejército á las órdenes de Tarik ben Ziyed, liberto del walf africano y jefe de la vanguardia de sus tropas, de cuyo general la mayor parte de los his-

autor del «Ajbar Machmnâ» concuerdan Aben Hayyan y Al Hichari, citados por Al Makkari.

(1) El P. Mariana dice que antiguamente se llamaba «Tartesso», la ciudad, que allí existía.— Véase el Apéndice B de este *Estudio*.

(2) Al Makkari, tomo I, pág. 160: en el Apéndice II del tomo I de la «Colección de obras arábigas de Historia y Geografía» publicada por la R. A. de la Historia, pág. 176.

toriadores dicen que era un berébere de la tribu de Nefza, mientras otros afirman que era persa.

Fueron las tropas pasando sucesiva y sigilosamente el Estrecho en las cuatro naves de que se había servido antes Tarif Abu Zara; y guiados los musulimes por el mismo Conde Julián ⁽¹⁾ desembarcaron en Al-Gecira-Al-Hadra (*isla verde*, hoy Algeciras) y desde allí pasaron á atrincherarse al promontorio Calpe,

(1) Aben Adhari, «Historias de Al-Andalus», tomo I, traducción de D. Francisco Fernández y González:—«Julián transportó las compañías de Tariq en barcos de mercaderes, que iban y venían á Al-Andalus, y no se apercibieron de ello las gentes de Al-Andalus, antes juzgaban que los barcos iban y venían en verdad con sus mercaderes; y así transportó á Al-Andalus las diferentes huestes sucesivamente, y cuando solo quedó un cuerpo de tropas, se embarcó Tariq con su comitiva é hizo pasar el mar á sus compañeros, quedando Julián en Al-Gecira-Al-Hadra, para mejor mirar por todos».

El «Ajbar Machmuá», traducción de D. Emilio Lafuente y Alcántara, pág. 21, dice que las tropas de Tarik pasaron el Estrecho «en los cuatro barcos mencionados (los que sirvieron á Tarif Abu Zara), únicos que tenían, los cuales fueron y vinieron con infantería y caballería, que se iba reuniendo en un monte muy fuerte, situado á la orilla del mar, hasta que estuvo completo todo su ejército».

Al-Makkari escribe; «Con ellos estaba Julián, que les proporcionó los cuatro barcos, en que pasaron, únicos que tenían.»

Entre los principales autores modernos, que admiten sin reparo alguno esta evidente prueba de la traición del Conde Julián, se hallan los historiadores siguientes:

Don Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, libro IV, cap. VIII, pág. 91: ed. citada.

Don Miguel Morayta, «Historia general de España» tomo II, libro VI, cap. V, pág. 641: ed. citada.

R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 44: edición citada.

que desde entonces se llamó Chebel Tarik (*monte de Tarik*, hoy Gibraltar), quedando estos preliminares de campaña terminados á últimos del mes de Abril del año 711. (1)

Pero antes de continuar el relato de la conquista de España, conviene á nuestro propósito crítico hacernos cargo de la confusión en que, respecto á los nombres de los dos caudillos musulmanes, Tarif Abu Zara y Tarik ben Ziyed, han incurrido muchos historiadores cristianos y algunos árabes.

Unos citan solamente á Tarif, otros á Tarik; algunos, después de mencionar separadamente las expediciones de ambos jefes, atribuyen los hechos y aun las cualidades físicas del uno al otro.

El P. Juan de Mariana refleja esta confusión hablando de las dos expediciones mahometanas de los años 710 y 711 (que él supone dos años después), pero sin declarar quién fuese el capitán de la primera: en cuanto á la segunda dice que Muza «envió de nuevo doce mil soldados, y por su capitán Tarif por sobrenombre Abenzarca, *persona de gran*

(1) Todos los escritores árabes convienen en que esta expedición tuvo lugar en el año 711 (92 de la Hégira), pero no están acordes en el día, ni en el mes. As-Safadí, Ar-Razí y otros dicen que desembarcó Tarik en 5 de Recheb del 92 (28 de Abril de 711), y el docto académico Sr. Lafuente Alcántara se inclina á aceptar esta fecha, que sin duda se presenta como la más probable.

cuenta, dado que le faltaba un ojo», (1) y en toda la serie de posteriores sucesos atribuye á este caudillo los hechos realizados por Tarik ben Ziyed.

En este mismo error había incurrido la «Crónica general» de D. Alfonso, y en él se inspiraron Ambrosio de Morales, Zurita y Garibay.

En cambio el monje de Silos cita solamente á Tarik, y el arabista D. José Antonio Conde no habla más que de un Tarik ben Zeyad.

Más extraña parece esta equivocación en los historiadores árabes, y sin embargo Aben Jaldun ha confundido también las dos expediciones, que aparecen distinguidas claramente en Aben Haiyán y Al-Hichari (citados por Al Makkari), Aben Adhari, y el «Ajbar Machmuâ». Abdelhaquem no mienta siquiera á Tarif Abu Zara y distingue dos Tarik, uno hijo de Amr y otro de Ziyed.

Respecto á la confusión de los historiadores cristianos en este punto, opina el sábio catedrático D. Francisco Fernández y González (2) que pudo dar origen á tales errores

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXII, pág. 305: ed. citada.

El arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximenez, en su obra «De rebus hispanicis», libro III, cap. XX, atribuye el defecto de *estrabismo* (no la *falta de un ojo*, como dice Mariana) á Tarik, pero no á Tarif. Dice del primero «Tarik Aben Ziet, qui erat *strabo*».

(2) En una eruditísima nota de las páginas 16, 17 y 18 de la traducción ya citada, «Historias de Al-Andalus.»

el siguiente pasaje de Isidoro de Beja: «Nam adgregata copia exercitus adversus Árabes una cum Mauris á Muza missis, id est, Taric Abuzara et cœteris diu sibi provintiam creditam incursantibus». El ilustrado traductor español de Dozy (1) difiere de esta opinión en lo relativo á creer que el Pacense hiciese una sola persona con el nombre de *Tarik* ben *Ziyed* y el apellido ó alcurnia de *Tarif Abu Zarrá*, ignorancia que no parece propia de un cronista contemporáneo de los hechos y muy conocedor de ellos; inclinándose á creer el señor Castro que en dicho pasage no hay más que una transposición exigida acaso por la armonía de la frase, y que debe leerse así «id est Taric, Abuzara et cœteris.....» (2) tanto más cuanto que al nombrar estos caudillos nada parece indicar el propósito de citarles por el orden cronológico de su venida á la península.

En la Crónica Albeldense se hace la debida distinción en esta forma: «Regnante in África Ulit Almiralmauminin..... ingressus est *Abu-*

(1) El docto ex-catedrático de la Universidad de Sevilla D. Federico de Castro en la nota á la pág. 278 del tomo I (segunda ed.) de la «Historia de los musulmanes españoles».

(2) Así precisamente «..... id est Taric, Abuzara et cœteris.....» lo hallamos nosotros impreso en la copia del *Cronicón* del Pacense, que el P. Florez inserta como *Apéndice II* en el tomo VIII, páginas 269 y siguientes de su obra «España Sagrada»: segunda edición, Madrid, 1766.

zara in Spania sub Muza ducœ in África conmanente..... Alio anno ingressus est *Taric*...», separación que conviene con la que hace Aben Adhari, que más arriba dejamos anotada.

Pero aún presenta los términos con más claridad el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo, que dedica un capítulo á la expedición de *Tarif* y otro á la entrada de *Tarik*. En el primero dice: «Muza autem missit cum Juliano quemdam *Tarif* nomine, et cognomine Abenzarcha..... anno arabum XCI..... in mense qui dicitur Ramadan» (1); y el segundo: «Post hæc Muza vocatus ab Ulit Miramumenino ivit in Africam, relicto in patria principatu *Taric* Aben Ziet, qui erat strabo». (2)

(1) Crónica de D. Rodrigo Ximenez: «De rebus hispánicis», libro III, capítulo XIX.

(2) Rod. Tol., «De rebus hispánicis», libro III, cap. XX.

El docto comentarista de Aben Adhari hace observar el contrasentido en que incurre el mismo cronista D. Rodrigo Jiménez cuando en su otra obra «Historia arabum», cap. IX, confunde á los dos personajes musulmanes de esta manera: «Anno imperio Ulit quarto, Muza Abenozayr princeps militiœ Ulit regis missit *Taric* *Abenzarcha* cum exercitu citra mare», en lo cual debe haber error de copia.

CAPÍTULO IV

LA BATALLA DE WADI-BECCA

- I. Tarik ben Ziyed en Carteya: la supuesta derrota de Bengo.—II. La alarma del gobernador de la Bética, Teodomiro, y los preparativos militares del rey Rodrigo.—III. Los partidarios de Witiza en el ejército godo.—IV. La batalla de Wadi-Becca.—V. La fecha de este combate.—VI. Discusión crítica acerca del lugar en que tuvo efecto.—VII. Duración de la batalla de Wadi-Becca y causa de la derrota de Rodrigo.—VIII. Discusión crítica acerca de la traición de los hijos de Witiza.—IX. El rey Rodrigo después del combate de Wadi-Becca.—X. El Conde Julián y el arzobispo Oppas, según la crónica y la crítica.

I

Al pié del monte Calpe (Chebel-Tarik), donde Tarik ben Ziyed acampara tan pronto como todo su pequeño ejército hubo atravesado el Estrecho, hallábase situada la ciudad de Carteya (1). El caudillo berberisco destacó

(1) Los árabes escriben el nombre de Carteya lo mismo que el de Cartagena. Parece que el siglo VIII ya se decía *Carteyana* en lugar de Carteya. (Véase Caro, «Antigüedades de Sevilla», y Barrantes Maldonado, «Ilustraciones de la casa de Niebla».—Nota A de Dozy, tomo II de la obra citada.)

El P. Mariana (tomo I, libro VI, cap. XXII, pág. 305 de la obra citada) llama á esta ciudad «Heráclea».

una división al mando del oficial árabe Abd-el-Melik, de la tribu de Moafir, ⁽¹⁾ y Carteya no tardó en entregarse á los invasores, sin que pudieran evitarlo los destacamentos godos, que vigilaban las costas alarmados y recelosos desde la rápida correría, que con tanta audacia como fortuna había hecho por aquellas comarcas, un año antes, la pequeña hueste de Tarif Abu Zara.

Al llegar á este punto relatan algunas crónicas arábicas y cristianas ciertos hechos, á los cuales no ha dado su sanción la crítica, quedando relegados al olvido por los historiadores modernos. ⁽²⁾ Pero nosotros hemos de tomar aquí acta de alguno de ellos para presentar un dato más de la confusión y del embrollo con que han sido trasmitidos á la posteridad los acontecimientos de la invasión árabe en nuestro suelo.

Cuenta Ar-Razi que, noticioso de la entrada de Tarik el rey Rodrigo, envió para detener la marcha de los berberíscos á un Bengo ó Bancho, ⁽³⁾ sobrino suyo, «que era el de mayor autoridad entre sus gentes», cuyas tro-

(1) Séptimo abuelo del famoso ministro de Hixem II, Almanzor.

(2) Véase el *Apéndice C* de este *Estudio*.

(3) De la segunda forma «*Bancho*» parece derivarse el «*Sancho*» nombrado por el traductor castellano de la *Crónica del moro Rassis*. De la primera «*Bengo*» puede haber sido traducido el «*Eneco*» de la *Crónica del arzobispo Don Rodrigo*, nombre convertido en «*Iñigo*» en la *Crónica general de Alfonso el sábio*.

pas fueron acuchilladas y dispersas, quedando muerto Bancho y victoriosos los musulimes.

Veamos como el más clásico de nuestros historiadores se hace cargo de esta versión.

«Tuvo el rey Don Rodrigo aviso de lo que pasaba. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (hay quién le llama Iñigo) para que saliese al encuentro. Fué muy desgraciado este principio y como pronóstico y mal agüero de lo de adelante..... Asentaron su real cerca de Tarifa: tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor.....: últimamente se dió la batalla, que estuvo por algún espacio en peso sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los moros el campo. Sancho, el general, muerto; y con él parte del ejército, los demás, se salvaron por los piés...» (1)

No hemos de refutar la realidad de estos acontecimientos por lo mismo que su propia inverosimilitud les he aportado de la sana corriente histórica.

II

Distraídas en el norte de la península, con

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXII, pág. 305; ed. citada.—Este autor supone ocurrida esta primera desgracia en el año 713; yá sabemos que la cronología del P. Mariana adelanta dos años los sucesos de la invasión.

motivo de la sublevación de los cántabros, ó de los vascos, las principales fuerzas militares del reino visigodo, cuyo mando llevaba en persona el rey Rodrigo, solamente pudieron hostilizar á Tarik en los primeros momentos de su entrada algunos débiles y mal dirigidos destacamentos, que dieron la voz de alerta á Teodomiro, gobernador de Andalucía, el cual acudió presuroso con algunos centenares de soldados, que pudo reunir, para contener el ímpetu de los africanos.

Pero las escasas tropas, que á sus órdenes llevaba (apenas llegarían á mil quinientos hombres), ⁽¹⁾ no eran suficientes para poner á raya el fanático atrevimiento de los musulimes; y después de algunas desgraciadas escaramuzas, envuelta y atropellada la gente goda y sin medios de seria resistencia, escribió Teodomiro al rey Rodrigo, dándole noticia de los acontecimientos y llamándole en su auxilio. He aquí los términos de la alarmante misiva, según los historiadores árabes:—«Señor, aquí han llegado gentes enemigas, de la parte de África, yo no sé si del cielo ó de la tierra. Me hallé acometido de improviso; resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada, pero me fué preciso ceder á la muchedumbre y á su ímpetu. Ahora, á mi pesar, acampan en

(1) Don Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, libro IV, cap. VIII, pág. 92: ed. citada.

nuestras tierras. Ruégoos, Señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar. Venid vos, Señor, en persona: que será lo mejor». (1)

Tan apremiante mensaje llenó de zozobra el ánimo del monarca, que hubo de suspender á toda prisa la guerra del norte para atender exclusivamente á la defensa de la patria por el mediodía amenazada y comprometida; y reuniendo á los nobles más adictos á su persona, y con ayuda de los condes y prelados, apresuróse á juntar un fuerte ejército enviando á todas las provincias órdenes apremiantes para que el reclutamiento se verificase con la mayor rapidez posible.

Muchos fueron los que acudieron á tomar las armas, llevados unos del patriotismo conmovido por la atrevida agresión musulmíca, temerosos otros del rigor del castigo, si demoraban la obediencia.

Afirman algunos escritores que llegó á cien mil el número de los hombres de guerra, que se incorporaron á la bandera de Rodrigo (2)

(1) Nuestros más notables y modernos historiadores (entre ellos Don Modesto Lafuente y Don Miguel Morayta) publican esta carta con ligerísimas variantes en su forma literaria: nosotros la estampamos tal y como la inserta el Sr. Morayta.

(2) El P. Juan Mariana, «Historia general de España», tomo I. libro VI, cap. XXIII, pág. 307: ed. citada.

Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. V, pág. 641: segunda ed.

«Ajbar Machmúa», traducción de Don Emilio Lafuente y Al-

agregándose (á lo que parece) los mismos hijos, parientes y parciales de Witiza, entre ellos el arzobispo toledano Don Oppas ⁽¹⁾, los cuales aparentaron en aquellos tristes momentos el olvido de antiguos agravios, llevando no obstante el corazón lleno de implacable encono, de odio y de desconfianza al mismo tiempo, y meditando la traición para el momento solemne y decisivo.

III

Trató Rodrigo en estas circunstancias de apaciguar el descontento de los partidarios de Witiza, de ofrecerles garantías para el porvenir, de captarse su voluntad ganando soldados para la defensa de la patria; pero sus esfuerzos no tuvieron más que un éxito aparente.

Dentro de los mismos medios de resistencia preparados en un instante de suprema é instintiva energía, dentro de las mismas filas de los defensores de la nación, anidaba la ruina y se engendraba el cataclismo con los miserables fermentos de la pasión insana y del torpe egoísmo. Y no porque los enemigos personales del rey tuvieran el inconcebible propósito

cántara, pág. 22.—Al-Makkari dice: «El ejército de Rodrigo constaba de 100.000 hombres bien pertrechados».

(1) Tal es la opinión de la mayor parte de los cronistas y de los historiadores.

de entregar la patria española á los musulmanes: que eso no es lógico suponerlo toda vez que lo que ellos ambicionaban era el poder, la corona, y no era el mejor modo de conseguirlo entregar el país á los árabes.

El deseo de los partidarios de Witiza muy bien podía ser (y seguramente lo era) que Rodrigo se viese envuelto en el descrédito de una derrota, que manchase su fama de guerrero esforzado y de hábil capitán, perdiendo con el personal prestigio las simpatías y la confianza de sus propios adictos y allanando así el camino á las inquietas y pertinaces aspiraciones de la familia destronada.

Podía también ocurrir que Rodrigo perdiese la vida en un combate desdichado, y entonces las probabilidades de ocupar el ansiado trono aumentarían para la familia de Witiza. «Lo que quieren estos extranjeros (se decían, refiriéndose á los africanos) es botín, y cuando lo consigan se volverán al África» (1). Así el ciego espíritu de bandería, el estrecho é improvisor egoísmo de partido, se preparaba sin darse cuenta de ello, sin quererlo, á entregar la nación española á los sectarios de Mahoma.

(1) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 47: ed. citada.

«Recherches sus l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age», tomo I, pág. 70 y 71: tercera edición, Leyde, 1881.

No puede suponerse en verdad (observa un ilustre historiador de nuestros días) que hubieran llevado los enemigos de Rodrigo la furia del despecho y la saña de la perfidia á tal extremo que fuera su ánimo causar la ruina y la pérdida total de España, entregándola indefensa á los árabes. Creerían (y acaso lo concertaran así) que, destronado Rodrigo, habrían de conformarse los musulmanes con un tributo crecido ó, cuando más, con la posesión de algún territorio en la península, como en tiempo de Atanagildo había acontecido con los griegos imperiales, buscados (como á la sazón los berberiscos) por auxiliares para destronar á su rey. (1)

(1) Lafuente, «Historia de España», tomo II, libro IV, cap. VIII pág. 93: ed. citada.

Como se ve, no es nuevo el criterio, hoy sostenido por ilustres críticos, de que los musulmanes vinieron á nuestra península como auxiliares del partido witizano, no á conquistar para ellos la península, sino á *intervenir* en las discordias políticas de España.

El docto académico Sr. Saavedra es bien explícito en este punto: —«Con el éxito increíble de la empresa (dice) se estimuló poco después la vanidad de los árabes para rechazar la nota de auxiliares asalariados, y no tardaron sus desdeñosos escritores en echar á un lado la intervención de los españoles, rebajándola más y más cada vez, hasta dejarla reducida á una odiosa venganza como principio, y á una estúpida complacencia, con la cual *los compañeros de Julián* (así distinguen ó disfrazan á los witizanos) sirven de guías al ejército invasor, descubren puntos débiles de las plazas fuertes, ó seducen las tropas, que las guarnecen»—«Invasión de los árabes en España», pág. 57:

IV

Hasta la laguna de la Janda ⁽¹⁾ había avanzado Tarik ben Ziyed con buena parte de sus tropas, cuando llegó á su noticia que Rodrigo se dirigía contra él, á marchas forzadas, con un fuerte ejército, al cual se incorporaban las milicias del mando de Teodomiro, conde ó gobernador de la Bética, y en Córdoba un cuerpo de ejército mandado por Sisberto. ⁽²⁾

No decayó el ánimo del jefe islamita en presencia de tan grande aparato militar, ni pensó en emprender la retirada al África. Ávido de gloria y confiado en su buena estrella ó en las confidencias de la inícuca traición, que latía entre los godos, había pedido con anticipación refuerzos á Muza. Este, que desde la partida de Tarik había mandado construir barcos, y yá tenía muchos, le envió con ellos 5.000 soldados, ⁽³⁾ que engrosaron la fa-

(1) Véase el Apéndice *D* de este Estudio.

(2) Sisberto es tenido por muchos autores antiguos como hijo de Witiza, y por algunos modernos como hermano de dicho rey.

El cronista árabe Aben Aleo^hya habla de los recelos que inspiró desde el primer momento, entre los leales de Rodrigo, el cuerpo de ejército capitaneado por Sisberto, que dicho historiador supone mandado por los mismos príncipes destronados (*que eran menores de edad*); y se ha dicho que el citado cuerpo de ejército, receloso á su vez de las intenciones de Rodrigo, no quiso alojarse en la ciudad de Córdoba, donde el rey godo se hallaba, sinó que tomó alojamiento en el arrabal de Secunda (hoy Campo de la Verdad.)

(3) «Ajbâr Machmûâ», trad. citada, pág. 21; y Al-Makkari, en el Apéndice del mismo tomo, pág. 177.

lange mahometana juntamente con muchedumbre de siervos y judíos de los campos de Algeciras y Sidonia, descontentos de la dura condición que arrastraban dentro del régimen imperante en la península. (1)

Tarik ben Ziyed (dicen las crónicas) hizo quemar las naves, que le habían servido para cruzar el Estrecho, á fin de quitar á los soldados del Islam toda esperanza de regreso al África, presentando ante sus ojos la fatal disyuntiva de la victoria ó de la muerte. (2) ¡Imitación atrevida de hechos análogos, que registra la historia antigua, y ejemplo de valor y decisión, que había de ser emulado más heroicamente, ocho siglos después, en las lejanas y entonces desconocidas tierras del hemisferio occidental, por el genio sublime de un guerrero español, que engrandeció los dominios de nuestra raza por las vastas regiones de un imperio poderoso, con solos algunos centena-

(1)—«Puso en pié de guerra los confines del Estrecho, armando á labriegos y serranos y á los moradores de las ciudades. Sus destacamentos llegaban por un lado hasta la laguna de la *Janda* y por el otro hasta los términos de *Oba* (Jimena de la Frontera) y *Torre Lacustana* (el Castellar)».—Fernández-Guerra: «Caída y ruina del imperio, etc.», página 48.

Componían el estado mayor de Tarik, entre otros jefes árabes, Tarif Abuzara, Mogúeit Ar Romi, Alçama, el citado Abd-el-Melik, y el berberisco Munuza.

(2) Al-Makkari: en los Apéndices al tomo I de la *Colección de obras árabigas de Historia y Geografía*, publicada por la Real Academia de la Historia, pág. 179.

res de aventureros, y mucho más lejos de la madre patria que se hallaba de la suya el animoso lugarteniente de Muza!

Fué á mediados del mes de Julio del año 711 (28 de Ramadhan del año 92 de la Hégira⁽¹⁾) cuando las huestes musulmanas y las del monarca godo se encontraron frente á frente en las riberas del Wadi-Becca, ⁽²⁾ pequeño río conocido hoy con el nombre de Salado, y que desemboca en el Atlántico cerca del cabo Trafalgar entre Conil y Veger de la Frontera.

Algunos días transcurrieron en los preparativos del combate, fecundos en escaramuzas, encuentros parciales de las avanzadas y duelos personales, como era uso en las costumbres guerreras de los árabes en aquel

(1) Tal es la opinión de Aben-Adharí, Al-Makkari y otros autores musulmanes, que prudentemente razonada admitió el docto académico español D. Emilio Lafuente y Alcántara en los Apéndices á la traducción del «Ajbar Machmuá», páginas 224 y 240, y que aceptan la mayor parte de los críticos modernos, entre ellos el Sr. Saavedra.

(2) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, página 48: traducción de D. F. de Castro, y

» «Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen age», tomo I, páginas 305, 306 y 307: tercera edición, Leyde, 1881.

Son muy opuestas y contradictorias las opiniones respecto al lugar en que se verificó esta batalla, conocida y nombrada por nuestros antiguos cronistas é historiadores con el nombre de *Batalla del Guadalete*.

Nosotros aceptamos la explícita indicación de Aben Alcothya, seguida hoy por muy distinguidos críticos.

En otro lugar de este capítulo volveremos sobre el mismo asunto.

tiempo) y al fin generalizóse la batalla al rayar el día 26 de Julio, día 5 de Xawel según los mahometanos (1).

Mientras Rodrigo alentaba á sus tropas, inspirándolas la confianza en el número de sus huestes muy superior á las de Tarik (2), recorría este su campamento arengando á los secarios del Profeta de la Meca en los siguientes términos: — «¡Oh muslimes, vencedores de Al-Magreb! Preparaos al combate: ved que teneis el mar á las espaldas y delante al enemigo, y que no os cabe más salvación que vuestro valor y la ayuda de Dios. Yo acometeré al rey enemigo, y le quitaré la vida ó moriré á sus manos». (3)

Las dos alas del ejército cristiano estaban mandadas (según las crónicas) por dos hijos de Witiza (4), y el centro á las órdenes del

(1) Lafuente y Alcántara: Apéndices á la traducción del «Ajbar Machmuá», en el tomo I, de la *Colección de obras arábicas de Historia y Geografía* publicadas por la R. A. de la Historia, páginas 224 y 240.

(2) Suponiendo que el ejército de Tarik llegase á veinticinco mil hombres con los refuerzos enviados por Muza y la incorporación de los judíos y españoles desertores, aún resultaba el ejército de Rodrigo cuatro veces mayor.

(3) Insertan esta arenga, entre otros historiadores modernos, los señores Don Modesto de Lafuente y Don Miguel Morayta: obras citadas.

(4) Llamábanse Sisberto y Obba, según el «Ajbar Machmuá» y Al-Makkari.—Aben Alcotkya dice que los hijos de Witiza fueron tres: Olmundo, Rómulo y Ardabasto y que eran menores de edad; con lo cual hay para dudar de que los hijos de Witiza mandasen en persona las alas del ejército godo, ó de que Sisberto y Obba fuesen hijos de

mismo rey visigodo. Tarik dirigió principalmente su ataque contra el cuartel general de Rodrigo, que luchó heroicamente en la vanguardia secundado por sus más adictos condes y soldados (1)

Largo y encarnizado fué el combate, y el campo se disputaba con ardimiento heroico por una y otra parte, sin que por la de los cristianos se notasen señales de desaliento ni de cansancio; y acaso la victoria no hubiera tardado en inclinarse del lado de estos, si una infame defección no la hubiera decidido á favor de los musulimes en los momentos más críticos de la lucha.

La traición iba á consumarse. Los nobles desafectos á Rodrigo habían conferenciado; y, aludiendo al monarca, habían dicho:—«Este hijo de mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real; aquella gente (los musulimes) no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momen-

Witiza. Serían acaso parientes cercanos del rey destronado, ó tan solo jefes distinguidos del partido witizano.

Nosotros hemos indicado (pag. 111 del presente *Estudio*) la presencia de los hijos de Witiza en el ejército de Rodrigo, como noticia de los cronistas arábigos, no como opinión propia.

(1) En otra página hemos dicho que el arzobispo Ximenez de Rada en su *Crónica* llama á Rodrigo «*durus in bellis*», lo que prueba que, ni aún en los tiempos en que más común fué execrar la memoria de este príncipe desgraciado, se llegó á poner en duda su personal valor.

to de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado». (1)

En efecto, tal vez comenzaban ya á ceder los islamitas bajo la superioridad numérica de los cristianos, cuando los jefes witizanos, (y entre ellos el arzobispo Oppas,) desampararon el campo visigodo abandonando las filas seguidos de sus respectivos cuerpos de ejército, compuestos en su mayor parte de los siervos de estos príncipes, «que los obedecieron de buena voluntad en cuanto los mandaron volver la espalda al enemigo». (2)

Los españoles, desmayados por la traición de sus compatriotas, cercados por los musulmanes, acometidos por la valerosa caballería berberisca, comenzaron á ceder.

Las filas cristianas se estrechaban llenando los huecos que en ellas introducía la muerte, y el suelo se cubría de cadáveres por momentos. Los godos dejaron de ver á su rey, que

(1) «Ajbar Machmûa», pág. 21: traducción citada.—Al-Makkari procede este incidente casi con las mismas palabras.

(2) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, página 48: edición citada.

Por nuestra parte no hallamos verosímil que el arzobispo Oppas capitanease tropas en la batalla de Wadi-Becca. Su presencia en el campamento de Rodrigo tiene mejor explicación en el sentido de que artatamente se ofreciese como mediador para una concordia entre los godos leales al rey y los partidarios de Witiza, que con el Conde Julián militaban en el campo de Tarik.—«Así le sería dable (observa con clarísimo juicio el Sr. Saavedra, (en la obra citada, páginas 72 y 73) pasar á los reales de Julián sin despertar sospechas, y concertar la infame defección de Sisberto con el ala en que combatía».

poco antes peleaba á la cabeza de todos; los musulmes avanzaban victoriosos y su triunfo concluyó por ser definitivo á pesar de la intentada resistencia de Teodomiro, Pelayo y algun otro personaje de la escolta de Rodrigo, quedando Tarik dueño del campo, á merced suya muchos prisioneros, en su poder inmenso botín ⁽¹⁾, libre el horizonte de enemigos, que huian á la desbandada, y abierto ante el estandarte de Mahoma el dominio de la España entera.

V

Inútil nos parece manifestar que la batalla de Wadi-Becca ha sido discutida en todos sus detalles, episodios y aspectos militares, cronológicos y geográficos, por la crítica histórica, perpleja á menudo frente á la diversidad de noticias, y apreciaciones, que contienen las crónicas arábicas y cristianas.

Larga, muy difícil, pesadísima, superior á nuestras fuerzas y á los medios de acción crítica, de que disponemos, infructuosa después de todo, sería la tarea que nos impusiéramos,

(1) «Los musulmanes adquirieron del campamento cristiano grandes riquezas. Conocían á los nobles por las sortijas de oro, que llevaban en sus dedos; á los más inferiores, en que las llevaban de plata, y á los esclavos, en que eran de cobre. Tarik reunió el botín, dedujo el quinto y dividió lo restante entre 9.000 musulmanes, no contando los esclavos ni los sirvientes». (Al-Makkari, tomo I, pág. 163).

si intentásemos examinar y cotejar detenidamente las discordancias que á la simple lectura se observan en los cronistas é historiadores cristianos, desde Isidoro Pacense y Sebastián de Salamanca hasta el P. Masdeu y D. Modesto Lafuente, y en tantos otros comentaristas y coleccionadores castellanos, los cuales, si convienen en algunos puntos, discrepan en los más, y no solamente en la fecha y lugar de la acción histórica sinó también en las personas, en su carácter y en los sucesos, en que se supone que estas intervinieron; y si volvemos la vista hacia los escritores arábigos, con igual anarquía de datos y noticias nos hallamos en Abderrahman ben Abdelhaquem, Aben-Alcothya, Aben-Adharí, el «Ajbar Machmuâ», Aben-Jaldum, Al-Mak-kari y tantos otros autores coleccionados, traducidos y comentados por Casiri, Conde, de Slane, Dozy, Fernández y González, Lafuente Alcántara, Gayangos y demás ilustres y sabios arabistas; pero no podemos prescindir de reflejar en este estudio algo de lo mucho, que podría copiarse para trazar el cuadro completo de la confusión en que latan los primeros sucesos de la invasión de los árabes en nuestro suelo, especialmente por lo que á la batalla de Wadi-Becca se refiere.

En cuanto á la fecha de este terrible encuentro, tan funesto para el imperio visigodo,

en el párrafo anterior dejamos señalada la que creemos exacta, de conformidad con Arrazi (1) y otros historiadores árabes, que convienen en que la batalla comenzó el día 19 de Julio y se generalizó y terminó el 26 del mismo mes (desde el 28 de Ramadhan hasta el 5 de Xawel).

Veamos ahora como opinan diversos y respetables autores.

El P. Mariana supone que este combate tuvo efecto el año 714, error cronológico de que adolece el cálculo de los demás sucesos de este período en la clásica obra del célebre historiador.—«La batalla campal (escribe) fué en domingo á nueve del mes, que los moros llaman Xavel ó Scheval; así lo dice Don Rodrigo (el cronista), que vendrá á ser por el mes de Junio conforme á la cuenta de los árabes; pero yo más creo que fué á *once de Noviembre*, día de San Martín, según se entiende del chronicón Aveldense, año de nuestra salvación de setecientos y catorce». (2)

Don Modesto Lafuente discrepa poco, y eso por un ligero error de cómputo, de la fecha que nosotros hemos admitido con la autoridad del docto traductor del «Ajbar Machmuâ». Dice así:—«Fué esta memorable batalla en

(1) Al-Makkari, tomo I, pág. 163.

(2) Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro IV, capítulo XIII, pág. 306: ed. citada.

viernes *31 de Julio* de 711, en 5 de la luna Xawal del año 92 de la Hégira». (1)

Mayor diferencia existe en las apreciaciones de Mr. Dozy (2) y de nuestro moderno historiador el Sr. Morayta, (3) los cuales afirman que la lucha de Wadi-Becca ocurrió el día 17 de Julio.

La cuestión cronológica no ofrece sin embargo la diversidad de apreciaciones, que presenta la geográfica.

VI

La tradición cristiana, recogida por los cronistas latinos de la Reconquista y aceptada por casi todos los escritores castellanos, sostiene que el lugar de la batalla fué á orillas del río Guadalete, y de esta opinión participan historiadores tan populares en España como el P. Juan de Mariana (4) y Don Modesto Lafuente; (5) pero esta creencia, extendida por cronistas muy posteriores á los sucesos

(1) Lafuente, «Historia general de España», tomo II, libro IV, parte I, capítulo VIII, pág. 92: ed. citada.

(2) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, página 48: ed. citada.

(3) Morayta, «Historia general de España», tomo I, páginas 641 y 642: ed. citada.

(4) «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XIII, página 306: ed. citada.

(5) «Historia general de España», tomo II, libro IV, parte I, capítulo VIII, pág. 94: ed. citada.

de la conquista árabe y mal informados, se halla combatida por luminosas, y á nuestro juicio atinadas, observaciones de la crítica moderna.

En efecto; se sabe que Tarik, después de la derrota de Rodrigo, marchó hacia la *angostura de Algeciras* para pasar á Écija; ⁽¹⁾ y desde el Guadalete hasta Écija no hay que pasar angostura alguna, y si la hubiera, no es probable que llevára el nombre de Algeciras en punto tan distante de aquella ciudad.⁽²⁾

Se explica la necesidad de pasar la *angostura de Algeciras* para ir á Écija, partiendo desde el Sur, esto es, desde la vertiente meridional de la cordillera penibética, á la cual no pertenece la cuenca del Guadalete.

Por eso sin duda el docto orientalista Don Pascual de Gayangos se inclinó á creer que el campo de batalla debió ser más al Sur de la península, hacia el lago de la Janda y el río Barbate. Y esto parece tener un sólido apoyo en las palabras del anónimo autor del «Ajbar

(1) «Ajbar Machmuâ», pág. 23: trad. citada.

Aben-Adhari, «Historias de Al-Andalus», tomo I, pág. 27; traducción citada.

(2) Lafuente y Alcántara, «Índice geográfico», al tomo I de la *Co-lección de obras arábicas* de la Real Academia de la Historia, pág. 258.

«La *angostura de Algeciras* (dice el Sr. Lafuente Alcántara en otra página del mismo «Índice»—página 247—) no puede ser otra que la garganta que hay junto al pueblo llamado los Barrios, no lejos de Algeciras, ó bien el paso de las lomas de Cámara, que atraviesa la cordillera Penibética entre Jimena y Alcalá de los Gazules».

Machmuâ», que dice:—«Encontráronse Rodrigo y Tarik, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago», (1) el cual lago para Mr. Dozy (2) y otros notables arabistas no es otro que el de la Janda.

Pero el docto escritor gaditano Don Adolfo de Castro opina que el lago, de que hablan las crónicas árabes, es la laguna de Medina-Sidonia, que está cerca del río Guadalete, y entiende que es respetable la tradición que supone ocurrido el combate á orillas de dicho río, á cuya tradición responde el nombre de «La matanza», con que se conoce la llanura que hay entre Jeréz y la confluencia del Guadalete con el Majaceite. Esta solución tiene, sin embargo, en frente el mismo argumento, yá enunciado, del paso de la *angostura de Algeciras* para ir á Écija, que resulta tan absurdo desde la laguna de Medina-Sidonia, como desde las márgenes del Guadalete.

El sabio profesor de la Universidad de Leyde, tantas veces citado en este *Estudio crítico*, se ha determinado á señalar como sitio, en que tuvo lugar el choque de los ejércitos de Tarik y Rodrigo, las cercanías del río Wadi-Becca, conocido hoy con el nombre de Salado (uno entre tantos como le llevan en Andalu-

(1) «Ajbar Machmuâ», pág. 22: trad. citada.

(2) «Recherches», tomo I, pág. 306: ed. citada.

cia), que desemboca cerca del cabo Trafalgar entre Conil y Vejer de la Frontera; y esta opinión, aceptada ya en España por muchos distinguidos escritores y catedráticos, es la que seguimos nosotros no por culto á la novedad, ni por respeto á la autoridad de tan competentes maestros (que autoridad y competencia no menor tienen otros muchos, que no piensan así en este punto concreto), sino porque realmente hallamos de acuerdo esta solución histórico-geográfica con el desarrollo de la campaña de Tarik y con las indicaciones más ó menos explícitas de los cronistas arábigos.

Aben-Alcothya, según le traduce Mr. Dozy, (1) se expresa en estos términos: «Taric y Roderic se dieron la batalla sobre las márgenes del *Wadi-Becca*, en la provincia de Xidhona». (2)

Aceptada la exactitud de este nombre, cabe preguntar: ¿Qué río es el que los árabes llamaban *Wadi-Becca*?

(1) «Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant la moyen age», tomo I, pág. 306: ed. citada.

(2) El nombre de este río (si, como parece, es el mismo citado por Ar-Razi) aparece del modo siguiente en el texto de Aben-Adhari: «combatieron sobre el *Guad-al-Leca*, en la cora de Xidhona». — («Historia de Al-Andalus», tomo I: trad. por Don Francisco Fernández y González, páginas 25 y 26). — Y tal vez de esta pequeña incorrección de Aben-Adhari, proceda al error cometido por el arzobispo Don Rodrigo Ximenez de Rada, al llamar «batalla del *Guadalete*» á este combate; error reproducido por los historiadores sucesivos.

El docto académico de la Historia Don Eduardo Saavedra se expresa en estos términos:—«Del cabo de Trafalgar arranca la línea de los altos de Meca, que en forma de cuadrante viene á buscar el álveo del Barbate, desviándolo á Oriente: siendo de notar que estas alturas, así como dos torres del litoral inmediato, retienen el nombre de una antigua población perdida, llamada por los árabes Beca, y á causa de ellas apellidaron Río de Beca, ó Guadabeca, unos, como Edrisí, al modesto Conilete, y otros, como Aben Alcotía, al mismo Barbate». (1)

El Sr. Lafuente y Alcántara dice en su yá citado *Índice geográfico* que «*Wadi-Beque* puede entenderse el río de Vejer».

Resulta, á nuestro juicio con alguna claridad en la «Descripción de España» por Xerifal-Edris, (2) que el río Wadi-Becca tiene su desembocadura una legua y media más al norte que el Barbate, cerca del cabo de Trafalgar, entre Conil y Vejer de la Frontera, te-

(1) Saavedra: «La invasión de los árabes en España», páginas 68 y 69.

(2) Edrisí, Descripción de l'Áfrique et de l'Espagne, texte arabe publié pour la première fois d'après les man. de Paris et de Oxford, avec une traduction, des notes et un glossaire, por R. Dozy et M. J. de Goeje, Ley de 1866: páginas 174 y 177.

El docto arabista español Don José Antonio Conde hizo una notable traducción de la «Descripción de España» con textos y notas, en 12.º, Madrid, año 1779.

niendo al presente el nombre de río Salado, (1) cuyo cauce no debía estar lejos de la antigua ciudad de Becca, hoy desaparecida, sin que de ella queden otros vestigios que el recuerdo de su nombre en Torre Meca, punto próximo á la costa y al mencionado cabo.

VII

La duración de la batalla de Wadi-Becca y las causas de la derrota han ocupado prolijamente á cronistas, historiadores y críticos.

Nosotros hemos dejado expuesto que, si frente á frente estuvieron los ejércitos contrarios desde el día 19 de Julio, la lucha fué parcial y solamente de escaramuza ó avanzadas hasta que se generalizó la pelea el día 26 del mismo mes. Pero muchos escritores sostienen con variedad de criterio que el choque militar en todo su vigor se prolongó durante algunos días.

Al-Guadiqui, hablando de este combate y refiriéndose á aseveraciones de Abdu-l-hamid ben Giafar, dice que «no levantaron los musulimes la espada de sobre ellos (los cristianos) en *tres días*, hasta que la metieron en la vaina»; y Ar-Razi asegura que «combatieron sobre el Guad-al-Leca en la cora de Xidhona (siendo aquel el día de ellos, que fué á saber

(1) Diccionario geográfico de Don Pascual Madoz.

domingo, á dos noches por andar de la luna Ramadán) desde que salió el sol hasta que se sumergió en la noche, y amaneció el lunes sobre la pelea hasta la tarde, prolongándose seis días de este modo hasta el segundo domingo, en que se completaron *ocho días*, y mató Dios á Ludheriq (Rodrigo) y á quien con él estaba, y fué abierta á los musulmes Al Andalus...» (1)

Algunos autores, de los que yá hemos citado antes, exponen detalladamente las causas á que atribuyen la derrota de Wadi-Becca.

Los que encuentran solamente en la traición de los witizanos el motivo de aquella catástrofe militar refieren que no fué la intrepidez de Tarik, ni de sus soldados, lo que decidió la suerte del combate, puesto que al *tercer día* de pelea sus tropas iban cediendo al número de los visigodos, y yá cundía el desaliento entre los musulmanes, cuando su jefe recibió un emisario secreto de los jefes witizanos y del arzobispo Oppas, que le anunciaban sus propósitos de deserción al campo berberisco, si Tarik (en caso de vencer) se contentase con un tributo y una porción de territorio peninsular, permitiéndoles á ellos (á la familia de Witiza) reinar libremente en

(1) Aben-Adhari, «Historias de Al Andalus», tomo I, traducción yá citada.

el imperio gótico-hispano. Y añaden que Tarik, agotadas las fuerzas de su gente y desesperanzado de reanimarlas con la palabra ni con el ejemplo, aceptó la proposición y las condiciones estipuladas, prometiéndose interiormente quebrantarlas después de la victoria; y que *al día siguiente*, en el momento en que los musulmes retrocedían ante el empuje de los godos, del campo de estos se pasaron al de Tarik, Sisberto y el metropolitano Oppas con las huestes que les eran adictas, dejando desamparado el centro del ejército cristiano, que sin embargo se defendió con bravura, durante *otros tres días*,⁽¹⁾ hasta que Rodrigo cayó muerto, atravesado por la lanza de Tarik, ó desapareció del campo de batalla arrastrado por la vertiginosa carrera de su desbocado caballo, que tal vez se sepultó con el ginete en las turbias y cenagosas aguas del próximo río.

Prescindiendo otros historiadores⁽²⁾ de la traición de los partidarios de Witiza, achacan la derrota de Rodrigo á la falta de caballería en su ejército, ó á la superioridad de la berbe-

(1) Los godos leales debieron principalmente dirigir sus ataques contra los traidores witizanos del campo musulmán, entre cuyos cadáveres fué hallado el de Sisberto, según «Fatho-l-*Andaluci*», página 7, tex. ar. (Cita de Saavedra.)—

(2) Dhabbi, escritor musulmán traducido por Casiri en su «Biblioteca arábigo-española».

risca; lo cual, en efecto, muy bien pudiera haber contribuido al desastre, si resultase cierto que los godos tuvieron en gran descuido la cría de caballos, utilizándolos muy poco en la guerra, por lo cual los famosos caballos de la Bética, tan celebrados durante la dominación romana, perdieron su antigua reputación hasta que volvieron á recuperarla bajo la dominación árabe. Pero aun aceptando como un hecho la superioridad de la caballería africana (cosa que hay que poner muy en duda, pues afirman algunos cronistas árabes que Tarik no trajo tropas de á caballo ⁽¹⁾) es una circunstancia, que, aunque digna de tenerse en cuenta, no explicaría por sí sola la catástrofe militar del Wadi-Becca sin la deserción ocurrida en las filas cristianas.

La exuberante imaginación de los árabes adornó más tarde todas estas narraciones con romancescos episodios é inverosímiles detalles, que nuestros escritores de la Reconquista aceptaron sin recelo.

Algunos afirman que Rodrigo asistió á la pelea con la corona régia ceñida á la frente y con hermosa clámide de púrpura y oro sobre

(1) Abén-Abdelhaquem, en su relato de la conquista de España, cuenta que, cuando Rodrigo fué en busca de Tarik, este y sus soldados «fueron á su encuentro á pié, porque no tenían caballería.» (Apéndices al tomo I, de la Colección de obras arábicas de Historia y de Geografía, publicadas por la R. A. de la Historia, pág. 211.)

los hombros, sentado en magnífico carro de marfil con ruedas de plata tirado por dos mulas blancas; y hay quien llega á asegurar que el monarca visigodo presenci6 la batalla bajo un dosel resplandeciente de pedrería con los signos heráldicos de su linage y alcurnia. Pero, aún admitiendo que los godos en su última época se entregaron al lujo, no encaja en la realidad histórica la dudosa noticia de tanto esplendor y magnificencia en momentos de tanto peligro y ansiedad.

VIII

Otro punto muy debatido es el referente á la deserción de los hijos de Witiza y sus partidarios.

El docto catedrático é historiador Don Miguel Morayta, expone elocuentemente su opinión en esta forma:—«¿Por qué creer traidores á los hijos de Witiza, cuando sobre explicarse racionalmente por qué ganaron los sarracenos la batalla de Guadalete (Wadi-Becca), no hay testimonio auténtico bastante á autorizar tal baldón? Comprendo, sin embargo, cuán más interesante es pintar, por ejemplo, al rey Rodrigo sentado sobre resplandeciente trono entoldado con rica púrpura recamada de pedrería, y asistiendo así á la batalla hasta que, yendo mal las cosas, montó á caballo

y se lanzó á la pelea, en la cual los moros iban de vencida, hasta que los hijos de Witiza y Don Oppas se pasaron al campo enemigo. Pero esto, y también otras cosas, que andan acreditadas por los autores, *ni sucedieron ni pudieron suceder*; y hay que renunciar á ellas en un libro de Historia, aún á riesgo de que la narración no interese tanto como indudablemente interesa el tejido de fábulas y de intrigas y de pasiones, con que se ha explicado un suceso, que lo repito, era inevitable y tiene facilísima explicación, sin acudir á misterios.» (1)

Que esta respetable opinión tiene enfrente la mayor parte de los cronistas é historiadores antiguos, creemos ocioso decirlo.

El P. Mariana y sus refundidores, ampliadores y continuadores, aceptan la traición de los hijos de Witiza como un hecho indiscutible.

El ilustre historiador D. Modesto Lafuente, al hablar del valor de los musulimes en la gran batalla, exclama: «¿Qué fué lo que les infundió tanto aliento *cuando iban ya de caída*? ¿Fué solo la arenga de Tarik ó fué acaso la *defección de los hijos de Witiza*, del prelado Oppas y de sus parciales, que vieron llegado

(1) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. V, nota en la pág. 646: ed. citada.

el caso de consumir su traición y su venganza, y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los árabes? Muchos cronistas lo afirman y *así inducen á sospecharlo los antecedentes*, aunque otras lo nieguen y algunas de los árabes lo omitan». (1)

Otros autores competentísimos, pero que solamente de un modo incidental tocan este punto, se inclinan á aceptar la tradición como buena. El ilustrado historiador de la Iglesia española Don Vicente de la Fuente, observa que «*no parece improbable* que los adictos á Witiza desamparasen las filas en el momento de la pelea, ora *por inteligencia con los árabes*, ora *por vengarse contra Don Rodrigo*» (2); y el sabio catedrático y escritor de nuestros días, D. Marcelino Menéndez Pelayo, no se limita á aceptar como probable la traición del partido de Witiza, sino que la afirma rotundamente:—«la nobleza visigoda, acaudillada por los hijos de Witiza y por el Arzobispo Don Oppas, vende la tierra á los musulmanes y deserta en Guadalete» (3).

Nosotros aceptamos resueltamente como

(1) Don Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, libro IV; parte I, cap. VIII, pág. 93: ed. citada.

(2) Don Vicente de la Fuente, «Historia eclesiástica de España», tomo I, pág. 295: ed. citada.

(3) Don Marcelino Menéndez Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles», tomo I, libro I, cap. III, pág. 215: ed. citada.

verdadero este hecho, del propio modo que le aceptan sin recelo ni vacilación notabilísimos orientalistas contemporáneos; pero nosotros le aceptamos en el sentido de que la deserción de los hijos de Witiza supone la traición de los jefes witizanos, no la intervención personal de los jóvenes príncipes, puesto que éstos, según Aben-Alcothya, eran entonces menores de edad.

Hay un dato elocuentísimo. Nadie niega que los hijos de Witiza asistieron á la batalla de Wadi-Becca: todos convienen en ello. Pero nadie les vió fugitivos después de la derrota; ni les contó entre los vencidos; ni entre los que capitularon en Córdoba, en Toledo, en Sevilla, en Mérida, en Orihuela y en Zaragoza; ni entre los que huyeron á Asturias con Pelayo y con el chantre Urbano; ni entre los que se refugiaron en las faldas de los Pirineos galibéricos y oceánicos. En cambio, las crónicas é historias antiguas nos presentan á los hijos de Witiza como cómplices de los musulimes, del propio modo que al Conde Julián como guía y asesor de Tarik y de Muza.

Ni es fácil tarea negar el hecho de la deserción, porque se sabe que los descendientes de Witiza vivieron después del desastre de Wadi-Becca entre los árabes, disfrutando pingües rentas, mucha consideración y aun grandes privilegios.

Cuenta Al-Makkari ⁽¹⁾ que los tres hijos de Witiza, Rómulo ó Achila, Olmundo y Artabas, marcharon á Damasco después de la derrota de Rodrigo y se presentaron al califa Al-Walid, el cual «les recibió con toda complacencia, *confirmó el pacto* que tenían hecho con Tarik respecto á los bienes, que habían pertenecido á su padre, dió á cada uno de ellos un diploma y les concedió el privilegio de que no se levantaran cuando alguno entrase en su habitación».

Por su parte el historiador Aben-Alcothya, descendiente de Sara *la goda* (nieta de Witiza) confirma en sus narraciones la noticia de las grandes riquezas que sus parientes disfrutaban en España bajo el dominio árabe. ⁽²⁾

No queremos decir con esto que demos entero crédito á la versión que supone que hubo tratos secretos entre los jefes witizanos del ejército de Rodrigo y Tarik antes de la batalla de Wadi-Becca. ⁽³⁾ La traición de los hijos

(1) Véase el *Apéndice D* del presente *Estudio crítico*.

(2) Aben-Alcothya, «Historia de la conquista de España» manuscrito de París, núm. 706, fol. 15, v. (citado por Mr. R. Dozy en su «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 66).

(3) Según el «*Ajbar Machmua*», cuyas noticias se recomiendan por su veracidad (y así lo reconocen los más sabios arabistas) los hijos de Witiza se limitaron á abandonar á Rodrigo en el combate, no por favorecer á los musulmanes (de quienes pensaban que regresarían al África satisfechos con el botín, y sin aspirar á la conquista) sino por perjudicar al monarca godo, por odio, por egoísmo y por ambición de sustituirle en el trono.

de Witiza es á nuestro juicio de otra índole que la del Conde Julián: esta tuvo caracter *activo* y preconcebido; aquella, *pasivo*. El Conde Julián facilitó directa y personalmente á los musulmanes los medios para conquistar á España, mientras que los hijos de Witiza, sin apercibirse tal vez de las miras ambiciosas de Tarik, tan solo por perjudicar á Rodrigo, abandonaron el campo de batalla, siendo causa inconsciente de la pérdida del imperio, cuando lo que ellos quisieron fué únicamente arrebatarse de las manos del monarca el cetro visigodo. *Después* el egoismo y la propia conveniencia les llevó á pactar con los vencedores.

IX

Gran diversidad de juicios existe respecto á lo que aconteciera á Rodrigo, al Conde Julián y al arzobispo Oppas á raíz de la derrota de Wadi-Becca.

El Rey Rodrigo creen unos que murió alcanzado por Tarik; otros, que pereció ahogado en las aguas del Wadi-Becca, del Guadalete ó del lago de Lajanda; y algunos, que se salvó huyendo á la Lusitania, donde terminó su vida conservando una pequeña soberanía cerca de Viseo, de cuya noticia se han apoderado el romance y el teatro como de fábula novelesca é interesante.

Alí ben Abderrahman ben Haxil dice que «Tarik mató á Ruderik de una lanzada; y, cortándole luego la cabeza, se la envió á Muza, quien se la remitió á Walid con el parte de la batalla de Guadalete.»

An-Nowairí asegura que «habiendo puesto Dios en derrota las tropas de Ruderik, se ahogó este en el rio.»

Abderrahman ben Abdelhaquem, que «no se oyó hablar más de Ruderik, ni nadie sabe lo que le aconteció. Los árabes hallaron el caballo tordo que montaba, que llevaba una silla adornada de oro, esmeraldas y rubíes, y sus piernas conservaban huellas del fango en que había caído: también se encontró en el lodo una de las botas de Ruderik.»

Ebnu-l-Abbas, que «no quedaron vestigios de Ruderik, ni se sabe donde fué á parar, ni lo que hizo, sinó que los musulmanes hallaron el caballo tordo que montaba y su silla guarnecida de jacintos y de piedras preciosas; y fué que se atolló el bruto en el fango y cayó sobre sus piernas y se sumergió el bárbaro, y quedó en el fango uno de sus botines, que fué recogido: mas no se encontró el otro y desapareció su cuerpo, que no fué hallado, ni vivo ni muerto.»

Ar-Raci, que «no se supo el paradero de Luderiq, ni fué hallado su cadaver; aunque se hallaron sus botines con labores de plata,

y unos dicen que se ahogó, y otros que fué muerto; más Dios solo sabe lo cierto de él.» (1)

Oigamos ahora á los cronistas cristianos.

Sebastián de Salamanca se expresa de este modo: «De lo que sucedió al rey Rodrigo nada se sabía hasta que en nuestro tiempo se encontró en una Basílica cercana á Viseo, un monumento, en el que aparece esculpido un epitafio, que dice así: *«Aquí yace Rodrigo, último rey de los Godos»* (2).

El Cronicón Albeldense dice: «De lo que sucedió al rey Rodrigo, y de como murió, nada cierto se sabe hasta el presente día» (3).

El arzobispo Don Rodrigo Ximenez de Rada, conforme con Sebastián de Salamanca en el descubrimiento de la lápida de Viseo, escribe no obstante de acuerdo con la mayor parte de las crónicas arábicas: «Se ignora lo que hubo de suceder al rey Rodrigo; sin embargo, la corona, el manto, las insignias y el calzado adornado de oro y piedras precio-

(1) Véanse la ya citada obra de Aben Adharí, «Historias de Al Andalus», tomo II; y las notas á la «Historia de los musulmanes españoles», por R. Dozy, tomo II, páginas 48 y 49, y á la «Historia general de España» por Morayta, tomo I, pág. 643.

(2) — «De Ruderico veró rege nulli cognita manet causa interitus ejus rudis namque nostris temporibus cum Viseo civitas et suburbana ejus á nobis populata essent, in quadam Basílica monumentum est inventum, ubi desuper Epitaphium sculptum sic dicit: Hic requiescit Rodericus, ultimus rex Gothorum».

(3) — «De rege quoque eodem Ruderico nulli cognita manet causa interitus ejus usque in presentem diem».

sas, y el caballo, llamado Orelia, fueron encontrados sin el cuerpo en un lugar pantanoso cerca del río» (1).

Fuera lo que fuese de Rodrigo, muerto ó vivo después de la famosa batalla, las crónicas han hablado de Egilona, su esposa, como si se hallara viuda á raiz de aquel acontecimiento, y como si ella misma estuviera convencida de la muerte del rey su marido.

X

Respecto á la suerte que cupiera al Conde Julián y al arzobispo Oppas, las aseveraciones de los cronistas y los juicios de los historiadores son encontrados y antagónicos en este punto como en casi todos los que se refieren á esta época de nuestra vida nacional.

Hay quien cree que el pago de su traición fué la persecución y el desprecio.—«Qué se haya hecho del Conde Don Julián no se sabe ni se averigua: la grandeza de su maldad hace que se entienda que vivo y muerto fué condenado á eterno tormento. Es opinión (empero sin autor que la compruebe bastantemente) que la mujer del Conde murió apedreada, y un hijo suyo despeñado de una torre de Ceuta;

(1) —«Quid de rege Ruderico acciderit ignoratur, tamen corona, vestes et insignia et calciamenta auro et lapidibus adornata, el equus, qui Orelia dicebatur, in loco tremulo juxta fluvium sine corpore inventa».

y que á él mismo condenaron á cárcel perpétua por mandado y sentencia de los moros, á quien tanto quiso agradar. En un castillo llamado Loharri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra, fuera de la Iglesia del castillo, do dicen comunmente estuvo sepultado». (1)

Los cronistas Don Rodrigo Ximenez de Rada y Don Lucas de Tuy afirman haber sido muerto y despojado de sus bienes. (2)

Otros aseguran que el Conde Julián no permaneció en España con los demás godos, que auxiliaron á los árabes, sinó que se trasladó á Siria, donde dicen que su familia poseía bienes en Conisabor, ciudad episcopal de la Adiabene. (3)

Y no falta quien sostenga que el traidor procer conservó vitaliciamente el gobierno de Ceuta bajo la soberanía de los Califas de Damasco. (4)

Mr. de Slane ha encontrado un pasaje curiosísimo en los *Anales* de Dhabbi, del que se deduce que el Conde Julián dejó un hijo llamado Pedro (los árabes le nombraban Malka-

(1) El P. Mariana: obra citada.

(2) Lo mismo dicen estos escritores que ocurrió á los hijos de Witziza, error que ya hemos procurado evidenciar en el párrafo VIII.

(3) El Sr. Saavedra dice, que si la familia de *este aventurero* tenía algunos bienes en Conisabor, pudo muy bien creer el cronista D. Rodrigo que se trataba de Consaburum (Consuegra).

(4) Aben Jaldun, trad. de Slane, II, 136.

Pedro) y que su nieto adjuró el catolicismo, abrazando la religión mahometana y tomando el nombre de Abdalla. (1)

En los sucesivos capítulos de este *Estudio crítico* hemos de tener ocasión de nombrar varias veces al Conde Julián, porque este repulsivo personaje continuó contribuyendo al triunfo completo y al establecimiento de los musulmanes en el suelo de nuestra patria, y hemos de verle figurar en las campañas de la conquista árabe, ya asesorando y acompañando á Tarik, ya sirviendo de consejero á Muza.

(1) Aben-Jaldun, «Histoire des Bereberes», traducida por Mr. de Slane, tomo I, pág. 346; citado por Mr. R. Dozy en sus «Recherches», tercera edición, tomo I, pág. 58.

Algunos escritores (entre ellos el P. Masdeu) han intentado demostrar que el Conde Julián no ha existido, que es un personaje fabuloso, del cual no hay mención en Crónica alguna anterior á la del monje de Silos, compuesta al principio del siglo XII; pero tal suposición no puede prevalecer ante las investigaciones de la crítica moderna, que ha demostrado que las más antiguas crónicas (las anteriores al siglo IX) hablaban ya del Conde Julián.

Otros autores (como Don Faustino de Borbón, en el siglo pasado) sin negar la personalidad del Conde Julián, tratan de demostrar que ni era godo, ni la plaza de Ceuta (que gobernaba) pertenecía al dominio de España, sinó del imperio latino de Oriente.

De esta opinión participa Mr. Dozy, que se funda principalmente en la interpretación del siguiente pasaje del Pacense «Quod ille (Muza) consilio nobilissimi viri Urbani (Juliani) Africanæ Regionis, sub dogmata Catholicæ fidei exorti (exarchi)», en el que entiende que debe leerse *Juliani* y *exarchi* ó *exarci*.—El doctísimo escritor Sr. Fernández Guerra ha sostenido en su folleto «Florinda ó la Cava», con numerosos documentos y testimonios cristianos y árabes, que Ceuta pertenecía á España.

En cuanto al arzobispo de Toledo, Oppas, algunos autores, aun aceptando como cierta la traición del partido de Witiza, niegan que el tristemente célebre metropolitano tuviera intervención alguna directa en tan antipatriótica trama.

Vamos á estampar aquí la opinión de un notable y moderno historiador de la Iglesia española muy poco afecto á ciertas novedades de la crítica histórica en cuanto esta tiende á reivindicar la memoria de determinados personajes, como Witiza, envueltos tradicionalmente en el anatema de la execración pública, pero, en el caso presente, receloso de la justicia de la opinión popular tal vez por tratarse de un príncipe de la Iglesia.

Dice así el Sr. D. Vicente de la Fuente: «Entre los nombres de aquella Era fatal suena el de un arzobispo de Toledo, entre los más detestables de la historia de España. El malamente célebre D. Oppas es quizá el personaje más odioso de nuestra patria: mucho ganaría nuestra Historia que se llegara á probar que era un personaje quimérico, como en el día se pretende. No se concibe qué objeto pudieron tener los autores de los Cronicones (eclesiásticos todos ellos) en manchar la historia de España, fingiendo un mónstruo, intruso en la silla de Toledo por favor de su hermano (ó padre, según otros), traidor á su

patria desertando al campo infiel para perder á los cristianos, apóstata además, y seductor de los insurgentes en las montañas de Asturias.

Si es una creación fabulosa de los cronistas, en verdad que la historia de España les puede estar agradecida por haber manchado sus páginas con semejante borrón.

Por mi parte (añade) creo la existencia é intrusión de D. Oppas en la silla de Toledo, en aquella época calamitosa y aprovechando las debilidades de un obispo cuitado ⁽¹⁾, *más no creo las demás infamias, inventadas quizá en odio al intruso y á su familia*. ⁽²⁾

En cambio autores modernos también, y de mucho concepto, afirman rotundamente la complicidad de este prelado con los musulmanes, llegando á asegurar que «Oppas fué nombrado gobernador de Toledo» ⁽³⁾ por los islamitas cuando estos se enseñorearon de la capital del imperio gótico-hispano.

Nuestros cronistas de la Reconquista le atribuyen una intervención de soborno á favor de los musulmanes ante los cristianos rebeldes en Covadonga después de la conquista

(1) Dice Lucas de Tuy: «Exulato etiam Juliano, Toletano episcopo, intruxit filium suum Oppam».

(2) Don Vicente de la Fuente, «Historia eclesiástica de España», tomo I, pág. 295: ed. citada.

(3) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 51: ed. citada.

y cuando iba á tener lugar el famoso combate, en que Pelayo venció á las tropas islamitas echando los cimientos de la monarquía asturiana. (1)

El Sr. Fernández-Guerra (2) pone de relieve la odiosa personalidad de Don Oppas, haciendo un minucioso inventario de las infamias cometidas por el apóstata prelado, y presentándole en Toledo (cuando Tarik se apoderó de la imperial ciudad) como instigador del horroroso degüello de los senadores y oficiales palatinos, que habían favorecido la elección de Rodrigo y aún se hallaban en la capital del imperio godo en los momentos mismos en que el lugarteniente de Muza entró allí triunfante con la traidora ayuda de los witizanos y de los judíos.

Por último, el mismo eruditísimo académico, hablando de lo espléndidamente heredados que los hijos de Witiza quedaron en España, á consecuencia de los pactos hechos por el partido witizano con los musulmanes, convierte su atención hácia el traidor arzobispo

(1) Críticos hay que entienden (y tal vez con acierto) que el nombre *Obba*, que el «*Ajbar-Machmua*» atribuye al hijo de Witiza, que mandaba el ala izquierda del ejército de Rodrigo en la batalla de Wadi-Becca, el *Ebbas* citado por el Padre Mariana y otros cronistas é historiadores de la Reconquista, y el «Don Oppas», arzobispo de Toledo, son una misma persona.

(2) «Caída y ruina del imperio visigótico español», páginas 73 y 74.

y escribe (1):—«Menos regalón y más bullanguero Don Oppas, el tio, siguió su tema de perorar á diestro y siniestro, y durante siete años cabales *anduvo predicando á los cristianos que se tornassen con los moros*». (2)

(1) «Caida y ruina, etc.», pág. 76.

(2) Alfonso X, «La Estoria de Espanna», 193 vuelto.

CAPÍTULO V

LA CAMPAÑA DE TARIK

- I. Primeros efectos morales de la batalla de Wadi-Becca: las órdenes de Muza y la desobediencia de Tarik.—II. La toma de Écija: plan de campaña de Tarik.—III. Expedición de Moguits Ar-Romi: la toma de Córdoba.—IV. Expedición de Zaide ben Kesadi por el sur de Andalucía y Murcia: los judíos, los siervos hispano-romanos y la nobleza visigoda en los primeros momentos de la conquista.—V. Marcha de Tarik á Toledo: Pelayo en esta ciudad.—VI. Capitulación de Toledo.—VII. Expedición de Tarik por ambas Castillas: término de esta primera campaña.**

I

Si la monarquía gótico-hispana no hubiera tenido dentro de sí misma los elementos de ruina y disolución, que hemos apuntado en el capítulo II del presente *Estudio*, la batalla de Wadi-Becca no hubiera pasado de la categoría de un desastre militar, y las fuerzas vivas del país, reaccionando vigorosamente en el

sentido de la defensa nacional, hubiéranse aprestado con celeridad, impulsadas por el patriotismo, á conjurar el inminente peligro, que se cernía sobre la libertad y la independencia de la patria.

En otras circunstancias este fenómeno hubiera aparecido súbitamente como brotando del polvo mismo de la derrota, evocado por los ayes de los moribundos sacrificados en el combate en aras del amor á la integridad nacional, y hubiérase escrito en las páginas de nuestra historia la epopeya de un inmediato período de resistencia pronta, heroica y obstinada, durante la cual, disputado el terreno palmo á palmo, España entera se hubiese visto envuelta en tremenda lucha de extremo á extremo de la península; y acaso, sin hacerse esperar mucho tiempo el resultado, hubiera sido éste funesto para las armas musulmicas, como funestas fueron para los árabes sus posteriores atrevidas correrías en Francia.

Pero no era de esperar la inmediata reacción patriótica, y así lo comprendió desde luego el sagaz caudillo mahometano, que se propuso aprovechar los primeros momentos de estupor y de anarquía para continuar con ardor las operaciones militares y transformar en conquista la intervención, dando cima y remate á la obra con tan inesperada fortuna comenzada.

Muza ben Nosayr, el gobernador de África, no había enviado á Tarik para que conquistase á España, ni siquiera para que aventurase sus tropas en el interior de la península: si tal hubiera sido su propósito, él mismo hubiera atravesado el Estrecho con un ejército más poderoso, y nadie hubiera podido disputarle la gloria de extender por Europa la soberanía del Islam. El emir africano, al mandar á su lugarteniente con un número de soldados relativamente reducido, solamente intentaba la ocupación militar de algunos puntos estratégicos en el sur de la Bética, cuya posesión le asegurase las probabilidades de mayores intentos; y, si había enviado á Tarik los refuerzos, que este le pidió cuando tuvo noticia de que el rey Rodrigo venía desde el norte con un fuerte ejército para cortarle el paso, no fué para que quebrantase las órdenes de prudente cautela recibidas, sinó para resistir el empuje de un enemigo que por lo numeroso de sus huestes parecía formidable.

Así pues, cuando Muza ben Nosayr tuvo noticia del asombroso resultado del combate de Wadi-Becca, temeroso de comprometer en las contingencias de una imprudente audacia la empresa guerrera bajo tan brillantes auspicios comenzada, y celoso de la gloria de su lugarteniente, ordenó á este que regresase á

Ceuta, ó que por lo menos suspendiese las operaciones de campaña hasta que él mismo se le incorporase con importantes refuerzos.

Tarik, aparentando sumisión y obediencia á los mandatos de su jefe, pero anhelando dar cima á la obra en que su personal prestigio estaba empeñado, y á cuya prosecución le alentaban el desbarajuste de la gente visigoda, la simpatía ó la indiferencia con que los pueblos de España recibían las nuevas del triunfo de los musulmanes, las continuas adhesiones de los campesinos, el apoyo de los judíos y los pactos con la pudiente familia de Witiza, reunió el estado mayor de su ejército y le dió cuenta de la para él intempestiva orden de Muza, manifestando que, no obstante, seguiría el dictamen de sus oficiales, cualquiera que fuese el resultado de su deliberación.

La decisión del consejo de oficiales fué contraria á las terminantes órdenes de Muza (1) y en su consecuencia se acordó proseguir, y aún acelerar, la conquista sin pérdida de tiempo.

Tarik no se durmió sobre los laureles de Wadi-Becca, y la campaña continuó con febril actividad contra los godos.

(1) Don Modesto de La Fuente, «Historia general de España», tomo II, parte II, cap. I, páginas 127 y 128.

II

Refiere Al-Makkari, que tan luego como la gente de África fué conocedora del triunfo de Tarik sobre los godos y del inmenso botín que recogiera, vino á la península, surcando el mar en cuantos barcos y lanchas tuvo á mano, una gran muchedumbre de berberiscos ansiosos de compartir glorias y riquezas con el vencedor de Wadi-Becca, mientras que los españoles se refugiaban en fortalezas y castillos ó huían de las llanuras á los montes. (1)

«Un buen golpe de los que escaparon de aquélla desastrada batalla se refugiaron en Écija, ciudad en aquel tiempo bien fortificada. Con ellos se juntaron los ciudadanos; y animados á tratar del remedio, aunque fuese con riesgo de sus vidas, salvar lo que quedaba, y vengar (si pudiesen) las injurias, no dudaron de salir al campo y pelear de nuevo con el vencedor, que ejecutaba el alcance y perseguía lo que quedaba de los godos». (2)

Efectivamente, Écija fué el punto donde acudió á rehacerse el grupo más considerable de los soldados dispersos en Wadi-Becca, á cuyo frente se colocó Teodomiro, el gobernador de la Bética, el único godo que se opuso

(1) Al-Makkari, tomo I, pág. 163.

(2) El P. Juan Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXIV, pág. 309: ed. citada.

á los islamitas en su triunfal carrera por el Sur de España.

Tarik, pasando la angostura de Algeciras, (1) acudió con presteza á destruir aquel foco de resistencia (2): los cristianos salieron á cortarle el paso del Genil, y los musulmanes triunfaron otra vez.

«Hubo un sangriento combate (dice un historiador árabe), en que fueron muertos y heridos muchos musulimes, y al fin Dios les concedió la victoria sobre los cristianos, que fueron derrotados, sin que después volviesen los musulimes á encontrar tan fuerte resistencia». (3)

Otros narradores escriben que Écija se rindió, mediante amistosa entrega, al mes de empezado el asedio, (4) y que las gestiones de la capitulación tuvieron pronto éxito gracias á la presencia del Conde Julián en el campamento de Tarik, pues el traidor gobernador de Ceuta sobornó á la guarnición de la plaza y al jefe, que la defendía. Pero esto no es creíble, siendo Teodomiro el defensor de la ciudad.

(1) «Ajbar Machmuá», pág. 23: trad. citada.

(2) Aben Adhari, «Historias de Al-Andalus», pág. 27, trad. citada:—«Después de la batalla se movió Tarik hacia el estrecho de Algeciras, y luego se dirigió á Eǵga».

(3) Al-Makkari, tomo I, pág. 163.

(4) «Fatho-l-andaluci», pág. 8 de la trad. ar. (cita de Don Eduardo Saavedra, obra citada).

Teodomiro hubo de ceder nuevamente al embate de las armas africanas, «más no sin recojer á los suyos, con quienes se encastilló vigilante por sierras y desfiladeros, para comenzar una de aquellas luchas de guerrillas, que constituyen siempre la especialidad de los españoles», (1) y que poco más tarde dió por resultado la formación del pequeño reino tributario de *Tadmir* (2) sobre la cuenca del río Segura.

Écija, pues, cayó en poder de los berberiscos, (3) y el caudillo musulmán con esta nueva victoria pudo trazarse desembarazadamente el plan de la conquista, porque «Dios infundió el terror en los corazones de los cristianos cuando vieron que Tarik se internaba en el país, habiendo creído que haría lo mismo que Tarif (volverse al África con el botín recojido); y, huyendo hacia Toledo, se encerraron en las ciudades de España». (4)

El Conde Julián dijo entonces á Tarik:—«Yá has concluido con España: divide ahora tu ejército, al cual servirán de guías estos com-

(1) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, pág. 776: ed. citada.

(2) Así llamaban los árabes á Teodomiro.

(3) No hay acuerdo entre los historiadores respecto á la suerte que cupiese á Écija. El P. Mariana dice que *la echaron por tierra*; Lafuente (D. Modesto), que «se la impuso un tributo, y se encomendó la guarnición de la plaza á los judíos, dejando también algunos árabes».

(4) «Ajbar Machmuá», pág. 23, trad. citada.

pañeros míos, y marcha tú hacia Toledo, donde está la gente principal, á fin de no dar tiempo para que miren por sí y adopten una resolución». (1)

El vencedor de Wadi-Becca y Écija dividió, en efecto, sus huestes en tres cuerpos de ejército: uno bajo la dirección de Moguits Ar-Romí (el *Rumi*, ó romano), liberto de Walid ben Abdelmelik, con la misión de posesionarse de Córdoba; otra al mando de Zaide ben Kesadi, llevando por guía á un adalid del Conde Julián, con orden de rendir á Málaga y apoderarse de su comarca (2), y otro á las inmediatas órdenes del mismo Tarik, dispuesto á avanzar sobre la capital de la monarquía goda, la imperial Toledo (3).

III

El cuerpo de ejército regido por Moguits

(1) Conforme en esto Al-Makkari con las más respetables tradiciones arábicas y con nuestra Crónica del arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, libro III, cap. XXIII.

(2) Este cuerpo de ejército es el que, en opinión de D. Modesto Lafuente, se apoderó de Écija. No hemos nosotros hallado motivo fundado para seguir la opinión del ilustre historiador.

(3) El P. Mariana dice otra cosa:—«Después de esto, por consejo y á persuasión del Conde D. Julián, se dividieron los moros en *dos partes*: los unos debajo de la conducta de Magued, renegado de la religión cristiana, se encaminaron á Córdoba.... Con la otra parte del ejército Tarif (debe decir Tarik) saqueaba y talaba y metía á fuego y á sangre lo restante de Andalucía, y corrían los vencidos por todas partes».

Ar-Romi, ⁽¹⁾ compuesto de 700 ginetes, sin ningún peón (pues no había quedado musulmán sin caballo después de la victoria de Wadi-Becca), acampó delante de Córdoba, una de las principales ciudades del imperio godo, abandonada á la sazón por los más nobles y ricos de sus moradores, que habían huido tan pronto como tuvieron noticia de la aproximación del enemigo.

Refiere la Historia Castellana del Moro Rasis, que al dirigirse Moguits á Córdoba, hubo de detener como prisioneros á algunos campesinos:—«díjoles (á los suyos) que catasen de aquellos presos si había hi alguno que le sopliesse decir nuevas de la villa, y trajéronle un ovejero. Díjole Muguet:—dime ahora (y cata no me mientas) ¿qué villa es Córdoba y qué muro tiene y qué gente mora en ella? y

(1) Muchos historiadores (entre ellos el P. Mariana) suponen que *el Rumí* era un renegado y algunos cronistas árabes cuentan que era cristiano.

Al-Hichári (citado por Al-Makkari, tomo II, pág. 6), cree que su verdadera genealogía es como sigue: Moguits ben Al-Hárits ben Al-Honairits ben Chábala ben Al-Ayham Al-Gazzani; y añade que fué cautivo de los cristianos en Oriente, en muy tierna edad, y que el califa Abdelmelik ben Meruan le educó con su hijo Al-Walid, en Damasco.

Después de la conquista de Córdoba continuó acompañando á Tarik; y cuando éste y Muza fueron más tarde llamados por Al-Walid, se presentó Moguits en Damasco, de donde regresó á Córdoba al poco tiempo. En esta ciudad tuvo ilustre descendencia, pues de él proceden los Romí Moguist, señores de muy distinguido linaje y esclarecida prole. Descendiente de Moguits Ar-Romí (ó *el Rumí*), fué Abderrahmán ben Moguits, Háchib de Abderrahmán I, califa de Córdoba.

él dijo:—yo vos diré nuevas verdaderas. Creed bien cierto que cuando sopieron que el Rey Rodrigo era muerto, é que los moros andaban por la tierra por consejo del Conde, ovieron mucho miedo, *é en todas las villas principales de España hicieron reyes así como Córdoba y Sevilla y Toledo, Mérida y Elvira*, y acójesse toda la gente de la campiña á Córdoba, y yace tan gran gente en la villa que es maravilla, y agora ansí non sé por cual razón, más bien creo que por miedo, toda la gente es ida, y acogiéronse á la sierra, y non finco con el Rey sinó cuatrocient de á caballo, sus vasallos que él había antes de que le ficiesen Rey, é non finco en la villa sinón los viejos y los cansados, é de la villa vos digo que es muy fuerte». (1)

Ciertamente altas y fuertes murallas defendían la ciudad, pero su guarnición era escasa, pues no llegaba á medio millar el número de sus soldados.

Moguits les intimó la rendición con suaves condiciones, que no fueron aceptadas por los defensores de Córdoba, dispuestos á una enérgica resistencia. Entonces *el Rumí*, informa-

(1) Respecto á esta narración, hace observar el Sr. D. Miguel Morayta («Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, página 776: segunda ed.), «que aun cuando el moro Rasis no es un testimonio muy digno de tenerse en cuenta, las palabras que quedan subrayadas dan mucha luz para explicar como el espíritu local se sobrepuso en aquellas circunstancias».

do de que la muralla tenía un punto de fácil acceso por la parte del río, ⁽¹⁾ se acercó á las fortificaciones durante la noche, con buena parte de sus tropas, favoreciendo el sigilo de su empresa un fuerte aguacero, mezclado con granizo; y aprovechándose de la tenebrosa obscuridad de aquella noche tempestuosa, cruzó el río sin ser visto por los no muy vigilantes centinelas, «cuyas voces de alerta se oían débilmente y á largos intervalos»; y yá cerca del muro, algunos soldados consiguieron subir al adarve, ⁽²⁾ sorprendiendo y degollando á los centinelas, y abriendo enseguida la puerta después llamada «del Puente», ⁽³⁾ por donde entró Moguits con el grueso de sus tropas, aterrorizando á los moradores de la

(1) El «Ajbar Machmuá» y Al-Makkari refieren que el pastor detenido por Moguits, manifestó que en las murallas, «sobre la puerta de la Estátua, había una hendidura».

(2) Cuando llegaron al muro (dicen las crónicas arábigas) no encontraron en él el punto de apoyo que buscaban para escalarle, y «volvieron por el pastor que les había indicado lo del agujero, y éste lo mostró. No tenía fácil subida, pero había debajo una higuera, por cuyas ramas podían subir. Uno de los más fuertes musulmanes, llegó á lo alto: Moguits se desciñó su turbante y le arrojó una punta, y ayudándose unos á otros, subieron muchos al muro».—Al-Makkari, tomo I, páginas 164 y 165.

(3) Hace observar el «Ajbar Machmuá» que en aquel tiempo estaba destruido, y no existía puente alguno en Córdoba.

—«... á mi entender (dice el Sr. Saavedra) la población civil, ó una parte de ella, muy decidida por los witzanos, se puso de acuerdo con el jefe árabe, y en una noche de lluvia y granizo logró darle entrada, sorprendiendo la guardia de la Puerta del Puente».—«Invasión de los árabes», pág. 82.

ciudad con los gritos de guerra y el ruido de las armas y caballos.

El gobernador de Córdoba y unos 400 soldados cristianos buscaron refugio en la Iglesia de San Acisclo, ⁽¹⁾ en cuyo edificio, negándose á capitular, se hicieron fuertes, resistiéndose tres meses, hasta que, faltos de agua, se rindieron, siendo degollados de orden de Moguits, por lo que fué después conocido este templo con el nombre de «Iglesia de los prisioneros». ⁽²⁾ Y, á pesar de haber hecho en ella tan heroica resistencia los cristianos, el templo de San Acisclo continuó abierto al culto cristiano, ⁽³⁾ indicio, para algunos críticos, de la buena inteligencia en que los cristianos cordobeses se hallaron desde el principio con los invasores; y prueba evidente, para nosotros, del espíritu de tolerancia, que animaba entonces á los musulmanes.

Es curioso el episodio que de este sitio cuenta un historiador musulmán. Dice que el jefe de los defensores cordobeses huyó de la Iglesia y de la ciudad; y que noticioso de ello Moguits, salió en su persecución *solo, sin acompañarle ninguno* de los suyos. «Aper-

(1) El P. Mariana y otros historiadores la llaman equivocadamente de San Jorge.

(2) Don Modesto Lafuente refiere que solo se defendieron *por algunos días*.

(3) «Fatho-I-andaluci», pág. 9. (Cita del Sr. Saavedra).

cibióle el cristiano; salióse, para huir mejor, del camino, y al saltar una zanja, cayó del caballo, hiriéndose en el pescuezo. Cuando Mugüeit le dió alcance, le halló sentado sobre su escudo; y como se le entregara prisionero, lo recibió en cautividad, siendo el único de los señores de Al-Andalus que fué hecho prisionero... Mugüeit dió libertad al jefe cordobés, á quien puso de gobernador de Córdoba, para que la mantuviese por él para el Emir de los creyentes.» (1)

Dudamos que este último extremo pudiera hallar una prueba patente: pero lo que sí aparece comprobado es que el general islamita reunió á los judíos de Córdoba y les encomendó la guarda de la ciudad, distribuyendo en ella sus soldados, y aposentándose él en el antiguo alcázar. (2)

La entrada de los musulimes en la ciudad fué en Agosto, y la toma de la iglesia de San Acisclo en Noviembre del mismo año 711. (3)

(1) Aben-Adharí, «Historias de Al-Andalus», traducción de Don Francisco Fernández y González, tomo I.

(2) Las principales crónicas árabigas están de acuerdo en este punto.

De las cristianas citaremos al arzobispo D. Rodrigo Ximenez de Rada, que en su crónica «De rebus hispanicis», libro III, cap. XII, se expresa así: «Iudæos autem, qui inibi morabantur, cum suis arábibus ad populationem et custodiam Cordubæ dimisserunt».

(3) La fecha primera, según los árabes, Xawel del 92; y la segunda, Moharram del 93.

IV

El segundo cuerpo del ejército berberisco, á las órdenes de Zaide ben Kesadi, había recibido de Tarik la orden de marchar hácia Málaga, y así lo hizo, apoderándose de esta ciudad y su comarca; de Archidona, que fué ocupada sin combate, habiéndose refugiado sus habitantes en los bosques; y de Elvira, que fué tomada á viva fuerza. En esta población encontraron muchos judíos: cuando tal les acontecía reunían, todos los isrealitas de la ciudad y dejaban con ellos un destacamento de musulmanes, continuando su marcha el grueso de las tropas.

De Elvira pasó Zaide á Murcia, en cuyo territorio se resistía con los despojos del ejército godo de la Bética el infatigable Teodomiro, ⁽¹⁾ que se había hecho proclamar soberano de aquella región, y que al aproximarse los musulimes se había retirado á las montañas ⁽²⁾. Zaide entonces tomó la dirección de

(1) El Sr. Saavedra sospecha que Teodomiro no hizo una campaña tan simpáticamente patriótica, como suponen la mayor parte de los historiadores; si nó que, auxiliando á los musulmanes en su campaña de intervención á favor del partido witizano, «consiguió quedarse tranquilamente en Orihuela, *gobernando la región murciana en nombre del hijo de Witiŷa*». («La invasión de los árabes en España», páginas 86, 87 y 88.)

(2) El P. Mariana, incurriendo en el mismo error que el arzobispo Don Rodrigo y que el «Ajbar Machmuá» y otras crónicas, confunden

Jaen, donde se incorporó al grueso de las fuerzas africanas mandado por el mismo Tarik, acompañando al cual marchó hácia Toledo en los días en que Moguits Ar-Romí se enseñoreaba de Córdoba.

La atrevida marcha de Tarik á través de la península, acabó de desconcertar á los desparcidos godos. No había energías nacionales, que se opusieran á su paso triunfal.

Los judíos, de acuerdo previo con los islamitas, se ponían incondicionalmente á sus órdenes, engrosaban su ejército, facilitábanles recursos, proporcionábanles noticias exactas del estado de defensa de las principales ciudades, indicaban el mejor y más seguro camino á sus tropas y aceptaban gozosos la custodia y el mando de las poblaciones conquistadas, allí donde el general musulmán no dejaba encargado el gobierno á alguno de sus oficiales.

Los siervos hispano-romanos tampoco tenían alientos para oponerse al nuevo dominio, que les amenazaba; ni, aunque los tuvieran, podían hallarse dispuestos á hacer causa común con los godos, sus seculares opresores: por el contrario, alimentaban en su corazón la esperanza de un relativo mejoramiento social

á Murcia con Orihuela, y supone en el primer año de la conquista la capitulación, en virtud de la cual fué Teodomiro reconocido por rey tributario de los árabes: lo que no sucedió hasta Abril del año 713.

dentro de aquella confusión y de aquella anarquía.

Por su parte los visigodos, los que bajo el gobierno de sus compatriotas gozaban de los privilegios, de las riquezas y del mando, se mostraron impotentes para la resistencia. En los primeros momentos (excepción hecha de la pundonorosa conducta de Teodomiro y de las estériles tentativas patrióticas de Pelayo en Toledo) todas las latentes concupiscencias políticas se desbordaron, y cada ciudad importante se constituyó en pequeña monarquía de un magnate, al tener noticia de la derrota y de la muerte de Rodrigo; pero, cuando vieron avanzar á los soldados de Mahoma, el pánico llegó al colmo, y los que no se acogieron á la clemencia de los vencedores, ó no se brindaron á servirles de auxiliares y aliados, huyeron despavoridos.

En aquel caos, huérfano de un poder central y superior el país, la fuga fué el recurso supremo de los débiles.

Cuando los musulmanes se acercaron á Córdoba, la nobleza visigoda huyó á Toledo; cuando el estandarte del falso profeta se levantó desplegado ante los muros de Toledo, los patricios se apresuraron á esconderse en las breñas de Asturias y de Cantabria. «No recuerda la historia conquista más rápida que aquella. Ayudábanla á porfía godos y judíos,

descontentos políticos, venganzas personales y ódios religiosos». (1)

V

Tarik, después de la rendición de Écija, sin pérdida de tiempo, marchó sobre Toledo, procurando sorprender con acelerada audacia á los fugitivos partidarios de Rodrigo, antes que el estupor de las pasadas imprevistas derrotas permitiese al ánimo sereno organizar una seria resistencia.

No es fácil precisar el camino, que siguió el caudillo de Wadi-Becca para llegar mejor y con más prontitud á las puertas de la capital visigoda.

Al-Makkari asegura que «con la mayor parte del ejército marchó hácia la Cora de Jaen en dirección á Toledo» (2); y Don Rodrigo Ximenez de Rada escribe: «venit Mentensam, prope Giennium, et civitatem funditus dissipavit.»

El docto Sr. Saavedra dá por bueno que Tarik «fué á cruzar el rio por Menjibar, marchando por el camino romano, que llaman de Anibal...» y que «al paso saquearon los mu-

(1) Don Marcelino Menéndez Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles», tomo I, libro I, cap. III, pag. 216: ed. citada.

(2) Al-Makkari, en los *Apéndices* al tomo I de la «Colección de obras arábicas de historia y geografía», que publica la R. A. de la Historia, pág. 181.

sulmanes á Mentesa, hoy Villanueva de la Fuente»; y en una nota del precioso *Estudio*, tantas veces citado, enmienda al cronista Don Rodrigo, diciendo: «El Arzobispo confundió la Mentesa Oretana con la Bastitana, que estuvo en la Guardia. La dirección que tomó Tarik es la que hoy sigue el ferrocarril de Andalucía» (1) Pero la posición que, el señor Saavedra asigna á Mentesa ha sido, á nuestro juicio, concienzudamente rectificada por el distinguido escritor y laborioso Académico correspondiente de la Historia, nuestro querido amigo y compañero D. Antonio Blazquez y Delgado Aguilera. (2) Y en verdad que no se concibe que para dirigirse á Toledo desde Menjíbar, se alejara tanto de la línea recta, como supone el Sr. Saavedra. Según el señor Blazquez, Mentesa estuvo sobre el Azuer y al Sur de Manzanares.

Toledo no se hallaba apercebida á la defensa, aunque los emigrados de Córdoba y de otras partes habían aumentado considerablemente la yá nutrida población de la capital del Estado gótico. Ni los esfuerzos de algunos ca-

(1) Saavedra, «Invasión de los árabes en España», páginas 78 y 79.

(2) Blazquez y Delgado-Aguilera, «Estudio sobre el itinerario de Antonino», publicado en el Boletín de la R. A. de la Historia, año 1892.

Y «Estudio sobre las vías romanas de la provincia de Ciudad Real» publicado en el Boletín de la *Sociedad de Geografía* de Madrid, año 1891.

racterizados magnates (entre los cuales cuentan las crónicas á Pelayo, más tarde rey de Asturias) fueron suficientes para levantar el ánimo apocado y decaído de aquellas atemorizadas muchedumbres de guerreros fugitivos.

Cedamos la palabra, antes de relatar la entrada de los musulimes en Toledo, á un escritor que refiere minuciosamente la intervención más ó menos verosímil de Pelayo en estos sucesos. (1)

—«Había servido D. Pelayo en la Corte y en la campaña al Rey D. Rodrigo con tanto celo como valor en los primeros oficios de la paz y de la guerra.... En la batalla, en que se perdió España con D. Rodrigo, fué el que con más lealtad asistió á su lado y el que muchas veces puso en balanzas la victoria: procuró D. Pelayo, luego que vió deshecho nuestro campo, recoger los godos fugitivos, formando un grueso con que poder reprimir el orgullo africano antes que se apoderasen de las ciudades,

(1) No aceptamos nosotros como un hecho enteramente comprobado la asistencia de Pelayo á la batalla de Wadi-Becca, ni su intervención patriótica, después de este desastre, para reanimar los restos del ejército derrotado, antes de que Toledo fuese asediado por los musulmanes. La posterior conducta del vencedor en Covadonga hace, sin embargo, que no se deban rechazar en absoluto las aseveraciones de algunos cronistas (muy posteriores á los sucesos, es verdad,) aun cuando no tengan en su abono testimonios irrecusables. El amor y el entusiasmo por nuestros héroes de la Reconquista, desde Pelayo hasta el Cid, siempre se excedió en atribuirles toda suerte de hechos gloriosos, sin pararse á examinar detenidamente su autenticidad.

y antes que, descansado el ejército enemigo, se previniese para nuevas conquistas; pero los halló tan desunidos y tan tomados del miedo, que le fué forzoso retirarse á la imperial Toledo, para consultar los medios que pareciesen más racionales para embarazar la última fatalidad de España; pero Tarif ⁽¹⁾ apresuró tanto su jornada, poniendo á vista de Toledo un numeroso ejército de la gente más escogida, que no le dió tiempo para ganar los ánimos de los ciudadanos ni para disponerlos, no solo á la guerra ofensiva, pero ni aún para hacerle resistencia. Viéndose sin esperanzas D. Pelayo de defender la patria, puso el conato en la defensa de lo sagrado, y acompañado del arzobispo Urbano, ⁽²⁾ sacó de Toledo un arca de madera incorruptible, que era depósito de preciosísimas reliquias, recogidas por manos de los discípulos de los apóstoles». ⁽³⁾

Conviene á nuestro propósito consignar que

(1) Este escritor también confunde á Tarik con Tarif.

(2) Antiguos cronistas é historiadores dicen que, habiéndose ausentado de España el metropolitano Sinderedo, los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado, y prescindiendo de D. Oppas «como de intruso y entronizado contra derecho», dieron sus votos á Urbano, «que era Primicerio de aquella Iglesia, que es lo mismo que Chantre». (Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro IV, cap. XXII, pág. 305 y 306: ed. citada).

(3) Don Alfonso Nuñez de Castro, en la «Corona gótica, castellana y austriaca», tomo III, páginas 16, 17 y 18: edición de Madrid, año 1740.

Para que estos tesoros estuviesen más libres de peligro «en lo postrero de España los pusieron en una cueva debajo de tierra, distante dos leguas de donde después se edificó la ciudad de Oviedo».

antiguas crónicas afirman que «hicieron así mismo compañía á Urbano y á D. Pelayo los más nobles y ricos ciudadanos de Toledo *por estar más lejos del peligro, seguir el ejemplo de su Prelado y conservarse para mejor tiempo*». (1)

VI

Sin entrar ahora á discutir la personal intervención de Pelayo (2) en la emigración de los toledanos y de los godos fugitivos del sur á las montañas de Asturias, parece resultar que unos y otros dejaron á Toledo indefensa y á merced del audaz invasor, cuando este llegaba con sus tropas á las orillas del Tajo.

Así es que, aunque la posición topográfica de la ciudad era apropiado para sostener una larga y obstinada resistencia, es lo cierto que los habitantes de Toledo pidieron capitulación, ya porque el desaliento general de la nación también se hubiese apoderado de ellos,

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXIV, pág. 310: ed. citada.

(2) Ya hemos dicho que la inmensa mayoría de los cronistas y de los historiadores, consideran á Pelayo como godo y descendiente de Chindaswinto; pero respetables autores modernos (entre ellos el señor Menendez Pelayo) llaman al fundador de la monarquía asturiana «el romano *Pelagio*».

ya porque, en la imprevisión de un ataque tan inesperado, les sorprendiese Tarik faltos de provisiones de boca y guerra, ya porque temiesen la traición de las numerosas familias judías, que habitaban en la ciudad, ya porque el triste ejemplo de la fuga de los magnates enervase su valor, ó por la conjunción de todas estas circunstancias.

El general islamita recibió á los parlamentarios con afabilidad, pero al mismo tiempo con la firmeza del que está seguro de la ventaja y de la superioridad, y Toledo se entregó en Noviembre del año 711 ⁽¹⁾ bajo las siguientes condiciones: que habían de entregar todas las armas y caballos, que hubiese en la ciudad; que se pudiesen retirar libres de la ciudad los que no quisiesen quedar en ella, perdiendo sus bienes; que los que permaneciesen en ella serían dueños pacífica é inviolablemente de sus casas y posesiones. Todos, sujetos á un modesto tributo, gozarían el libre ejercicio de su religión, el uso y conservación de sus Iglesias, ⁽²⁾ pero no edificarían otras sin licencia del Gobierno: que no harían procesiones públicas: que se gobernarían por sus leyes y

(1) Según la cronología árabe, Moharram del año 93.—(Lafuente y Alcántara, *Apéndices* citados, pág. 240.)

(2) El P. Mariana enumera los *siete templos*, que dice quedaron abiertos al culto cristiano: Santa Justa, San Torcuato, San Lucas, San Marcos, Santa Eulalia, San Sebastián y Nuestra Señora del Arrabal.

jueces, pero no impedirían ni castigarían al que se hiciese muslim. (1)

Rendida la ciudad, Tarik confió su custodia á los judíos, con algunos soldados musulmanes (2) y otorgó el gobierno de la misma al renegado Oppas, según hemos incidentalmente manifestado al final del Capítulo IV de este Estudio; y parece que este funesto personaje cometió verdaderas crueldades contra sus adversarios políticos. «Hubo de averiguar el mal obispo y mal caballero Oppa (escribe un sabio crítico de nuestros días) en qué lugares se hallaban ocultos los senadores y oficiales palatinos, que contribuyeron al destronamiento de Witiza y á la proclamación de Rodrigo; y rodaron por el cadalso, no solamente innúmeras cabezas de nobles, sino de plebeyos, pues faltó piedad para quien la tuvo de los fugitivos, ó en cazarlos dejó de poner singular empeño y diligencia» (3).

Acerca de la mayor ó menor facilidad, con

(1) Copiamos literalmente las condiciones de la capitulación, según las expresa D. José Antonio Conde en su «Historia de la denominación de los árabes en España», tomo I, páginas 39 y 40: ed. de Madrid, año de 1820.—Eran casi idénticas á las que imponían á las demás ciudades.

(2) «Taric ex arábibus, quos secum duxerat, et judæis, quos Toletum invenerat, munivit Toletum».—Rod. Tol., «de Rebus in Hispania gestis Chronicon», lib. III, cap. XXIII.

(3) Fernández-Guerra, «Caída y ruina del imperio visigótico español», pág. 74.

que los musulmanes se apoderaron de Toledo, discrepan los cronistas.

Aben-Hayyan cuenta que, «cuando Tarik llegó á Toledo, capital del reino godo, la encontró desierta, *porque sus habitantes habían huido de ella, refugiándose en una ciudad que había detrás de los montes.*»⁽¹⁾

El arzobispo Don Rodrigo escribe que los judíos, que quedaron en la población abrieron sin dilación, en odio al cristianismo, las puertas de la ciudad; mientras que el Tudense refiere que, al amparo de las fortificaciones de la plaza sostuvieron los cristianos el sitio por espacio de algunos meses hasta que «el Domingo de Ramos, día en que se celebra la pasión del Señor, como era de costumbre, salieron los cristianos en procesión á Santa Leocadia la del Arrabal, y que entretanto los enemigos fueron por los judíos recibidos dentro de la ciudad, y por ellos los ciudadanos todos muertos ó presos». ⁽²⁾

A sumas enormes debió ascender el botín recogido, si hemos de dar crédito á los mis-

(1) En Al-Makkari, tomo I, pág. 167. (Apéndices á la traducción castellana del «Ajbar Machmua», pág. 184.)

(2) Mr. R. Dozy escribe que «en Toledo hicieron los judíos traición á los cristianos». («Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 50: ed. citada.)

El Sr. Morayta dice que, al posesionarse de Toledo, Tarik «solo encontró algunos judíos, por quienes fué amistosamente recibido» («Historia general de España», tomo I, pág. 777: ed. citada).

mos escritores árabes. Dicen que en el soberbio palacio real, donde se hospedó el caudillo berberisco, halló este inmensas riquezas y preciosidades, entre las que citan *veinticinco* coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas, «porque veinticinco eran los reyes godos, que había habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejara depositada una corona, en que se escribía su nombre, su edad y los años que había reinado»; á lo que hace observar Don Modesto Lafuente que, en cuanto á haberse hallado algunas coronas, muy bien pudo suceder; pero que fuesen en número de veinticinco, eso yá no es verosímil, puesto que desde Leovigildo, primer monarca visigodo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo, apenas hubo diecisiete reyes. (1)

VII

Poco tiempo permaneció Tarik en la antigua capital de los godos. Su belicoso afán no le consentía descanso, ni el frío cálculo le permitía gozar confiadamente de las satisfaccio-

(1) Don Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, parte II, cap. I, página 129: ed. citada.

nes del triunfo, mientras el enemigo vencido pudiera aprovechar el tiempo perdido por el vencedor en la orgía de la victoria y en la embriaguez del botín.

Los últimos fugitivos de Toledo, los que hasta última hora se habían aventurado á permanecer en la población, creyéndose fuertes en ella, á pesar del vergonzoso desfile de sus compatriotas, se apresuraron á imitar la conducta de los portadores de las sagradas reliquias tan pronto como vieron á los sectarios de Mahoma cercando la ciudad (que habían creído inexpugnable), y aún se hallaban á pocas jornadas de la capital. Á Tarik le preocupó que pudieran reconcentrarse, reclutar gente de guerra entre los sobrios y valientes montañeses de las fragosidades carpetanas, y volver, aguijoneados por un resto de patriotismo, ó solamente empujados por el egoísta cálculo de las riquezas perdidas, atacarle de improviso en las puertas mismas de la antigua corte visigoda, deteniendo por lo menos su marcha y poniendo en peligro sus planes conquistadores. Así es que determinó salir en persecución de los toledanos rezagados, que habían buscado refugio y defensa en los vecinos montes, y allí les atacó; y empeñado en batirles prosiguió hasta Guadalajara, llegando á Buitrago, atravesando la cordillera carpetana por el desfiladero, que tomó su

nombre (*Fech Tarik*), (1) é implantando el dominio del islamismo en gran parte de la vasta región, que hoy ocupan ambas Castillas.

Tampoco están de acuerdo los historiadores respecto á la extensión de las correrías de Tarik por el centro y norte de la península en esta campaña, pues mientras unos suponen que llevó el estandarte del profeta medinés hasta clavarle en la costa del Cantábrico sobre el mismo promontorio gijonés, donde se levantaban las *aras Sextianas*, (2) otros creen que no pasó de Almeida, (3) en cuya población halló la famosa *mesa de Salomón* «cuyos bordes y piés, en número de 365, eran de esmeralda verde», (4) cuya alhaja hubo de prestar á Tarik (según las crónicas) un gran servicio, cuando el jefe berberisco acudió, en unión de Muza, al llamamiento, que á ambos caudillos hiciera poco después el califa de Damasco. (5)

(1) Según el Sr. Lafuente Alcántara, esta garganta ó desfiladero es el paso de Somosierra. Algunos han conjeturado que el nombre Buitrago es una corrupción de *Fech Tarik*, pero esto no es aceptable, porque en la época visigoda ya aparece esta población con el nombre de *Bituracum*.

(2) Hoy se llama cabo ó promontorio de Torres.

(3) Esta Almeida no existe actualmente con tal nombre al norte del Guadarrama, y tan poco puede ser (dado el itinerario probable de Tarik) ni la pequeña Almeida, que hay en Zamora, ni la Almeida de Portugal.—El Sr. Lafuente Alcántara opina que debe ser la actual Olmedo.

(4) «*Ajbar Machmuá*», traducción citada, pág. 27.—

(5) El cronista Don Rodrigo Ximenez da muchos pormenores acer-

Los que entienden que la campaña de Tarik inmediatamente después de la toma de Toledo alcanzó hasta el norte de España, refieren los éxitos del lugarteniente de Muza diciendo (como el P. Mariana) que «las demás ciudades unas se rendían por voluntad, otras tomaban por fuerza»; que «los moradores se derramaban por diversos lugares, como á cada uno guiaba el miedo ó la esperanza». «León, falto de mantenimientos, se rindió.... En Castilla la vieja se entregó Amaya, forzada del hambre, que cada día se embravecía más, cuyos despojos sobrepujaron las riquezas de las demás, á causa de que muchos confiados en su fortaleza se recogieron á ella con todo lo mejor de sus casas... En Galicia quemaron á Astorga: (1) los muros por ser de buena estofa, quedaron en pié. En Asturias, Gijón, pueblo por la parte de tierra y de la mar muy fuerte, vino asimismo en poder de los moros, que pusieron guarniciones de soldados en lugares

ca de esta mesa, que unos dicen fué hallada en Medinaceli y otros en Alcalá.

Nuestro más clásico historiador asegura que: «En los Celtíberos en un pueblo que en nuestro tiempo se llama Medinaceli, y antiguamente dice Don Rodrigo se llamó Segoncia, hallaron una *mesa de esmeralda*, como yo lo entiendo de marmol verde, de grandor, estima y precio extraordinarios: de donde los moros llamaron aquel pueblo Medina Talméida, que significa *ciudad de Mesa*». (Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXIV, pág. 310: ed. citada.

Véase el *apéndice E* del presente *Estudio crítico*.

(1) Astorga (Astúrica) no pertenecía á Galicia sino á Asturias.

apropósito para que los naturales no pudieran rebullirse, ni sacudir aquel yugo tan pesado de sus cervices». Y añaden que «el ejército de los moros, rico con los despojos de España, y su general Tarif, ⁽¹⁾ debajo cuya conducta ganaran tantas victorias, *dieron vuelta á Toledo* para con el reposo gozar el fruto de tantos trabajos, y desde allí como desde una atalaya muy alta proveer y acudir á las demás partes».

Los historiadores, que no atribuyen tantas conquistas á Tarik en esta campaña, ⁽²⁾ afirman que el general berberísco, noticioso de que Muza ben Nozayr, su jefe, se dirigía á Toledo desde Mérida, apresuró su regreso á la antigua corte de los godos con el intento de recibir sumisamente al walí africano, y desagraviarle con dádivas y explicaciones, si (como era de suponer) venía enojado contra su lugarteniente por su desobediencia.

Nosotros creemos que Tarik no pasó de Almeida, y entendemos que es absurdo admitir que el general berberísco llegara en esta campaña hasta Astorga y mucho menos

(1) Ya hemos visto el P. Mariana confunde el nombre de *Tarik* con el de *Tarif*.

(2) Entre ellos figuran los más acreditados cronistas árabes.

Al-Makkari acoge las dos versiones. Primero consigna la de Aben Hayyan, y después añade: «Otros dicen que Tarik no regresó entonces, sino que se internó en Galicia, arrasó el país, llegó á la ciudad de Astorga, cuyos alrededores devastó, volviéndose después á Toledo».

hasta Gijón, dado el tiempo que forzosamente tuvo que invertir, después de la batalla de Wadi-Becca, en su expedición á Toledo, en el saqueo de Mentesa y en la excursión á los montes carpetanos para asegurar la posesión de la antigua capital de los godos.

Hay cronistas árabes (como Al-Makkari) que atribuyen á Tarik muchas más conquistas que las que llevó á cabo, y es muy frecuente entre los historiadores musulmanes concentrar en una sola campaña las operaciones de varias.



CAPÍTULO VI

LAS CAMPAÑAS DE MUZA Y ABDALAZIZ

I. Muza en España: su ejército y su escolta.—II. Plan de campaña de Muza: la sorpresa de Carmona, la rendición de Sevilla y la entrega de Beja.—III. El cerco de Mérida: la emboscada de la Cantera y la *torre de los Mártires*.—IV. Capitulación de Mérida: desacuerdo de los historiadores respecto á la fecha de este suceso.—V. Muza en Toledo: la destitución de Tarik.—VI. Muza y Tarik en Almaráz: la batalla de Segoyuela: nuevas noticias del rey Rodrigo.—VII. La campaña de Abdalaziz en Andalucía: represión de las sublevaciones de Beja, Ilipula y Sevilla: probable inteligencia de los insurrectos de Andalucía con el conde Teodomiro.—VIII. Expedición de Abdalaziz á Murcia y Orihuela: el ardid de Teodomiro y la caballerosidad de Abdalaziz.—IX. El reino tributario de Tadmír.

I

Muza ben Nosayr, celoso de la fama de su subalterno, ⁽¹⁾ cuyas glorias quería eclipsar tomando parte directamente activa en la conquista de España; movido tal vez por la ava-

(1) Mr. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, páginas 51 y 52: ed. citada.

ricia, ⁽¹⁾ ó solamente acudiendo al llamamiento de Tarik, ⁽²⁾ había atravesado el Estrecho en una escuadra que dirigía Mohamed, hijo de Aus, durante el mes de Junio del año 712 (Ramadhan del 93 de la Hégira) ⁽³⁾, dejando encomendado el gobierno de África á su hijo Abdalaziz y desembarcando en las playas de Algeciras con un ejército de dieciocho mil soldados, ⁽⁴⁾ de ellos diez mil ginetes y ocho mil infantes, entre los cuales venían acompañando al anciano walí sus dos hijos menores, Abdelola y Meruan, varios ilustres yemenitas y una multitud de árabes medineses, descendientes de aquellos «defensores», que hicieron causa común con Mahoma después de la Hégira, y que más tarde, á consecuencia de las luchas civiles, oprimidos, vejados, blanco de todo desprecio y de todo ultraje por parte de los sirios, habían tomado el partido de aban-

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXV, pág. 311: ed. citada.

(2) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, pág. 777: ed. citada.

(3) El «Ajbar Machmuá», traducción citada, pág. 28.

Aben Hayyan en Al-Makkari, tomo I, pág. 170.

El Sr. Saavedra («Invasión de los árabes» página 92) dice que Muza se embarcó en Abril de 712.

(4) El P. Mariana dice «doce mil soldados»; el Sr. Morayta «diez mil».

La cifra, que nosotros dejamos consignada, la señalan el «Ajbar Machmuá» y Al-Makkari, y con ella está de acuerdo la expresada por D. Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, pág. 128: ed. citada.

donar su querida ciudad y alistarse en el ejército musulmán de África. (1)

Parece ser que entre los mismos correligionarios del walí no faltó quien le aconsejara que siguiese el camino de Tarik y de consuno acometieran ambos las poblaciones, que todavía no estaban rendidas; pero Muza rehusó pisar las huellas de su afortunado lugarteniente, y mucho más cuando los cristianos que le servían de guías le dijeron:—«Nosotros te conduciremos por un camino mejor que el suyo, en el que hay ciudades de más importancia que las que él ha conquistado, y de las cuales, Dios mediante, podrás hacerte dueño». (2)

Tal vez el sesudo caudillo musulmán, avisado por los witizanos de que muchos caballeros godos habían huido hacia Lusitania, aca-

(1) En el año 682 los medineses habían expulsado de la ciudad sagrada á los omeyas y levantado la bandera de la insurrección frente al califa Yezid. Un ejército de sirios, al mando del feróz y sanguinario Moslín, derrotó á los medineses en la sangrienta batalla de Harra, saqueando á Medina, esclavizando á aquella nobleza religiosa y violando á sus mujeres; y diez años después Haddjadj, gobernador de la provincia, hizo sufrir la infamante pena de marca á muchos venerables ancianos, que habían sido compañeros del Profeta.—Según Burtón, hace pocos años no había en Medina más que cuatro familias de esta procedencia.—Estos kelbies, que con Muza vinieron á España, se establecieron en las provincias del Este y del Oeste, donde su tribu llegó á ser muy numerosa, sin conseguir aquí hallarse al abrigo del odio implacable de los sirios, cuando predominaba en el Gobierno el partido caísí.

(2) «Ajbar Machmuá», trad. citada, pág. 28.

so capitaneados por el rey Rodrigo (cuyo paradero después de la derrota de Wadi-Becca no se había llegado á determinar); tal vez, repetimos, el experto walf africano, se propuso dar una última batida á los elementos de resistencia visigoda, que parecían concentrados en la parte norte de la Provincia de Mérida, entre Duero y Tajo, «sirviéndoles de propugnáculo firme la sierra de la Estrella», donde «conservaron una sombra de monarquía legítima». (1)

II

Decidido, pues, á continuar la ocupación militar de España, invadiendo y sujetando las comarcas por donde Tarik no hubiera pasado, aceptó desde luego la ayuda de los renegados españoles y de los judíos, que le proporcionaron hombres para aumentar su ejército y guías fieles, que (según las crónicas) nunca le engañaron, y que fácilmente le condujeron á ciudades muy importantes, aún no visitadas por los sectarios del Islam. (2)

(1) Fernández-Guerra: «Caída y ruina del imperio visigótico español» página 50.

(2) Entre los españoles que acompañaron y asistieron á Muza en esta campaña, citan los cronistas al Conde Julián.

El P. Mariana dice: «Acudió también el Conde Julián, sea con deseo de ganar la gracia del nuevo capitán y esperar de él mayores mercedes, sea por odio de Tarik y disensión, que resultó entre los dos». («Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXV, pág. 311: edición citada).

Desde Algeciras se dirigió Muza á Medina Sidonia, que sin grandes esfuerzos cayó en su poder, y enseguida puso cerco á Carmona, ciudad antiguamente muy fuerte.

Esta población no cedió con tanta facilidad como Sidonia, y hubiera costado á los árabes gran trabajo conquistarla, si en ayuda de los sitiadores no hubieran venido las malas artes del engaño y de la estratagemas. (1)

Con esto dejó Muza sólidamente establecida una línea militar desde Algeciras por Medina Sidonia, Alcalá, Carmona y Écija hasta Córdoba, desembarazando el camino para asegurar el ataque contra Sevilla. (2)

Más importancia que ninguna otra ciudad de Andalucía tenía Sevilla, población donde «había mucha gente, é moraban los sesudos clérigos, é los buenos caballeros, é los sotiles

(1) El cronista D. Rodrigo Ximénez, cuenta que el Conde Julián fingió que desertaba del campo de los moros por causa de cierta cuestión habida con ellos. Los ciudadanos de Carmona, engañados por las apariencias, recibieronle dentro de los muros por la puerta que se llamaba de Córdoba, y con este embuste se tomó.

El moio Rasis refiere que Carmona no fué tomada hasta que Muza y Tarik se reunieron en Talavera, y que los soldados del Conde Julián entraron en la ciudad, no con la apariencia de desertores del campo enemigo, sinó con trajes de mercaderes, ocultando las armas hasta que estuvieron dentro.

Al-Makkari dice que Muza «mandó á los compañeros de Julián, los cuales, diciendo que eran fugitivos, entraron en la ciudad, y durante la noche abrieron las puertas á la caballería que Muza mandó, sorprendieron la guardia y fué conquistada la ciudad».

(2) Saavedra, «Invasión de los árabes» página 94.

menistriles», según la traducción de la crónica del moro Rasís.

Fué preciso establecer un sitio en toda regla, porque la plaza estaba defendida por buen número de tropas visigodas y custodiada por distinguidos magnates, fugitivos estos y aquellas de la catástrofe de Wadi-Becca, del desastre de Écija y de otras poblaciones tomadas por Tarik y por Muza.

Pero el terror, el ciego fatalista presentimiento de la desgracia, ofuscaba el ánimo y entorpecía la acción de aquellas tropas desmoralizadas y de aquellos capitanes aturridos y sin prestigio, que no hallaban para sus desdichas militares otro paliativo que la capitulación ó la fuga. Cuando los unos buscaron en esta su salvación, los que quedaron en la ciudad apelaron á las vergonzosas negociaciones de la entrega, y Sevilla cayó en poder de los árabes, capitulando sin dejar huellas de heroico patriotismo, ni recuerdo de sería resistencia. (1)

(1) El P. Mariana dice que: «perdida la esperanza de poderse tener los de dentro, secretamente huyeron, y los moros apoderados de ella, la entregaron á los judíos, para que juntos con los moros, morasen en ella». («Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXV, página 312: ed. citada).

Don Modesto Lafuente escribe que esta ciudad «capituló después de un mes de resistencia». («Historia general de España», tomo II, parte II, libro I, cap. I, pág. 129: ed. citada).

Don Miguel Morayta refiere que Sevilla se entregó «después de un

Muza encomendó á su subordinado Isa ben Abdala la custodia y el gobierno de la ciudad, ⁽¹⁾ y llevando consigo rehenes, dirigióse á la Lusitania, á donde buena parte de los emigrados de la Bética occidental había acudido, según ya hemos indicado. ⁽²⁾

Tampoco en Beja (Pax Julia) debieron encontrar grandes dificultades los árabes, puesto que no consta que los moradores de esta población librasen combate alguno de importancia para defenderla. Lo que sí parece probable es que capitulase pronto y en buenas condiciones, dado que «en adelante vivió en ella gran número de cristianos», según escribe un antiguo y reputado historiador. ⁽³⁾

sitio de muchos días». («Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, pág. 777: segunda edición).

Mr. R. Dozy consigna que «fué preciso sitiarla *durante muchos meses* antes de que se rindiera». («Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 52: ed. citada).

El «Ajbar Machmuá» cuenta que «*después de algunos meses de sitio*, fué conquistada, con la ayuda de Dios, huyendo los cristianos á Beja». (Traducción citada, pág. 29).

(1) Dice Al-Makkari: «Muza reunió á los judíos en la alcazaba, dejó con ellos algunos soldados y siguió desde Sevilla á Fuente de Cantos (Lafont) y Mérida».

(2) El cronista D. Rodrigo Ximénez escribe: «Ipse antem (Muza) captam Hispalim, de judæis et arabibus populavit, et inde ivit Bejam et cum dispendio simili occupavit».

(3) En el mismo año hubo en Beja una sublevación contra los árabes; pero tal rebelión no debió ser muy eficazmente secundada por el vecindario, á juzgar por la facilidad con que fué reprimida.

III

Donde Muza halló una vigorosa resistencia fué en Mérida, la población más importante de la Lusitania, que con su hermoso puente, alcázares y monumentales templos, conservaba el sello de la antigua majestad, que la distinguió en tiempo de los romanos, aunque en los últimos trastornos había padecido mucho, llevando reciente luto sus principales familias por el gran número de guerreros convecinos, que habían perecido en Wadi-Becca.

Esto no impidió, sin embargo, que se apresurasen con vigor á la lucha y salieran animosos á detener el paso de los musulmanes, que ansiosos de dominar tan gran ciudad marchaban decididos á enseñorearse de ella á todo trance.

El primer choque fué á campo raso, y aunque en él perecieron muchos islamitas, el buen orden de sus filas y la acertada dirección del entendido walf africano pusieron en fuga á los españoles mientras los árabes se aproximaban á la ciudad, comenzando de esta manera el cerco, que prometía ser largo y porfiado.

Cuentan los cronistas árabes que, al acercarse á Mérida y divisar sus altas torres, sus

baluartes y su extenso y hermoso caserío, exclamó, el anciano caudillo kelbí:—«Parece que de todo el mundo se juntaron gentes para fundar este pueblo. ¡Dichoso quien fuese señor de él!»

La altiva respuesta, que los sitiados dieron á su primera intimación, le confirmó en el temor de que el asedio iba á ser dificultoso y prolongado. Comprendiéndolo así, envió órdenes á su hijo Abdalaziz para que de África viniera en su ayuda con cuanta gente de guerra pudiera reunir, probablemente más que para auxiliarle en el cerco para atender con alguna holgura á las necesidades de la conquista en otros puntos de la península.

Las salidas de los sitiados eran frecuentes, atrevidas y verdaderamente heróicas; y la lucha, diaria y porfiada. Los de dentro peleaban con la fuerza que presta la no resignada desesperación; los de afuera, con los alientos que nacen de la confianza en el triunfo.

Con esto los defensores de Mérida iban perdiendo en fuerza material lo que en justo prestigio guerrero y fama de patriotas alcanzaban; pero también los sitiadores sufrían grandes pérdidas y quebrantos, quedando tendidos para no levantarse jamás los cuerpos de muchos distinguidos oficiales musulmanes.

Muza apeló á la estratagema; que el enga-

ño consigue muchas veces lo que la fuerza es impotente para alcanzar.

Contando con la bravura y temeridad de los sitiados, les preparó una celada. Aprovechando la intensa oscuridad de una noche, escondió un buen número de soldados de caballería en una especie de caverna, formada en la oquedad de una antigua cantera no muy lejana á la muralla, y á la mañana siguiente avanzó, como de costumbre, hacia la ciudad con las tropas del campamento. Las de Mérida acudieron presurosas á aceptar el reto, con que tan de cerca se les desafiaba: los árabes fingieron ceder y comenzaron á retirarse mientras los españoles, envalentonados, se dejaron arrastrar por su imprudente entusiasmo, persiguiendo á los musulimes hasta más allá de la cantera, donde en acecho se hallaban los guerreros escondidos durante la noche anterior. Salieron estos de improviso, atacando por retaguardia á los sitiados en tanto que las tropas batidas en retirada hacían alto y se volvían con fiero empuje contra los sorprendidos mericanos, que en gran número perecieron allí horriblemente atropellados y cubiertos de heridas. (1)

(1) El «Ajbar Machmua» lo cuenta así: «En tanto descubrió Muza una cantera de piedra, en la cual ocultó por la noche infantería y caballería, y al día siguiente, al amanecer, cuando fué contra ellos, y salieron á rechazarle, como el anterior, atacáronles los musulmanes que

No desmayó por eso el ánimo esforzado y varonil de los defensores de Mérida. Al contrario, poco tiempo tardaron en vengar con sangre árabe la celada, de que fueron víctimas sus compatriotas y convecinos.

Habiendo ocupado los musulimes una de las torres de la ciudad, los meridianos la atacaron con arrojo, tomáronla por asalto, y acuchillaron con tanta saña á los de dentro que «ni uno solo de los musulmanes, que la defendían, quedó vivo». Los árabes designaron desde entonces aquella torre con el nombre de «Torre de los Mártires» (1)

IV

Quando el desaliento comenzó á cundir en

estaban emboscados é hicieron en ellos una gran matanza, refugiándose los que escaparon en la ciudad, que era muy fuerte, y tenía unas murallas como no han hecho otras los hombres».—Trad. citada, página 29.

(1) Según la tradición árabe, el suceso ocurrió de esta manera: «Por espacio de algunos meses continuó el cerco hasta que fabricaron los musulimes una máquina para acercarse al muro, y cubiertos con ella llegaron á una de las torres, de la cual arrancaron un sillar; más encontraron con el hueco de un macizo, que en lengua española se llama *laxamaxa* (argamasa), que resistía á sus barras y picos, y mientras se hallaban ocupados en este trabajo, cargaron sobre ellos los cristianos, y perecieron los musulmanes bajo la máquina, por lo cual la torre se llamó de los Mártires, nombre que aún hoy día conserva, aunque son pocos los que saben esta anécdota».

Esto dice el anónimo escritor árabe del siglo XI, que coleccionó las mejores tradiciones. Posteriores y autorizados cronistas reproducen el relato casi en los mismos términos.

Mérida fué al saberse la entrada en España de Abdalaziz con siete mil ginetes y cinco mil peones berberiscos. (1)

Entonces la idea de capitular se apoderó del pensamiento de los defensores de la ciudad, que sin embargo continuaron resistiéndose con heroísmo hasta que, apurados todos los recursos, enviaron parlamentarios á tratar de la paz; pero hubieron de formular condiciones tan ventajosas para los de la ciudad que Muza las rechazó, y los mensajeros regresaron sin haber conseguido la solución relativamente favorable, que gestionaban.

No tardaron en volver al campo árabe con pretensiones menos altaneras, y al fin la necesidad les condujo á allanarse con las exigencias del walí, que impuso la entrega de todas las armas y caballos; de los bienes de los ciudadanos muertos en los combates del cerco, de los fugitivos y de los que después de la rendición se retirasen á otras partes, conservando sus propiedades los que permaneciesen en la ciudad adaptándose á la nueva administración musulmana; de las rentas y alhajas de las iglesias, la mitad de las cuales (de los templos) conservarían el culto cristiano, siendo las restantes destinadas al islami-

(1) Don Modesto Lafuente consigna este número; el Sr. Morayta, *siete mil berberiscos*.

ta; y de los rehenes tomados de las ilustres familias, que allí se habían acogido después de la batalla de Wadi-Becca, entre los cuales se encontraba la joven reina Egilona, viuda de Rodrigo. (1)

Las antiguas crónicas fantasean al narrar los incidentes precursores de la capitulación; y (como muestra de tales tradiciones) vamos á trasladar aquí la que con ligera alteración en la forma reproducen muchos historiadores musulmanes, al hablar de la embajada emeritense, que salió de la plaza á negociar la paz con Muza:

«Llevados á la presencia de Muza (los embajadores) vieron á un hombre con la cabeza y barba blancas, y como le hablaran de condiciones en que no convenía, no las aceptó y volvieron sin concluir cosa alguna. Tornaron á venir al día siguiente, y le encontraron (á Muza) cuando yá había enrojecido su cabello y barba con alheña (tinte muy apreciado entre los árabes). Admiráronse de ello y les aterró lo que veían, y tampoco pudieron concluir nada. Por fin, viniendo al tercer día, que era la fiesta de Alfitra, le hallaron con el ca-

(1) Don Modesto Lafuente «Historia general de España», tomo II, parte II, libro I, cap. I, pág. 130: ed. citada.

La mayor parte de las crónicas suponen á Egilona *viuda* yá en este suceso.—En la moderna crítica no faltan autoridades respetables que afirman que el rey Rodrigo vivía aún en su pequeño reino lusitano.

bello y barba negros. Volviendo entonces á la ciudad, dijeron á los que había en ella.— ¿Será prudente que resistamos á Profetas que rejuvenecen después de estar canos, (1) pues tenemos el ejemplo de su rey, que se ha vuelto joven de viejo que era?—Y les contestaron los de la ciudad:—Salid y otorgadle lo que os ha pedido. (2)

Convenidas por ambas partes las cláusulas de la capitulación, los árabes hicieron su entrada triunfal en Mérida el día del Fitr del año 94 de la Hégira, que fué el 30 de Junio de 713. (3)

Respecto á esta fecha hay algún desacuerdo entre los historiadores.

El cronista Don Rodrigo Ximenez dice que la entrada de los árabes en Mérida fué en el mismo mes, en que Muza vino á España; pero no distingue si en el mismo año ó en el siguiente. El Padre Mariana escribe que «no se

(1) Bien se echa de ver que tan cándida ignorancia no es compatible con el grado de cultura é ilustración, que sin duda poseían los habitantes de una ciudad tan importante como Mérida.

(2) Aben Adharí, «Historias de Al-Andalus», trad. por Don Francisco Fernández y González.

(3) Don Emilio Lafuente y Alcántara: Apéndices al tomo I, de la *Colección de obras arábigas de Historia y Geografía* publicados por la R. A. de la Historia, páginas 189 y 225.

El Sr. D. Miguel Morayta discrepa muy poco de la opinión sustentada por el docto traductor del «Ajbar Machmuá», pues señala la fecha 29 de Junio. («Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, pág. 778: ed. citada.

averigua bastantemente el tiempo en que Mérida se rindió». (1) Don Modesto Lafuente, que «Muza hizo su entrada en Mérida el día 11 de Julio de 712, el día de Alfitra ó de la Pascua, que termina el Ramadhan». (2) Y Mr. Dozy solamente dedica á la conquista de Mérida estas breves palabras: «Mérida opuso también una larga y vigorosa resistencia, pero acabó por capitular el 1 de Junio de 713». (3)

V

Organizados el gobierno y la administración de Mérida, confiados los cargos principales á oficiales y personas distinguidas de la escolta del walf, y acuarteladas para la guarnición de la plaza algunas tropas escogidas, sin dejar de utilizar en primer término los buenos servicios de los judíos y en segundo los de los cristianos, que se mostraban adictos, Muza se dirigió á Toledo en los últimos días de Julio. (4)

No aguardó Tarik en la antigua Corte visigoda á su jefe, sinó que para más honrarle

(1) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXV, pág. 312: ed. citada.

(2) Don Modesto Lafuente, «Historia general de España», tomo II, parte II, libro I, cap. I, pág. 130: ed. citada.

(3) Mr. R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo II, pág. 52: ed. citada.

(4) A fines de Xawel dicen las crónicas árabes.

salió hasta Talavera, donde ambos caudillos se avistaron. (1) El berberisco apeóse respetuosamente de su caballo tan pronto como estuvo cerca del anciano walí, y la entrevista fué desagradable y aun humillante para el vencedor de Wadi-Becca.

Algunos historiadores dicen que en esta conferencia la cortesía disimuló la violencia de las pasiones, y que «las muestras de amor y de amistad fueron grandes» aunque «los corazones no estaban conformes; porque la envidia aquejaba á Muza y el miedo á Tarrík». (2) Pero otros refieren que era tan grande el enojo de Muza que no pudo contenerse al contemplar delante de sí al que antes fuera su protegido y ahora la suerte y prosperidad de las armas había trocado en rival; y que, sin respetar sus servicios ni su alta categoría, hubo de azotarle el rostro con su látigo. (3)—«¿Por qué has desobedecido (le dijo) mis órdenes, exponiendo al acaso el éxito de nuestra empresa y comprometiendo temera-

(1) «Algunos dicen (observa Al-Makkari, tomo I, pág. 171) que Muza desde Mérida se dirigió á Galicia, pasó allá por un desfiladero que tomó su nombre, y recorrió aquel país, hasta encontrar en Astorga á Tarrík».

En el párrafo VI del presente capítulo ampliamos esta indicación con la opinión del Sr. Saavedra.

(2) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXV, pág. 313: ed. citada.

(3) «Ajbar Machmuá», trad. citada, pág. 30.

Al-Makkari, tomo I, pág. 171.

riamente el éxito del Islamismo en esta tierra?» Tarik inclinó humildemente la cabeza, tratando de disculpar su desobediencia con el acuerdo del consejo de su estado mayor, contestando por último á las desabridas objeciones de su jefe:—«Mi deseo fué servir á Dios y al Califa: mi conciencia me absuelve, y confío en que nuestro soberano, á cuya justicia me acojo, ha de absolverse también». (1)

Yá en Toledo, el conquistador de la imperial ciudad hizo entrega de gran parte del riquísimo botín, que había recogido en su campaña, y (entre otros objetos preciosos) de la famosa *mesa de Salomón*, que, falta de un pié, entregó á Muza. (2) Interrogado Tarik por esta falta, contestó: «Así he hallado la mesa». (3)

El envidioso yemení no quiso soportar por más tiempo la rivalidad de su antiguo cliente, y en nombre del califa le destituyó del

(1) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, pág. 779: ed. citada. Con pequeña diferencia en la forma, relatan la entrevista de la misma manera Don Modesto Lafuente, Mr. R. Dozy y la mayor parte de los historiadores modernos.

(2) Tarik había arrancado y guardado el pié que faltaba, astucia previsora, que llegó á serle muy útil cuando en unión de Muza compareció ante el califa Walid algún tiempo después.

(3) «Muza dispuso que se le hiciese otro pié, y se le hicieron de oro, que estaba muy lejos de parecerse á los suyos, más dijeronle que no se podía hacer mejor, por lo cual le dejó así». (Al-Makkarí, tomo I, pág. 171).

mando, ⁽¹⁾ nombrando en su lugar á Moguits Ar-Romí, que tuvo la generosa pero inútil hidalguía de abogar con buenas razones en favor de la censurada conducta del exonerado caudillo.

Este choque personal entre los dos caracterizados generales musulmanes, entre Muza y Tarik, berberisco éste, árabe aquél, es la primera manifestación de la rencorosa antipatía, con que las dos razas habían de perturbar en lo sucesivo la paz dentro de los dominios del islamismo en nuestra patria.

VI

En una nota del párrafo anterior dejamos apuntada la observación de Al-Makkari referente á la ruta seguida por Muza después de la toma de Mérida, y ahora vamos á consignar aquí (que bien merece párrafo aparte) lo que sobre este punto especial hallamos de más relieve en la crítica moderna.

Cree el docto académico D. Eduardo Saavedra que no fué en Talavera, sinó en Almaráz, donde Tarik esperó á Muza, obedeciendo las órdenes de un movimiento de concentración, dispuesto por el walí de Al-Mogreb, con

(1) Algunos autores suponen que además le encarceló. Aben-Abdelhaquem de Egipto dice en su historia de la Conquista de África y España. (Trad. de J. H. Jones): «Muza ben Nozair aherrojó á Tarik y le encarceló, y quería matarle».

los propósitos que luego pasa á relatar tan erudito é inteligente crítico; ⁽¹⁾ el cual entiende que el prudente musulmán no quiso llegar á Toledo dejando á su espalda el peligro de una vigorosa reacción patriótica, que fácilmente pudieran organizar los fieles del rey Rodrigo, fugitivos de Mérida y encastillados «en las intrincadas revueltas de la Sierra de Francia, que por la de Gata se une á la de Estrella en Portugal, y con la de Bejar se relaciona por la profunda cortadura en cuyo fondo lleva el Alagón sus aguas al Tajo.»

Añade el Sr. Saavedra que, fijado Almaráz como el sitio donde se encontraron Muza y Tarik, «no hay más remedio que admitir algún plan estratégico, pues no andaría este último con toda su gente 150 quilómetros sólo como demostración de respeto al superior, á quien un año entero tuvo quieto delante de Mérida, sin pensar en hacerle una visita, ni prestarle ayuda con sus tropas,» y que, reunidos los ejércitos de ambos caudillos al mando de Muza, este tomó la vía romana de Mérida á Salamanca, sentando sus reales en el punto de intersección de este camino con el de Alba de

(1) Saavedra, «Estudio sobre la invasión de los árabes en España,» páginas 98, 99, 100, 101 y 102.—Para decidirse á aceptar el nombre de Almaráz se funda en la interpretación de algunos pasajes del Embajador marroquí (cr. ar., 193), el Ajbâr Machmûâ (cr. ar. I, 18) y D. Rodrigo Ximenez (III, cap. XXIV).

Tormes á Ciudad-Rodrigo, : dejando hasta el día memoria de su nombre en el de Valmuza, conservado por el río que nace en aquellos parajes.» Prosigue el sabio escritor suponiendo que la hueste árabe, ya con el objeto de talar los campos próximos á la sierra, ya con el intento de apoderarse de Miróbriga y esterilizar desde este punto la acción estratégica de los godos, «marchó por los suaves declives, que tras las vertientes septentrionales riegan las primeras aguas del Huebra, y que *saliendo Rodrigo por el puerto de Rinconada para efectuar un ataque de flanco, se trabó frente á Segoyuela de los Cornejos, cerca de Tamames, la decisiva pelea en que el combatido rey perdió libertad y vida á manos de Meruan, hijo de Muza,*» (1) siendo el cuerpo del infeliz monarca piadosamente salvado por los godos, que, trasponiendo las cimas de la próxima sierra de la Estrella, le enterraron en Viseo.

Los principales argumentos respecto á la existencia del pequeño reino godo de Lusitania y del breve reinado de Rodrigo allí, después de la derrota de Wadi-Becca, se hallan en el interesante estudio crítico del sabio académico Don Aureliano Fernández-Guerra, ti-

(1) El Sr. Saavedra atribuye esta hazaña á Meruan, fundándose en el relato de Aben Cotaiba, cr. ar., II, 156; y el nombre de *Segoyuela* en textos del moro Rasis y del *Faltho-l-Andaluci*.

tulado «Caida y ruina del imperio visigótico español», de cuya notabilísima obra venimos haciendo frecuentes referencias.

El Sr. Fernandez-Guerra sostiene que «Don Rodrigo y muchos caballeros leales huyeron hasta Lusitania; y en la parte boreal del Ducado de Mérida, entre Duero y Tajo... conservaron una sombra de monarquía legítima, hasta que subyugada Mérida por Muza ebno Noceir, á 30 de Junio de 713, quedó á merced de los Sarracenos lo más granado y rico de la provincia». (1)

El rey Rodrigo (según el mismo autor) (2) había sido aclamado y reconocido por soberano en Idaña tan luego como pudo organizar la resistencia en el áspero territorio del Tajo al Duero, fijando su corte en Viseo, donde poco más de siglo y medio después, el rey de Asturias y León, Alfonso III el magno, el gran caudillo de la reconquista cristiano-nacional, digno antecesor de los conquistadores de Toledo y de Córdoba, cuando fué en persona á repoblar esta famosa ciudad portuguesa, entonces destruida, halló la sepultura (según cuenta en su *Crónica*) (3) del desdichado mo-

(1) «Caida y ruina del imperio visigótico español» pág. 50.—En las siguientes aduce el autor muchas consideraciones en defensa de su tesis, desenvueltas con la erudición y el talento, que dentro y fuera de España reconocen todos los estudiosos en tan ilustre crítico.

(2) «Caida y ruina, etc.», pág. 57.

(3) Alfonso III, «Chronicon», 7.

marca godo, en una basílica próxima á la ciudad, y escrito en el mármol este letrero:

«HIC REQUIESCIT RUDERICUS
REX GOTTHORUM»

Entre los argumentos, en que se funda el señor Fernandez-Guerra, no es el de menos peso la existencia de una medalla de oro que se conserva en el gabinete del rey de Portugal (el triente aureo de *Egitania*) y que parece haberse labrado en el año 712, con el busto figurado de Rodrigo en el anverso y este epígrafe: «*rey en el nombre de Dios*». (1)

VII

Mientras Muza sostenía el largo cerco de Mérida y más tarde tenían lugar, en Toledo y entre los dos caudillos musulmanes, las escenas de personal antagonismo, que acabamos de relatar, Abdalaziz realizaba por Andalucía y Murcia una brillante campaña.

En primer término, cumpliendo las órdenes del anciano walí, dirigióse á reprimir y castigar con mano fuerte la rebelión de varias poblaciones andaluzas, que mal avenidas con la nueva dominación ó excitadas por algunos fugitivos godos, errantes por las escabrosidades de los montes mariánicos y penibéti-

(1) Algunos críticos, también modernos, como el Dr. Dahn, Profesor de Konisberg, declaran *dudosa* esta medalla, y *falsa* la inscripción sepulcral.

cos, se habían levantado en armas contra el poder árabe, sorprendiendo y asesinando las guarniciones de Beja, Ilípula y Sevilla. En esta última ciudad habían acuchillado ochenta soldados musulimes. (1)

Los sublevados de Beja huyeron al ver aproximarse las tropas árabes, y la población fué saqueada so pretesto de buscar á los cabecillas de la revuelta. (2) En Sevilla los rebeldes hicieron alguna resistencia, que fué fácilmente contrarestada por Abdalaziz, siendo condenados á muerte los jefes del alboroto y los instigadores del degüello de la guarnición.

Después de este ejemplar castigo pasó á Ilípula, donde hizo grande estrago, «y aun se puede entender que la hizo abatir por tierra, pues de ciudad muy fuerte que era entonces, hoy es un pueblo pequeño llamado Peñafior, puesto entre Córdoba y Sevilla». (3)

(1) El moro Rasis dice que la guarnición de Mérida fué la que acuchillaron los cristianos, y que para hacer esto se juntaron los de Beja, Ilípula y Sevilla con los emeritenses.

(2) En esta ciudad se establecieron entonces varios nobles árabes, entre ellos Abd-el-Chewuar, guerrero distinguido de la escolta de Muza, antiguo jefe de estado mayor, y tronco de los *Beni Zahra* de Sevilla.

(3) El P. Juan de Mariana, «Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXV, pág. 313; ed. citada.

Además del nombre de *Illípulæ* (montes de la cordillera penibética), hay en la Geografía histórica de España varias *Ilípula* en la Bética, entre ellas *Hípula Halos* (Loja). Pero creemos que la población subleva-

Es de suponer que la sublevación de estas tres ciudades obedeciera á un vasto complot fraguado por algunos magnates, que tal vez estuvieran en relación y acuerdo con Teodomiro, el cual por entonces se hallaba dominando una extensa comarca sobre las cuencas del Jucar y del Segura, de cuyo país se había hecho proclamar rey.

Desde luego llamaría la atención la temeridad de los revoltosos de Sevilla, Beja é Ilípula, si el hecho fuese aislado y no contasen con otros recursos ni con otra ayuda que el ánimo decaído y enervado de los ciudadanos de la Bética; pero todo induce á sospechar que los insurrectos de dichas poblaciones confiaban en el auxilio y cooperación de Teodomiro, y viene á corroborarlo el hecho elocuente de que Abdalaziz no diera por terminada su campaña de pacificación con haber sometido las tres ciudades nombradas, sinó que, sin detenerse y como si tal operación encajese en la unidad de un plan completo de represión, se dirigiera hácia la región que hoy ocupan las provincias de Murcia y Alicante, donde el ex-gobernador de la Bética se mantenía independiente, desafiando con su valor y sus ardidés de guerrillero el poder de los mahometanos.

da no fué ninguna *Ilípula* sinó *Ilípa*, (ciudad de los Turdetanos), dada su posición geográfica y su mayor proximidad á Beja y á Sevilla.

Para asegurar el éxito de la campaña lo primero que hizo Abdalaziz fué apoderarse de Cazlona, punto estratégico importantísimo sobre las comunicaciones con Toledo y el centro de España, y desde donde podía avanzar, siguiendo una excelente vía romana, hacia Murcia y Orihuela.

VIII

Antes de llegar el ejército de Abdalaziz ⁽¹⁾ á la línea orográfica, que separa el nacimiento de los rios Guadalquivir y Segura, ó sus respectivas cuencas, comenzaron á ser frecuentes las escaramuzas de las avanzadas árabes con las guerrillas españolas, que (como las de Cazlona) esperaban á sus adversarios en lo alto de los desfiladeros para mejor y más impunemente estorvar su paso, debilitar su energía y mermar su número.

Repetidísimos fueron los encuentros en que musulmanes y cristianos pelearon en detalle sin llegar á formalizar una batalla campal, que Teodomiro rehuía para no exponer su mal pertrechada gente al embate de la caballería árabe, siguiendo el sistema de guerrilla, que tan famosos hizo siglos antes á los soldados de Viriato, y mediante cuyo proce-

(1) Acompañaban á Abdalaziz algunos jóvenes pertenecientes á las más distinguidas familias yemeníes, como Othman, Edrís y Abulcacim.

dimiento de lucha y defensa las tropas islamitas se vieron obligadas algunas veces en esta campaña á volver la espalda al enemigo, práctico en el terreno y conocedor de los pasos difíciles, donde la emboscada de unos pocos impacientaba, dañaba y detenía la marcha de muchos.

Sin embargo, Abdalaziz avanzaba entre aquellas asperezas á fuerza de constancia y de precauciones, combinando los movimientos de su ejército con tal habilidad y destreza que Teodomiro se vió forzado á replegarse hacia Murcia, siendo sus huestes alanceadas y dispersas por los escuadrones musulmicos en los entonces áridos campos de Lorca y Orihuela.

En esta última ciudad buscó refugio el caudillo godo con un corto número de sus soldados, y no tardó en presentarse ante sus murallas el valiente y caballeroso hijo de Muza.

El godo no contaba dentro de la fortaleza con guarnición suficiente para la defensa de la plaza, pero «como ome cuerdo é entendido (dice la crónica) fizo á las mujeres cercenarse el cabello á guisa de varones, é mandólas traer armas, las cuales eran cañas en sus manos, á manera de lanzas», y distribuyéndolas sobre el adarve entre el escaso número de hombres, de que podía disponer, dió á la muralla el aspecto de una fortaleza conve-

nientemente guarnecida y dispuesta á larga resistencia. (1)

Asombrado dicen que se quedó Abdalaziz al contemplar tan gran número de guerreros entre las almenas de Orihuela; mas no por eso desistió de apoderarse por la fuerza de la ciudad, cosa que hubiera realizado, á no mediar negociaciones de capitulación hábilmente propuestas por un mensajero de los defensores y generosamente otorgadas por el general islamita.

El texto del tratado, conservado por el historiador árabe Dhabbí y traducido por varios orientalistas dice así:—«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Abdalaziz ben Muza, para Tadmir ben Gobdos: (2) séale otorgada la paz, y sea para él una estipulación y un pacto de Dios y de su Profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á él ni á los suyos: que no se les desposeerá ni alejará de su rei-

(1) Sea, ó no, una leyenda, tal estratagema se halla repetida algunas veces en la Historia de España.

En Ávila, la famosa heroína Jimena Blázquez, cuatro siglos después, puso en práctica tal ficción, logrando con ella (según los historiadores) hacer desistir á los moros de su intento de apoderarse de la ciudad del Adaja.

(2) Teodomiro *hijo de los godos*.—El Sr. Saavedra cree que no debe interpretarse así. «Yo leo (dice este distinguido crítico) *Ben Gobadus*, ó hijo de Ergobadus, nombre germánico bastante conocido en España.» («Estudio sobre la invasión de los árabes en España», página 87).

no: que los fieles ⁽¹⁾ no matarán, ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán violencia en lo que toca á su ley: ⁽²⁾ que no serán incendiados sus templos; sin otras obligaciones por su parte que las que aquí estipuladas. Entiéndase que Tadmír ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades de Aurariola, Lektant, Elo, Lurkat, Mola, Bukesaró y Valentila: que él no tomará las nuestras, ni auxiliará, ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos; que él y los suyos pagarán un dinhar ó aureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite: los siervos pagarán la mitad».—Signaron el presente rescripto Otman ben Abí Abdah, Habid ben Abí Obeidad, Edrís ben Maicera y Abulcacin el Moceli. ⁽³⁾

(1) Sabido es que los creyentes de cada religión se llaman *fieles* á sí propios, é *infieles* á los que no comulgan en sus mismas creencias.

(2) Entiéndese esta palabra en el sentido de «religión».

(3) La fecha que el documento lleva, es «á cuatro de Recheb del año 94 de la Hégira (6 de Abril de 713); y siendo exacta esta fecha, no podría serlo la de la entrada de Muza en Mérida, que dejamos apuntada en el párrafo IV del presente capítulo, sinó hubiéramos dejado sentado (lo cual es muy verosímil) que Abdalaziz recibió de Muza la orden de acudir á sofocar la insurrección de Andalucía, y atacar á Teodomiro, bastantes meses antes de que se entregase la célebre ciudad lusitana al walí africano.

Á pesar del anacronismo que resulta, autores muy justamente re-

IX

Convenidos y aceptados los términos del anterior tratado, Abdalaziz (dicen las crónicas) quiso conocer al Conde Teodomiro, y apenas hubo acabado de formular tal deseo, cuando el embajador que había gestionado la capitulación, manifestó que él era el mismo Teodomiro, que se había valido del incógnito para defender mejor los intereses de *su reino*.

Encaja bien en el carácter caballeresco de los árabes la cordial acogida, que en su campamento dispensaron á Teodomiro. Los dos jefes, enemigos hasta entonces, fraternizaron en las expansiones cortesés de un espléndido banquete, y allí quedó sellada la amistosa alianza, que resultó sólida y duradera, nacida de tan romancesca sorpresa.

Mayor aún fué la que experimentaron al día siguiente Abdalaziz y su oficial Otman con motivo de su afectuosa visita á la ciudad. Allí se enteraron de la ingeniosa estratagema, que les hizo creer bien defendida y guarnecida la plaza, en cuyo recinto solamente un corto número de soldados tenía alojamiento. Pero estos hábiles engaños no produjeron en el noble corazón de Abdalaziz la menor inclina-

putados incurren en él, suponiendo que Abdalaziz emprendió su campaña después de la rendición de Mérida.

ción á modificar las conclusiones del tratado, y Teodomiro quedó ejerciendo pacíficamente su poder en las siete ciudades de Aurariola (Orihuela), Valentila (Alcantarilla ⁽¹⁾), Lekant (Alicante), Elo ó Ello (Monte Arabi), ⁽²⁾Lurkat (Lorca), Mola (ruinas de Villaricos, en la orilla izquierda y á la desembocadura del rio Al-

(1) Saint-Hilaire, Romey, Conde y Lafuente creen que esta *Valentila* es la actual Valencia. No opina así D. Aureliano Fernández-Guerra en su «Discurso de contestación» al de recepción en la Real Academia de la Historia de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, criterio que sigue y consigna en su «Historia general de España» el señor Morayta.

El Sr. Fernández-Guerra sitúa *Valentila* en Acci (Guadix), á lo que se opone la situación geográfica de esta última ciudad. Todas las poblaciones, que menciona la capitulación de Teodomiro, están próximas, entre sí y en una región perfectamente determinada, menos *Valentila* en el caso de colocarla en *Guadix*, pues mediaría entre ella y la más cercana una distancia de 150 kilómetros, en cuyo trayecto se alzan sierras elevadísimas, que hacen difícil el que formara con las restantes ciudades un Estado independiente ó autónomo.

Nosotros seguimos la opinión del Sr. Saavedra, que dice: «Me parece que á esta población (*Valentilla*) corresponden los vestigios de antigüedad, que se ven al rededor de *Alcantarilla*, á 15 kilómetros de Murcia, en la confluencia con el Segura, del antiguo cauce, hoy borrado, del Sangonera. A este rio se le llamaría *Guadi-Valentilla*, contrayendo después la palabra en *Guadalentin*.»

(2) Esta palabra del texto de la capitulación (texto publicado primeramente por Casiri, y recientemente en facsímile por el docto arabista y catedrático Sr. Codera) ha sido objeto de gran variedad de interpretaciones. Casiri entendió *Ota*; Borbón, *Atzi*; Simonet, *Eyyo*, y Fernández-Guerra, *Elo*. El Sr. Saavedra difiere de todos y traduce *Anaya* población correspondiente á la antigua *Thiar* del itinerario romano «cerca del convento arruinado de San Ginés, término de San Miguel de Salinas, donde subsiste el nombre en las Cuevas de Anaya, sobre la raya misma de la provincia de Murcia».

manzora) y Bukesaró (Campo de Bujegar); (1) cuya jurisdicción se extendía desde Cartagena hasta Alicante y desde Chinchilla y Segura hasta la Sierra-Magina, cerca del Guadalbullón, y cuya existencia política como estado independiente (pero aliado y tributario de los árabes) se mantuvo durante todo el reinado de Teodomiro, que murió el año 743, y el de su sucesor Atanildo, que vió confirmada su soberanía por el entonces califa de Damasco. El cisma político de Damasco, al dar vida al Califato de Córdoba, puso término al *estado de Tadmír*, como llamaban los árabes á este pequeño reino, que yá había desaparecido en tiempo de Abderrahman II, puesto que este califa concedió, en calidad de señorío á su tío Abdallah las ciudades mencionadas. (2)

Abdalaziz dió término á esta campaña retrocediendo hasta Baza por Sierra Segura, tomando á Jaen, entrando en Garnathat (judería ó arrabal israelita de la antigua Illiberis), posesionándose de Antequera y ocupando Málaga, donde puso término á su ex-

(1) Cerca de *Cehegin*, según el Sr. Fernández-Guerra («*Deitania*», Boletín de la Sociedad Geográfica, Madrid).

(2) En esta parte de la expedición de Abdalaziz hemos atendido las noticias de Isidoro de Beja, «*Chronicon*», 38 y 39; D. José Antonio Conde, «*Historia de la dominación de los árabes en España*», Lafuente (D. Modesto), Morayta (D. Miguel) y las indicadas observaciones de D. Aureliano Fernández-Guerra.

pedición, dejando sometidas las comarcas, que recorrió, y en todas ellas el buen recuerdo de su caballeresca tolerancia; de aquella simpática indulgencia para los españoles, que había de suscitar más tarde los recelos de sus propios correligionarios, y armar fanáticamente su brazo asesino contra el noble hijo de Muza.

CAPÍTULO VII

LA SUMISIÓN DE ESPAÑA

- I. Misión al Califa y rehabilitación de Tarik: nuevo plan de campaña: capitulación de Zaragoza.—II. Abdalaziz en Andalucía: itinerarios de Tarik y de Muza después de la rendición de Zaragoza: manifiesta rivalidad entre ambos generales.—III. Llamada de Muza y Tarik por Al-Walid.—IV. Muza y Tarik en Damasco: opiniones de los historiadores acerca de la suerte posterior de estos dos caudillos.—V. Abdalaziz, walí de España: extensión de la conquista árabe en la península: las primeras monedas hispano-musulmanas.—VI. Conducta de los godos, del pueblo hispano-romano y de la raza judía durante la conquista.—VII. Entusiasmo guerrero-religioso de los musulmanes.—VIII. Espiritu tolerante de los árabes en la conquista.—IX. Elementos de reconquista nacional y cristiana, que se vislumbran al terminar la conquista de España por los árabes.**

I

Dispuesto Muza á invernar en Toledo después de haber recibido las satisfactorias nuevas de la campaña de Abdalaziz por el Sur y el Este de la península, determinó enviar á Damasco una misión con el objeto de referir

minuciosamente al soberano islamita los sorprendentes éxitos de las armas musulmanas en nuestra patria, y someter á su sanción los convenios y pactos celebrados con los traidores auxiliares españoles, que le habían ayudado en la conquista. El anciano Ali ben Rabah ⁽¹⁾ y el aguerrido Moguits Ar-Romí fueron los emisarios encargados de llevar el mensaje de su jefe á Al Walid.

La destitución de Tarik había sido oportunamente comunicada al califa de Damasco; pero este no aprobó el castigo impuesto por Muza á su lugarteniente, sinó que, por el contrario, deseando utilizar en servicio del Islamismo la gloriosa espada del caudillo berberisco, dió órdenes terminantes para que fuese sin demora restituido en su cargo con todas las prerrogativas anejas al mismo. ⁽²⁾ La alegría del ejército fué grande al saber la noticia, y el mismo Muza mostró aparente satisfacción al cumplir el mandato del califa, fingiendo una reconciliación sincera con su antiguo cliente. Sin embargo, la rivalidad y la antipatía de raza pronto habían de volver á manifestarse sin rebozo.

La restitución de Tarik al mando de sus tropas, la terminación de la campaña de Ab-

(1) Era un *tabí* (discípulo de los primeros musulmanes) de grande autoridad y prestigio entre sus correligionarios.

(2) Véase el *Apéndice F* del presente *Estudio crítico*.

dalaziz en la cuenca del Segura, y en el Sur de la península, y el haberse aumentado considerablemente el ejército mahometano con muchos españoles aventureros, siervos y judíos, además de la gente venida del África, codiciosa de empleos y riquezas, todo esto junto imprimió nuevos vuelos y nueva actividad á la conquista.

Para completar esta, dispuso Muza que las tropas musulmanas emprendiesen una nueva campaña, divididas en tres grandes cuerpos de ejército, que recorriesen la península en todas direcciones, imponiendo el yugo islámica en aquellas comarcas por donde aún no se hubiese paseado triunfante el estandarte de Mahoma. Uno, mandado por Tarik, recorrería el centro y oriente de la península, inclinándose á la cuenca del Ebro; otro, capitaneado por Abdalaziz, renovarfa la campaña en Andalucía, vigilando el Sudeste de España; y el otro á las órdenes del mismo Muza marcharía al Noroeste, sin perjuicio de atender á las demás direcciones, que el desenvolvimiento de los sucesos señalase.

Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, atravesó la Mancha y la Alcarria, y cruzando las sierras de Molina y Segoncia, bajó á la cuenca del Ebro con dirección á *Cesar-Augusta* (Zaragoza), ante cuyos muros hubo de detenerle la hostilidad de sus habitantes.

Muza tampoco descansaba. Abriéndose camino por las abruptas sierras de Ávila y Salamanca, pasó el Duero entrando en los *Campos góticos* (Tierra de Campos), enseñoreándose de *Astúrica-Augusta* (Astorga) y *Legio-Séptima*, ⁽¹⁾ y torció luego hacia el oriente cruzando los ríos *Extola* (Esla) y *Ceia* (Cea), remontando la masa orográfica del *Idubeda* (cordillera ibérica), que separa las cuencas del Duero y del Ebro, y cayendo sobre Zaragoza, cercada á la sazón por Tarik, con quien unió sus esfuerzos para rendirla. ⁽²⁾

La ciudad había resistido obstinadamente, pero á la llegada de Muza se hallaba apurada

(1) León. Algunos suponen que en esta expedición Muza pasó los montes astúricos y llegó hasta *Gegio* ó *Gigia* (Gijón), donde dejó guarnición y gobierno encomendados á un renegado llamado Munuza. El P. Masdeu sostiene que los árabes no llegaron nunca á *Gegio*, y que Munuza no fué gobernador de aquella importante plaza, sino de *Legio* (León). Nosotros no creemos que en esta campaña entraran los árabes en Gijón, pero sí tenemos por seguro que entraron más tarde, y que en ella dejaron por gobernador al famoso Munuza, que D. Modesto Lafuente no cree que fuese un *renegado*, sino el ex-emir Othman ben *Abu-Neza*.

(2) Aben-Hayyan (citado por Al-Makkari, tomo I, páginas 172 y 173) relata de otra manera esta campaña. Dice que «Muza al fin hizo las amistades con Tarik, se manifestó satisfecho de él y le confirmó en el mando de la vanguardia, ordenando que marchase con sus tropas delante de él. Muza emprendió la marcha en pos de él, y subió hasta Aragón, conquistando á Zaragoza y recorriendo sus comarcas. Tarik iba delante, y no pasaban por un lugar que no conquistasen é hiciesen presa de lo que allí había, pues Dios había infundido el terror en el corazón de los infieles, y ninguno les salía al encuentro sino en demanda de paz. Muza iba detras de Tarik, acabando las conquistas comenzadas por éste, y confirmando los pactos hechos con los habitantes».

de víveres y desalentada por la muerte de muchos de sus defensores y la fuga de otros, (1) con lo que se avino á la rendición, mediante las condiciones de ordinario impuestas por los musulmanes en ocasiones análogas, y allanándose además al pago de una fuerte contribución de guerra, que el codicioso walí hizo cobrar sin demora, poniendo á los zara gozanos en el caso de tener que vender, para satisfacerla, las joyas y alhajas de los templos.

Como en las demás poblaciones conquistadas ó rendidas, dejó guarnición islamita, reforzada por voluntarios judíos y renegados, y tomó rehenes entre los jóvenes de las principales familias. El gobierno de la ciudad y su distrito quedó encomendado á Hanax ben Abdalah Asenani, (2) que hizo construir allí en poco tiempo una amplia y suntuosa mezquita.

II

El cuerpo de ejército de Abdalaziz recorrió Andalucía en todas direcciones, reorganizó

(1) Supone la narración de un anciano monge (considerada apócrifa por respetables autoridades críticas) que el obispo Bencio fué uno de los fugitivos, y que, acompañado de algunos clérigos y laicos piadosos, trasladó secretamente algunas reliquias de santos y algunos códices religiosos al monasterio de San Pedro de Tabernas.

(2) Otro *tabí*, precedente de la emigración de los *medíneses*, á que hemos hecho referencia en la nota I de la pág. 179, cap. VI del presente Estudio.

el gobierno de muchas ciudades y en todas partes con el ejemplo de su conducta tolerante atrajo hacia los nuevos dominadores la simpatía de las clases populares más azotadas por el despotismo visigodo y por el desequilibrio de la organización social del imperio.

Tarik, por su parte, continuó desde Zaragoza descendiendo por la ribera del Ebro hasta Tortosa, y atravesando después en dirección al Sur las cuencas del Mijares, del Turia y del Jucar, hasta tocar el límite septentrional del país de Tadmír, el reino tributario, ante cuyas fronteras se detuvo respetuoso al pacto establecido.

En esta parte de su itinerario entró el jefe berberisco en muchas importantes poblaciones, contándose entre ellas Muviedro, Valencia, Játiva y Denia, en todas las cuales observó procedimientos de prudencia y tolerancia con los vencidos, al mismo tiempo que daba muestras de desinterés y equidad con las tropas, repartiendo entre ellas cuanto botín lograba, sin olvidarse reservar la quinta parte de los despojos de la guerra para entregarla al califa, según los preceptos de la ley musulmana.

Esto último le proporcionaba un motivo muy natural para entenderse directamente con el soberano de Damasco, á quien comu-

nicaba el resultado satisfactorio de sus campañas, aprovechando al propio tiempo la ocasión de denunciar y censurar la insaciable codicia de Muza.

Este no ponía nada de su parte para desvirtuar la justa crítica de su rival. (1)

Satisfecho con las exacciones de Zaragoza, prosiguió el caudillo yemení su expedición, entrando sin resistencia en Huesca, Calahorra, Lérida y Rosas. (2) Cambió después la

(1) Mr. R. Dozy («Historia de los musulmanes de España», tomo I, pág. 277), haciendo la biografía de Muza, relata el proceso por malversación, en que se vió envuelto Muza cuando fué recaudador de contribuciones en Bassora, percance de que le salvó su protector el ardiente *kelbi* Abdalaziz ben Meruan, gobernador de Egipto y tío del califa Al-Walid, y añade: «Después de haber conquistado á España, Muza, repleto de riquezas, en el colmo de la gloria y del poder, continuó usurpando la parte del califa. Verdad es que entonces todos hacían negocios con la hacienda pública: lo malo de Muza fué hacer más que otros y no pertenecer al partido dominante».

El partido dominante entonces en Damasco era el *caisi*. Muza era *kelbi*, siquiera por gratitud á su patrono el príncipe gobernador de Egipto.

(2) No creemos que esté suficientemente comprobado que Muza atravesase el Pirineo y llegase hasta Narbona, aunque muchos autores lo aseguran (entre ellos Aben-Hayyan y Al-Hichari, en el *Moshib*). Si, como parece cierto, Muza hizo una excursión por Asturias, Galicia y Lusitania, después de la toma de Zaragoza, no hubo tiempo material para tantas expediciones antes de la salida del walí para Damasco (Noviembre de 713).

«Si Muza (dice el Sr. Fernández-Guerra) soñó en superar las cumbres del Pirineo, esclavizar á Narbona y hacer que bebieran sus caballos en la corriente del Ródano, sus esperanzas se desvanecieron cual humo». — («Caída y ruína del imperio visigótico español», pág. 29).

El Sr. D. Eduardo Saavedra, al ocuparse en las consecuencias de la toma de Zaragoza por los musulmanes, escribe que «tan fácil triunfo

dirección hacia el Sur y ocupó las ciudades de Gerona y Barcelona; y evolucionando seguidamente hacia al occidente, tomó la ruta de Asturias y Galicia, ⁽¹⁾ y llevó sus huestes á Lusitania, donde hizo una extensa correría, recogiendo indemnizaciones de guerra, imponiendo contribuciones extraordinarias, más ó menos crecidas, según las circunstancias (aunque no hay noticia de que las ciudades opusieran una séria resistencia), y «sacando en todas partes muchas riquezas, que no compartía con nadie»; lo cual no era obstáculo para que, al comunicar al Califa el buen éxito de las operaciones militares, se quejase con frecuencia de las que él llamaba prodigalidades de Tarik, y, sobre todo, del mal ejemplo que da-

era muy propio para excitar la ambición de Muza y hacerle soñar con una incursión á través de los Pirineos, para llegar por el centro de Europa hasta darse la mano frente á Bizancio con las escuadras de Siria, fantaseo que algunos escritores han tomado en parte como hecho, suponiendo que había tocado las orillas del Ródano, saliéndose desde allí, no por fuerza de hombres, sino por orden misteriosa de cierto idolo encantado». Y añade (fundándose en textos de Aben-Adhari y de Aben-Cotaiba) que «internóse (Muza) en el país de los vascones... pero cuando sus gentes vieron la pobreza de aquella tierra, cuyos habitantes, por no entender el latín de los demás españoles, les parecían bestias privadas del uso de la palabra, se negaron á seguir adelante y... no quedó más remedio que volverse á Zaragoza». («Estudio sobre la invasión de los árabes en España», páginas 112 y 113).

(1) En esta expedición parece probable que Muza llegase á ocupar á *Lucus Asturum* (¿Lugo de Llanera?), avanzando hasta posesionarse de Gijón, mientras los astures, y los godos fugitivos se reunían en las estribaciones de los Picos de Europa, dispuestos y decididos á resistir la invasión musulmana.

ba á los musulimes con alardes de perturbadora independencia, de que hacía ostentación y gala.

Tales y tan expresivas fueron las recíprocas quejas y recriminaciones de ambos generales, que el soberano islamita, temeroso de que el antagonismo de los conquistadores pudiera hacer peligrar la solidez de la conquista, escribió á los dos jefes ordenándoles que sin dilación compareciesen á su presencia, dejando confiados los respectivos mandos á personas de toda confianza y de verdadero prestigio en el ejército.

III

Tarik entregó el mando de sus tropas á Habid ben Ábi Obeidad; pero Muza, más receloso, ya porque su conciencia le acusase de poca escrupulosidad en el cumplimiento de sus deberes económicos, ya porque temiera las intrigas del partido sirio ó *caisí*, entonces predominante en la corte, y al que pertenecía su rival, desatendió las órdenes de Damasco, ⁽¹⁾ ó por lo menos demoró su cumplimiento.

Cuentan los historiadores árabes que Muza ben Nosair tenía ardientes deseos de explorar

(1) R. Dozy, «Historia de los musulmanes españoles», tomo I, página 277: ed. citada.

la comarca de Galicia, y que hallándose haciendo los preparativos para esta expedición, se le acercó Moguits Ar-Romí, enviado por Al-Walid para intimarle la orden de salir de España y presentarse sin demora al Califa. Profundamente disgustó á Muza esta orden, que destruía sus planes militares «precisamente cuando no quedaba en España (dice un cronista) más comarca que la de Galicia que no estuviese en poder de los árabes»; y, ganando con afectuosas promesas á Moguits, obtuvo de él un plazo para cumplir el mandato de su soberano y que el mismo Moguits le acompañase á Galicia con participación en las ganancias del botín.

Así concertado, «fué con él hasta llegar á los ásperos parajes del Norte; conquistó los castillos de Viseu y Lugo, ⁽¹⁾ y allí se detuvo, mandando exploradores, que llegaron hasta la peña de Pelayo, sobre el mar Oceano». ⁽²⁾ En esta expedición los árabes levantaron fortalezas en los pasos más difíciles, fundaron pueblos estableciéndose en ellos, y recibieron el homenaje de la obediencia de los cristianos, que se avinieron á la paz y al tributo de capitación, con lo cual «el Islam (dice el histo-

(1) Yá nos hemos referido á la ocupación de *Lucus Asturum* en una nota del párrafo II del presente capítulo.

(2) Al-Makkari, tomo I, pág. 174: en los *Apéndices* á la traducción citada del «Ajbar Machmua», pág. 193.

riador (1) extendió su zona por España y disminuyó la de los politeístas».

Un segundo emisario del Califa, llamado Abu Nacr, (2) llegó con más apremiantes órdenes, y Muza tuvo que resignarse á salir de España cuando se hallaba en el colmo de sus victorias y de su poder.

Los dos delegados de Al-Walid, Moguits y Abu Nacr, llegaron á Sevilla con el anciano general yemení, que allí dejó establecido como gobernador de España á su hijo Abdalaziz (3), y juntos partieron para oriente atravesando el Estrecho en Safer del año 95 de la Hégira (Octubre-Noviembre de 713), y cruzando el Norte de África. (4)

Muza llevaba consigo, para que le sirvieran de ostentoso cortejo, cuatrocientos jóvenes de las familias godas más ilustres, (5) (á los cuales

(1) Al-Makkari, tomo I, pág. 175.

(2) El Sr. Gayangos, en la traducción de Al-Makkari sospecha que Abu-Nasri (ó Abu-Nacr) pudiera ser un sobrenombre del mismo Moguits, y por consiguiente que no hubo un segundo emisario, sino que Moguits repitió nuevamente á Muza la orden de abandonar el mando y trasladarse á Damasco.

(3) De los gobiernos de Cairowan, y de Al-Magreb y Tanja, dejó encargados á sus otros dos hijos Merwan y Abdelola.

(4) Lafuente y Alcántara, «Índice cronológico», al tomo del Ajbar-Machmuá.

(5) Refieren las crónicas arábicas que Tarik había querido quitar á Moguits un cautivo muy importante (el gobernador de Córdoba) que éste llevaba como trofeo á Damasco; pero Moguits se negó á complacer á Tarik, y entonces el general berberisco «incitó contra él á su señor Muza ben Nosayr, diciéndole:—Volverá Moguits á Damasco lle-

hizo adornar con diademas), y «muchos tesoros, joyas y muebles preciosos, de indecible valor», entre los cuales se hallaba la famosa mesa de Salomón.

IV

Llegado á la corte de Al-Walid, intentó Muza desvanecer la desfavorable predisposición del Califa y captarse su voluntad con magníficos regalos, pero fué inútil su intento, porque Moguits Ar-Romí y otros compañeros del vencedor del Wadi-Becca acumularon tantas acusaciones contra el codicioso gobernador kelbí, y las pruebas fueron tantas y tan elocuentes, que Muza, expulsado de la audiencia pública, fué condenado á pagar una multa de cien mil mitcales. ⁽¹⁾

Pocos historiadores prescinden de referir

vando uno de los más grandes señores de España, y nosotros no tenemos ningún otro semejante. ¿Qué ventaja vamos á tener nosotros sobre él?—Muza se lo pidió y él lo negó. Entonces Muza se lo arrebató por fuerza. Pero le dijeron:—Si le llevas vivo, Moguits le invocará, y el cristiano no negará: córtale la cabeza; y así lo hizo.

(1) El moro Rasis y otros cronistas la hacen subir á doscientos mil mitcales.

Don Modesto Lafuente dice que, además de ser azotado, «se le castigó teniéndole un día entero expuesto á un sol abrasador».

Mr. R. Dozy, inspirado en nuestras antiguas crónicas y en algunas arábicas, asegura que «pensaba el Califa nada menos que condenarle á muerte, pero algunas personas de consideración, á quienes Muza había ganado á fuerza de dinero, pidieron y obtuvieron su vida.»

en este punto el incidente, más ó menos verosímil, de la célebre *mesa de Salomón*.

Cuenta Abderrahman ben Abdelhaquem, en su *Relato de la conquista de España*, ⁽¹⁾ que «Muza ben Nosair se presentó á Al-Walid ben Abdelmelik, cuando estaba este enfermo, y le dió la mesa. Tarik dijo que él la había conquistado. Al-Walid dijo:—Dámela, y veré si le falta algo,—y habiéndosela dado, comenzó (el Califa) á mirarla, y vió que tenía un pié que no se parecía á los demás.—Preguntadle (dijo Tarik) por él, y si responde alguna cosa que demuestre su sinceridad, será verdad lo que dice.—Preguntóle Al-Walid por el pié, y dijo que había encontrado la mesa de aquella manera; entonces Tarik sacó el pié, que le había quitado cuando la encontró, y dijo:—El Emir de los creyentes verá por esto que digo verdad, y que yo fuí el que la encontré.—Al-Walid le creyó, y dió fé á sus palabras, y le hizo grandes regalos».

No es verosímil, á pesar de la aceptación que goza esta anécdota entre los cronistas, que el mismo Califa presenciase la escena del careo entre Tarik y Muza, porque Al-Walid

(1) Este incidente también se halla en la «Historia de la dominación de los arábes en España» por D. José Antonio Conde, en Al-Makkari y en otros muchos historiadores.

se hallaba á la sazón gravísimamente enfermo, tanto que al poco tiempo falleció.

Tampoco son aceptables las leyendas más ó menos interesantes y dramáticas, que acerca de la suerte de Muza se forjaron por cronistas que olvidaron ó desconocieron la situación y la marcha de los partidos en el Califato durante el siglo VIII. Con la muerte de Al-Walid y la subida al trono de su hermano Suleyman, cayó estrepitosamente el partido caisí, siendo sustituido en la privanza y en el gobierno por el partido kelbí, al cual estaba afiliado Muza, que gozaba de la protección y de la amistad de Yezid, hijo de Mohallah, el omnipotente valido del nuevo Califa.

Puede asegurarse, por consiguiente, que Muza pasó el resto de su vida gozando de la holgura, que le permitía su riqueza, y disfrutando de gran influencia, que le consintió favorecer á sus hijos y clientes ⁽¹⁾. «Sobrado

(1) De muy distinta manera opina el ilustre historiador español D. Modesto Lafuente, que dice que Muza murió en la obscuridad y en la desgracia, y añade: «Parecía destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Anibal y Escipión, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos». («Historia general de España», nota al tomo II, libro IV, parte II, cap. II, pág. 137: ed. citada).

En cuanto á la muerte de Muza, en el cronista Abderrahman ben Abdelhaquem hallamos la siguiente noticia: «Suleyman quiso hacer la peregrinación á la Meca, y mandó á Muza ben Nosayr que se pusiese en camino hacia su país; salió, en efecto, y al llegar á Marbad, murió el año 97 (de la Hégira)».

castigo (escribe un moderno historiador) era para él, conquistador de una parte importantísima de África y de España, vivir alejado de los negocios, precisamente en los momentos en que los suyos ocupaban las más altas posiciones». (1)

En cuanto á Tarik, cuentan los escritores árabes que, cuando el Califa se inclinó á su favor en la disputa con Muza, pensó dar al vencedor de Wadi-Becca el gobierno de España, pero antes consultó el caso con Mo-guits. Este, que yá estaba enemistado con Tarik por el motivo de haberle impedido llevar á Damasco al cautivo gobernador godo de Córdoba, contestó sagazmente al Soberano:—«Si Tarik gobernase en España y mandara decir la azalá hacia el kibláh que él quiera, todos le seguirán sin reparar en heregía», con lo cual dió á entender al Califa que le eran tan adictos que ejecutarían ciegamente lo que Tarik les ordenase, aunque no fuera legal. Tan astuta contestación hizo á Al-Walid variar de propósito.

Poco después, caído el partido caisí, no se sabe que Tarik volviese á ocupar un puesto digno de sus brillantes merecimientos. (1)

(1) Don Miguel Morayta, «Historia general de España», tomo I, libro VII, cap. III, pág. 782: ed. citada.

(2) Al caer el partido caisí, subió al poder el partido kelbí, que tantos partidarios contaba en España por la procedencia yemení de la

V

Abdalaziz, nombrado walf de España por su padre Muza, y respetado en el cargo por el gobierno de Oriente, prosiguió con el general Habid ben Abí Obeidad la obra de su misión de la península, logrando posesionarse de toda ella, excepción hecha de algunos cortos y abruptos terrenos de Cantabria y del Pirineo- á donde se habían acogido muchos fugitivos de Toledo, Córdoba y Zaragoza, y cuyos reducidos y pobres territorios no anheló por entonces someter la vencedora espada del Islam.

Aparte esas escabrosidades cantábricas, ninguna dificultad se opuso al joven emir para dar digno remate y glorioso fin á la obra planteada, emprendida y desarrollada por Muza y por Tarik. Las poblaciones aún no visitadas por los musulmanes abrían de par en par sus puertas cuando á ellas se aproximaban los destacamentos árabes, y les recibían sin odio y sin temor, noticiosos de la conducta noble y generosa, que los islami-

mayor parte de la aristocracia conquistadora. Esto hubiera bastado para impedir por entonces la elevación de Tarik al emirato, si ya no fuera bastante la significación adquirida en Damasco por éste con motivo de su rivalidad con Muza, en la que explotó sus afinidades con la política entonces imperante contra el conquistador de Mérida.

tas observaban en las ciudades rendidas. (1)

La conquista, la sumisión de España, que á las legiones de Roma costó dos siglos de cruenta lucha, acababa de realizarse por el pueblo árabe con pasmosa facilidad.

Es verdad que los antecedentes históricos, que explicados quedan en el capítulo II del presente *Estudio crítico*, habían perturbado y oscurecido el espíritu de nacionalidad en los moradores de nuestro suelo, y que la anarquía en los poderes del Estado y la traición en la aristocracia y en el ejército habían franqueado al enemigo las fronteras y dejado indefensas las ciudades; mas, para completar la explicación de tan sorprendente éxito, es menester también buscar algunas razones en la índole y carácter del pueblo conquistador, en sus excepcionales dotes de raza dominadora, en su acendrado fervor religioso, y sobre todo en el espíritu de tolerancia, que caracterizó los primeros años de la soberanía islámica en nuestro país. (2)

(1) Convienen en ello cronistas é historiadores. Si alguna vez la soldadesca de los berberiscos cometió atropellos, ó excesos reprobados, la excepción no niega la regla general, antes la afirma. En ocasiones, ciertos atentados verdaderamente criminales, que el desenfreno de las tropas comete, son provocados (si no justificados) por la misma índole de la lucha.

(2) Si hubiéramos de continuar este *Estudio* hasta penetrar en los tiempos posteriores á la fundación del Califato de Córdoba, veríamos como cambió radicalmente la tolerancia de los árabes: aunque en el

Evidente prueba de la prudencia y del tacto, que los musulmanes emplearon para asegurar la posesión y el dominio del Islam en nuestro suelo, es la cautelosa manera de insinuar su espíritu religioso en las inscripciones de las monedas acuñadas por Muza ben Nosair, y de las que Tarik ben Ziyed y Mougits Ar-Romí probablemente harían batir de orden de aquel en Toledo y Córdoba. (1)

En el mes de Septiembre del año 712 de nuestra Era circulaban yá por España las monedas mandadas acuñar por Muza (verdadero signo de *dominio* y no de *intervención* en los asuntos del imperio godo). (2) Estas monedas eran sueldos de oro, cuyo cuño tenía por señal distintiva en el centro del anverso una estrella con ocho rayos, y en la orla del mismo lado una inscripción en latín (abreviatura), que decía: «IN NOMINE DOMINI NON DEUS NISI DEUS SOLUS SAPIENS NON DEO SIMILIS ALIUS»; y en el reverso: «SOLIDUS FERITUS

imperio musulmán español no fueran los mozárabes, los cristianos, los que más sufrieron (que mucho peor fué la condición de los españoles bajo los romanos y los godos), sinó los renegados, los «mowallah».

(1) Respetables escritores afirman que las primeras monedas musulmanas acuñadas en España, debieron serlo en el campamento de Mérida, al comenzar el cerco de esta ciudad por Muza.

(2) Esto demuestra plenamente que, si la entrada de Tarik, auxiliada por los witizanos, se creyó por estos como una sencilla *intervención* de los musulmanes á favor de los hijos de Witiza, la venida de Muza, y sus primeros actos políticos, revelaron desde luego las ambiciosas miras de conquista, que preconcebidas tenían los árabes.

IN SPANIA», con la indicación del año de la Hégira, para los musulmanes, y la expresión del año de la indicción correspondiente, para los cristianos.

En la leyenda del anverso se siente latir el espíritu inflexiblemente monoteísta del islamismo, cerrado á toda noción de *internidad* y de *personalidad* en la *unidad de Dios*, pero disimuladamente disfrazado para no romper abiertamente con los sentimientos del monoteísmo cristiano. (1)

Ningún otro signo religioso, que pudiera determinar concretamente una separación, en este orden de ideas, entre los conquistadores musulmanes y el pueblo español, aparece en tales cuños, con los cuales se fija el tipo de la moneda hispano-musulmana de la época de la conquista.

Si los musulmanes no hubieran contado con otros medios de dominio que la sola fuerza guerrera, el ejemplo de Sevilla, de Ilípula y Beja, sublevadas á espaldas de Muza, apenas el caudillo yemení había dirigido sus huestes hacia Mérida, hubiera tenido resonancia en otras muchas ciudades, después de la primera

(1) Sin embargo: «decir que Dios es único, sabio y sin semejante no ofendía en apariencia los sentimientos de los súbditos cristianos, pero en realidad, tales expresiones ocultaban la tesis antitrinitaria de la teología alcoránica».—Saavedra, «Invasión de los árabes», páginas 106 y 107.

sorpresas de la invasión, y á pesar de la perturbación, que trajo sobre los godos el desastre de Wadi-Becca. Pero los árabes, penetrados con clara intuición de la situación social y política de nuestra patria en aquellos momentos, supieron tener sustraída á la masa popular de la acción conspiradora de la nobleza visigoda.

La tolerancia en los primeros instantes hizo la mayor y mejor parte de la campaña á favor de los musulmanes.

VI

No hablemos de la actitud de los magnates godos. Yá les hemos visto, ó traidores ó fugitivos.

Quedaban pues, para dominar nuestro suelo, tres elementos, que someter: los esclavos, los siervos, y los judíos: estos últimos hubieran podido ser la clase media de aquella desequilibrada sociedad.

Los esclavos no solamente vieron con gusto el cambio de soberanía política, sinó que, simpatizando con los muslimes, ó atraídos por las ventajas que les reportaba el abrazar la religión de Mahoma, renegaron del cristianismo y se hicieron musulmanes. Al oír predicar la igualdad de los hombres ante Dios

(dice un ilustrado escritor de nuestros días⁽¹⁾) habían soñado ser libres, y viendo que la manumisión les concedía bajo una monarquía cristiana menos derechos que les había concedido una república gentilicia; y que la Iglesia, de quien esperaban su libertad, los declaraba en sus Concilios y en las leyes su propiedad perpétua, privándoles hasta de la esperanza, maldijeron en secreto de su patria y renegaron de su fe».

En cuanto á la raza judía ¿cuál fué su conducta durante la invasión y la conquista? ¿Escitaron en el pueblo hebreo el amor á la patria adoptiva las últimas disposiciones de Witiza, mantenidas al parecer por Rodrigo y beneficiosas al pueblo proscrito de Israel? ¿Pusieron sus riquezas á disposición de la nobleza visigoda en los momentos supremos, para ayudarla á resistir el empuje de los árabes?

Yá hemos visto que sucedió todo lo contrario. La serie de persecuciones, vejaciones y ultrajes, que de la monarquía visigoda habían venido recibiendo desde el tercer Concilio toledano, desde el triunfo del catolicismo sobre el arrianismo, había levantado una infranqueable barrera de odios religiosos y de raza,

(1) Don Federico de Castro, en el Prólogo á la traducción de la «Historia de los musulmanes españoles» por R. Dozy.

imposible de destruir en aquel tiempo; y lejos de inclinarse del lado de los cristianos, pusieron toda su simpatía y todo su apoyo material á favor de los islamitas, viendo con gozosa satisfacción desmoronarse aquella soberanía secular, que les había oprimido, vejado y escarnecido.

«Poderosas fortalezas y ciudades, donde prosperaba en número y riqueza la generación israelita, y que hubieran sin duda costado mucha sangre á los ejércitos de Tarik y Muza, eran puestas en sus manos por los hebreos, quienes las recibían después en guarda, hermanados con los africanos». (1)

Los mismos narradores islamitas afirman explícitamente cual fué la conducta de los judíos en aquella crisis nacional: cuando los árabes hallaban en una comarca muchos judíos, reuníanlos en la capital y dejaban con ellos un destacamento de musulmanes, continuando su marcha el grueso de las tropas. (2)

En verdad, hubiera sido sorprendente y absurdo ver á los israelitas, á los que acababan de conspirar en África y en España contra el poder de Toledo, á los declarados esclavos por Egica, hacer causa común con los

(1) Don José Amador de los Ríos, «Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal», tomo I, libro I, cap. II, página ro6: ed. citada.

(2) «Ajb̂ar Machmuâ», trad. citada, pág. 25.

derrotados y perseguidos en Wadi-Becca!

Lo restante de la nación permanecía indiferente, impasible; porque los hispano-romanos, que constituían la masa general, no tenían verdadera *patria* que defender, y por eso permanecieron entre los musulmanes, formando con el nombre de «mozárabes» una gran parte de la población en los dominios islamitas. (1)

VII

Los árabes, pues, sumaron voluntades á su causa en España mientras recordaron y practicaron sinceramente este consejo del primer sucesor de Mahoma: «Si Dios os concede la victoria, no abuseis de ella. En las invasiones por tierras extrañas no causeis más daño que el extrictamente preciso para cubrir vuestras necesidades. Tratad con indulgencia á los vencidos y con lealtad y nobleza á los aliados». Y el recuerdo de estas palabras de Abu-Beckr, no fué olvidado por los musulmanes, á lo menos en los primeros tiempos de la conquista.

(1) El pueblo árabe se multiplicó aceleradamente en la península. Merced á la ley que vinculaba en el padre y no en la madre la legitimidad del origen, se fomentó la formación de castas mestizas, hecho que en España se determinó de un modo muy ventajoso para los musulmanes, presentando el elemento fundamental árabe, nó degenerado, sino perfeccionado por la mezcla de sangre española.

Ahora bien, mientras que por una parte las circunstancias de España favorecían á los invasores, y la conducta de estos suavizaba las asperezas de la diferencia entre vencedores y vencidos, por otra parte guiaba á los musulmanes en la conquista un espíritu y un ardor religioso incontrastable.

En sus continuas y prolongadas campañas, expresión de religiosa obediencia á las prescripciones de su Ley, no guerreaban los árabes solamente por ambiciones de poder y de dominio político, como Persia, Macedonia y Roma; ni por egoístas cálculos de codicia comercial, como Cartago; ni por impulsos sociales de mejoramiento en la vida material, buscando en tierras extrañas más cómodo ó placentero establecimiento, como lo buscaron los visigodos, los francos, los normandos y otros pueblos del Norte de Europa y de las frías estepas del Asia; los árabes luchaban en cumplimiento de un religioso deber ⁽¹⁾ y arrasados por la educación guerrera que el Profeta y los Califas habían logrado filtrar en su corazón.

Un ilustre escritor moderno llega á sostener que la rapidez de la conquista de España no se debió á la traición, ni á las divisiones

(1) — «Haced la guerra á los que no crean en Dios: haceldes la guerra hasta que se sometan ó paguen tributo». (El *Corán*, azora IX, aleya 29).

intestinas de los cristianos, ni á la decadencia de los godos. «Los árabes (dice el sabio profesor belga, antes de ahora citado en este *Estudio*) no tenían consigo el número, ni la ciencia: quien les hizo invencibles fué la fe». (1)

En verdad, el guerrero árabe, al mismo tiempo que soldado era un creyente. El jefe del ejército, llegado el momento de la oración, la dirigía como un sacerdote, y recordaba á los soldados las máximas del Corán, y alguna vez se dió el caso de que un ejército islamita se preparase á la lucha fortaleciendo su espíritu con actos de religiosa penitencia.

La invocación del nombre de Dios y del Profeta conmovía más el corazón de aquellos guerreros que la idea de la patria, y un oportuno apóstrofe religioso inflamaba el ánimo de los musulimes, operando sorprendentes reacciones de vigor en los momentos extremos y en los instantes críticos y decisivos, cuando las fuerzas languidecían y vacilaba el valor de las tropas. Cuenta un historiador francés que el vencedor de Al-Mogreb, en el momento en que iba á librarse un combate decisivo, una de esas batallas en que el honor militar establece la disyuntiva de vencer ó morir,

(1) Mr. F. Laurent, «Estudio sobre la historia de la humanidad», tomo V, pág. 476: traducción de G. Lizarraga, Madrid, 1876.

pronunció la acostumbrada oración, pero omitiendo el nombre del Califa. Algunos de sus oficiales le llamaron respetuosamente la atención, suponiendo que su jefe había padecido un olvido:—«Sabed (les dijo Muza) que nos hallamos en un lugar y en un momento, en que ningún nombre debe invocarse más que el nombre de Dios altísimo». (1)

Pero á pesar del sentido eminentemente religioso, que informaba las campañas y las expediciones militares de los árabes, los historiadores reconocen que en circunstancias normales siempre fué esta raza escrupulosamente observadora del espíritu de tolerancia, que Mahoma recomendó en varios pasajes del Corán, (2) hasta el punto de que un notable escritor no vacila en asegurar que «los musulmanes son los *únicos* entusiastas, que han

(1) Fauriel, «Historia de la Galia meridional», tomo III, pág. 48: citado por Mr. F. Laurent en sus «Estudios sobre la historia de la humanidad».

(2) Puede verse este espíritu de tolerancia en los siguientes versículos ó *aleias* del Corán:

—«Nada de imposiciones en religión. El verdadero camino se distingue bastante del error... Los que creen en la religión judía y la siguen, como también los cristianos y los sabeos, en una palabra, el que crea en Dios y en el juicio final, y haya sido virtuoso; todos éstos recibirán una recompensa de su Señor». (Azora II).

—«No trabeis controversias con los hombres de las Escrituras sinó del modo más honrado; y á menos que se trate de malos, decid: Nosotros creemos en los libros que nos han sido enviados lo mismo á nosotros que á vosotros. Nuestro Dios y el vuestro son uno mismo, y nosotros nos resignamos enteramente con su voluntad». (Azora XXIX).

unido el espíritu de tolerancia al celo del proselitismo, y que al tomar las armas para propagar la doctrina de su profeta, han permitido á los que no querían recibirla, seguir los principios de su culto. (1)

Lejos de imponer por la fuerza el Islamismo, en todas ocasiones se apresuraron á declarar los musulmanes que respetarían la fe, el culto, los usos y las costumbres de los pueblos sometidos, con ciertas limitaciones, que yá estableció Omar, durante su permanencia en Siria (2); y en compensación de esta tole-

(1) Robertson, «Historia de Carlos V».

(2) He aquí las principales limitaciones, que solían establecer los musulmanes:

Estaba prohibido á los creyentes de otras confesiones hacer escarnio del Corán, injuriar la memoria del Profeta y ridiculizar el culto mahometano, así como tocar á una mujer musulmática, inducir á un *creyente* á la apostasía, atentar á sus bienes ó á su vida, y, por último, auxiliar á los enemigos del Islam ó á sus espías. Toda infracción de estas condiciones tenía por consecuencia inmediata privar, al transgresor, de las garantías del convenio.

Se prescribía así mismo bajo penas menos graves, que los que no eran musulmanes se diferenciasen en sus vestiduras de los árabes; y se prohibía que sus casas fuesen más altas que las de los musulmanes. No debían tampoco recitar sus Escrituras delante de los mahometanos; no podían beber vino públicamente, ni enseñar cerdos con intención de mortificar á los islamitas; debían evitar hacer muy ruidosas las ceremonias fúnebres; y por último, no se les permitía usar armas ni montar caballos, sinó únicamente mulas y asnos.

Mediante tales prescripciones, y el pago de los impuestos de capitación y territorial, los árabes garantizaban á los sometidos vidas y haciendas, les dejaban sus Iglesias (no todas, cuando eran muchas) y sus cruces, y les prometían no poner travas al ejercicio de su religión, no agoviarles con otros vejámenes, y protegerles contra todo ataque

rancia y de la paz moral, con que les brindaban, nunca impusieron tributos tan onerosos y crecidos como los que hicieron pesar en todos los tiempos sobre las naciones conquistadas la mayor parte de los pueblos conquistadores.

La tolerancia religiosa de los árabes en medio del entusiasta fervor, que les conducía á la *guerra santa*, está patentizada en todas las conquistas llevadas á cabo por los caballeros descendientes de los yemeníes, cuya cultura moral y material dejamos apuntada en el capítulo I del presente *Estudio*.

VIII

Por otra parte, este fervor místico-guerrero no emponzoñó tampoco en los combates, ni después de ellos, el valor de los árabes con la fanática crueldad y el odio implacable, en que generalmente aparecen inspiradas las luchas de carácter religioso.

Por lo que á España se refiere, el fanatismo musulmán se halló templado en los furioses de la guerra por cierto espíritu de nobleza, verdaderamente característico de los hijos del Yemen. Ni puede en justicia compararse la conducta de las huestes agarenas, después de la victoria, con el grosero cortejo

exterior. (Augusto Muller, «El islamismo en Oriente y en Occidente», pág. 110 del tomo V de la *Historia Universal* de Oncken).

de violencias, atropellos y crímenes, cometidos en circunstancias análogas por otros pueblos conquistadores.

En el siempre luctuoso tumulto de la invasión y de la pelea, prescindiendo de ciertos instantes de belicosa venganza, verdaderamente excepcionales y opuestos á la doctrina de Mahoma, nunca cayeron los árabes en la cruel rapacidad de los pretores y de las legiones romanas, ni en exclusivismo avasallador y despótico de los visigodos.

Además los árabes no llevaban la organización de sus conquistas hasta los detalles íntimos, en que parecen detenerse y recrearse los conquistadores, que solamente batallan por la presa y por el botín. (1) Aspiraban á extender más allá siempre los dominios de su imperio, y se conformaban con la imposición de tributos módicos mientras los pueblos vencidos se allanaban á pagarlas, «condición

(1) Exceptuando ciertos empleos, que naturalmente se conferían á funcionarios musulmanes, tales como los relacionados con la Hacienda pública, ó la acuñación de la moneda, dejaban todo, en cuanto era posible, con la misma organización burocrática, que existía antes de la conquista.

Lo que desde luego procuraban era catastros y listas de impuestos, fáciles de formar con ayuda de empleados mozárabes y judíos españoles, conocedores del país y poseedores de su idioma.

Esto aparte, no solían mezclarse en asuntos religiosos, ni en la administración comunal: únicamente solían intervenir (y por lo general en favor de las autoridades civiles ó religiosas del país) cuando el obispo de la diócesis, ó los ancianos jefes de aldea, se quejaban de la desobediencia de sus subordinados.

bien tolerable cuando estos conservaban, sinó la independencia (cosa de poca estima en pueblos no formados todavía) su propiedad, sus leyes y sus creencias». (1)

Era natural, y se comprende perfectamente, que los árabes fuesen bien recibidos por los moradores de un país que (como España) había pasado por dominaciones más duras y tiránicas.

No hubo, pues, resistencia *patriótica*, porque los romanos y los godos habían borrado con sus violencias, con sus atropellos, con sus irritantes desigualdades y privilegios, la idea de *patria* en nuestro suelo.

No se sublevó la conciencia religiosa del país contra unos dominadores opuestos á sus dogmas, á su culto y á sus ritos, porque los árabes se apresuraron á respetar unos y otros. Tampoco protestó generalmente la devoción católica al ver trocados los templos de Cristo en mezquitas del falso profeta de la Meca, porque la honda inmoralidad de mucha parte del clero había debilitado las creencias y sembrado entre los fieles el gérmen de un pesimismo escéptico.

Solamente «los que hasta el último momento habían lidiado contra la corrupción en los

(1) Don Nicolás Salmerón, «El imperio árabe español»; en el Boletín—Revista de la Universidad de Madrid, año II, núm. I, pág. 13.

Concilios, levantáronse de su caída con nuevo aliento: Eulogio, Álvaro, Sansón, *Spera-in-Deo*, dieron imarcesible gloria á la *escuela cordobesa*», baluarte del catolicismo, levantado por los mozárabes en el corazón mismo de los dominios musulmanes de España, mientras que «los Astures, los Cántabros, los Vascos y los de la Marca Hispánica comenzaron por diversos puntos una resistencia heroica é *insensata*, que amparada por Dios, de quien vienen todas las grandes inspiraciones, nos limpió de la escoria goda, borró la diferencia de razas y trájonos á *recoquistar* el suelo y á constituir una sola gente». (1)

Dos son, por lo tanto, los focos de restauración cristiana y nacional, que se perciben sobre los escombros del imperio gótico y entre el torbellino invasor de los musulimes: uno en Córdoba, de *mozárabes*, donde se mantuvo vivo el fuego de la fe católica, alentando con su perseverancia á los cristianos todos de los dominios musulmanes; y el otro, al Norte de la península, donde se confundieron en una sola aspiración patriótica y religiosa los sentimientos de aquel clero medroso y de aquella nobleza fugitiva, que abandonaron sus templos y sus palacios para ocultarse en las

(1) Don Marcelino Menéndez Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles», tomo I, páginas 215 y 216: edición citada.

asperezas de aquellos estrechos y abruptos terrenos, que los árabes despreciaron por considerar que la pobreza de sus campos y la miseria de sus moradores no eran dignos de una seria ocupación militar. (1) ¡Error tremendo, del cual habrían de arrepentirse los sectarios de Mahoma, cuando yá no pudieron reparar las, para ellos, funestas consecuencias; cuando vieran atónitos surgir de las montañas asturianas la verdadera nación española, purgada de las extranjeras levaduras, que durante siglos enteros, bajo romanos y godos, habían perturbado y oscurecido en nuestro país las ideas redentoras de patria, independencia y libertad!



(1) En los textos árabes coleccionados por D. José Antonio Conde en su «Historia de la dominación de los árabes en España» puede leerse el desdeñoso desprecio, con que los musulmanes aludían á las montañas asturianas y á sus moradores.

APÉNDICES

APÉNDICES

A



EL PALACIO ENCANTADO DE TOLEDO

(Referencia á la *nota* de la página 85).

El Padre Juan de Mariana refiere esta leyenda en los siguientes términos:

«A la misma sazón el Rey (Don Rodrigo), que por tantos desórdenes era aborrecido de Dios y de las gentes, cometió un nuevo desconcierto, con que dió muestras de faltarle la razón y la prudencia. Había en Toledo un Palacio encantado, como lo cuenta el Arzobispo Don Rodrigo, cerrado con gruesos cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en él entrar, ca estaban persuadidos así el pueblo como los principales que á la hora que fuese abierto, sería destruída España. Sospe-

chó el Rey que esta voz era falsa por efecto de encubrir los grandes tesoros que pusieron allí los reyes pasados. Demás desto, movido por curiosidad, sin embargo que le ponían grandes temores, como sean las voluntades de los Reyes tan determinadas en lo que una vez proponen, hizo quebrantar las cerraduras. Entró dentro: no halló algunos tesoros, solo un arca, y en ella un lienzo y en él pintados hombres de rostro y hábitos extraordinarios con un letrado en latín que decía: *por esta gente será en breve destruida España*. Los trages y gestos parecían de moros: así los que presentes se hallaron, quedaron persuadidos que aquel mal y daño vendría de África; y no menos arrepentido el Rey, aunque tarde, de haber sin propósito y á grande riesgo, escudriñado y sacado á luz misterios encubiertos hasta entonces con tanto cuidado. Algunos tienen todo ello por fábula, por invención y patraña. Nos ni la aprobamos por verdadera, ni la deseamos como falsa».

(«Historia general de España», tomo I, libro VI, cap. XXI, páginas 303 y 304: edición decimaquinta, Madrid, por Andrés Ramirez, año 1780.)

*
* *

El historiador musulmán Al-Makkari aco-

ge la tradición del Palacio encantado de Toledo, en la siguiente forma:

«Había en Toledo, desde tiempo remoto, un edificio aportillado con muchos cerrojos, y que estaba custodiado por hombres de completa confianza para los godos, con orden de que no se abriese, siendo trasmitido este cargo de unos á otros. Cuando había rey nuevo, se le presentaban estos celadores y el Rey les entregaba un nuevo cerrojo, que colocaban en la puerta sin quitar los anteriores. Al ser proclamado Rodrigo, que era hombre curioso, listo é inteligente, los guardas se le presentaron para que les diese el nuevo cerrojo, y él les manifestó que antes quería ver lo que había dentro de la casa, hallándose decididamente resuelto á abrirla. Intentaron disuadirle, diciéndole que ninguno de sus antecesores se había atrevido á tal cosa; pero él, sin hacerles caso, se encaminó al palacio. Esto produjo gran pena en el pueblo, y los nobles le rogaron con humildad que desistiese: pero él, pensando que iba á hallar en aquel sitio riquezas, desoyó sus súplicas. Quebrantó los cerrojos y halló la casa vacía, sin otra cosa que una caja con un cerrojo, que mandó abrir, pensando que hallaría en ella preciosidades, que habrían de satisfacerle, pero la caja estaba también vacía y no tenía más que un rollo de pergamino, donde estaban pintados los

árabes con sus turbantes en la cabeza, montados en sus caballos de pura sangre árabe, con espadas y arcos y banderas en las lanzas, y en cuya parte superior había un letrero con letras cristianas, que decía así: «*Cuando los cerrojos de esta casa sean rotos, y se abra este arca, y aparezcan las figuras que contiene, los que están pintados en este rollo entrarán en España, la conquistarán y reinarán en ella*». Contristó esto á Rodrigo, que se arrepintió de lo hecho, siendo grande su pena y la del pueblo por este acontecimiento».

(Al-Makkari, tomo I, pag. 157.)

*
* *

Los historiadores modernos, en su inmensa mayoría, rechazan como materia histórica esta leyenda inverosímil; pero recientemente un sabio crítico (el docto académico Don Eduardo Saavedra) interpreta los hechos referidos con un sentido racional y verdaderamente aceptable, en el terreno hipotético.

Cree el Sr. Saavedra ⁽¹⁾ que «Rodrigo, necesitado de dinero para seguir las campañas, así contra los rebeldes como contra los levantiscos vascones, hubo de pensar en el tesoro

(1) «Estudio sobre la invasión de los árabes en España», páginas 40, 41 y 42.

que reinado tras reinado se iba acumulando en la basílica de San Pedro y San Pablo, aneja al real palacio construido por Wamba» en una de cuyas cámaras depositaba cada nuevo rey una corona votiva (como las que cogió Tarik en el botín de Toledo) al ser elegido, jurando al mismo tiempo respetar aquella simbólica riqueza, verdaderamente sagrada é intangible para los nobles y para el pueblo. Rodrigo, abierta la puerta de dicha cámara contra el parecer y el gusto de todos, dirigióse hacia una preciosa caja «*de labor pèrsica con extrañas figuras de animales y gentes de á pié y á caballo, ataviadas de no vista manera, que simulaban combates y cacerías*» y halló dentro «santas y venerandas reliquias con sus auténticas escritas en largas tiras, y en un rollo de pergamino la bula de excomuni6n contra los violadores del tesoro». «Y entonces (añade el Sr. Saavedra) entró en su corazón el miedo del castigo divino, y mandó á toda prisa cerrar el arca y estancia, y prestó de buen grado el juramento con la dádiva acostumbrada»: y después, cuando invadieron los musulmanes á España la tradición desfigurada y la leyenda, «quiso ver en ellos las figuras de las cacerías, en el pergamino de la bula creyeron escrito el anuncio de la desdicha y el castigo del sacrilegio; los juramentos de los reyes pasados se cam-

biaron en otros tantos cerrojos y la cámara en torre encantada, de fábrica inmemorial».

B



TARIFA Y AL-ANDALUS

(Referencia á la nota 1.ª de la página 100.)

El ilustrado traductor del *Ajbar Machmuâ* explica en los siguientes términos la relación histórica que existe entre los nombres de «*Tarifa*» y «*Al-Andalus*»:

«ISLA DE ANDALUS» (*Chezirat-el-Andalus*): es la isla de Tarifa, que, según el *Ajbar Machmuâ*, antes de que Tarif desembarcase allí se llamaba *Isla de Andalus*, y era el punto desde el cual ordinariamente partían las embarcaciones para África, y arsenal de los cristianos. El nombre romano de Tarifa era, según parece, *Julia Traducta* (aunque sobre este punto ha habido varias opiniones) y desde aquí pasaron á África los Wán-

dalos, según afirma claramente Gregorio de Tours (libro II, cap. II). Por esto, sin duda, llamaron á *Julia Traducta* «Isla de Wándalos», que los árabes entendieron *Andalos*, y después aplicaron á toda España». (1)

«TARIFA» (*Chezira Tarif*: la isla de Tarif): así llamada por haber desembarcado allí Tarif cuando vino á explorar la costa de España. Antes, según parece, se llamaba *Isla de Andalus*». (2)

«ESPAÑA» (*Al-Andalus*): los árabes dieron el nombre de *Andalus* primeramente á la comarca de Tarifa, y después á toda España, aunque no desconocían tampoco este último nombre «*Exbania*». (3)

*
* *

El eminente arabista Mr. Dozy, en sus «*Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen age*», dice sobre este particular que el origen del nombre, que al presente tiene la antigua región de España, llamada Bética por los romanos y

(1) Lafuente y Alcántara: INDICE GEOGRÁFICO del tomo I de la Colección de obras arábigas de Historia y Geografía, publicadas por la Real Academia de la Historia, pág. 255.

(2) Lafuente y Alcántara: INDICE GEOGRÁFICO del tomo antes citado, pág. 263.

(3) Lafuente y Alcántara: INDICE GEOGRÁFICO del tomo citado, página 253.

conocida actualmente por *Andalucía*, no ha sido explicado aún satisfactoriamente por la crítica; porque, si bien es cierto que yá en la Crónica del moro Rasis se manifiesta que la designación de *Andalucía*, (*Vandalusia*) procede de los *Vándalos*, que ocuparon el mediodía de nuestra península antes de emigrar al África, no parece probable que la corta permanencia de estos bárbaros en el Sur de España pueda justificar por sí sola el nombre con que después y en la actualidad se llama á la antigua Bética.

No hay duda de que el nombre de *Andalucía* se dió á la Bética, y aún á toda España, por los musulmanes y no por los españoles, puesto que los primeros cronistas latinos de la reconquista llaman siempre «*España*» al mismo territorio dominado por los árabes en nuestra península.

El anónimo autor del «*Ajbar-Machmuâ*» dice que «*Andalos*» era el nombre de la Península⁽¹⁾ donde desembarcó Tarif y que después fué conocida con el nombre de «península de Tarif», hoy *Tarifa*.

El antiguo cronista Arib asegura que «*Tarif* desembarcó en frente de Tanger, en *al-Andalos*, que actualmente se llama «penín-

(1) No debemos confundir el sustantivo «península», detalle de la costa, con la *península ibérica*.

sula de Tarif»; de lo cual parece deducirse que «Andalos» no era el nombre de un extenso país sinó la antigua designación de *Tarifa*.

Ahora bién; según los más acreditados geógrafos, el nombre romano de la actual *Tarifa* era «*Traducta*», y á esta población andaluza se refiere indudablemente Gregorio de Tours, cuando dice: «*Prosequentibus Alamannis usque ad Traductam, transito mari Vandali per totam Africam ac Mauritaniam sunt dispersi*», y habiéndose embarcado en *Traducta*, ó Tarifa, los vándalos, no tiene nada de particular que el nombre de este pueblo bárbaro quedase perpetuado en este puerto de mar; que los moros berberiscos le extendiesen después á toda la costa; que los soldados de Tarik le aplicasen más tarde á toda la Bética, y que posteriormente los musulmanes vencedores le ampliasen hasta nombrar con él toda la península (1)

(1) R. Dozy: «*Recherches*» (3.^a edición), páginas 301, 302 y 303. Hemos reproducido casi textualmente traducida la opinión de este eminente crítico.

C



LEYENDAS ÁRABES REFERENTES Á LA ENTRADA DE TARIK

(Referencia á la página 107.)



Cuenta Abdelhaquem de Egipto, en su relato de la conquista de España, que la noticia de la llegada de Tarik á las costas de la península, y el rumor del paraje en que se hallaba acampado, cundió entre las gentes de la Bética; y que entonces el caudillo berberisco salió con sus tropas, pasando por un puente que conducía desde el monte de Calpe hasta un cortijo ó alquería nombrado *Cartachenna* (Carteya), tomó la dirección de Córdoba; y que, habiendo antes pasado por *una isla, que había en el mar*, dejó en ella á su esclava Humm Haquim.

«Cuando los musulmanes se apoderaron de la isla, los dos únicos habitantes, que encontraron, fueron unos hombres, que trabajaban en las viñas. Hiciéronlos prisioneros, y después mataron á uno de ellos, le despedazaron y le cocieron en presencia de los demás (cristianos). Al mismo tiempo cocieron otra car-

ne en distinta vasija, y cuando estuvo en sazón, arrojaron ocultamente la carne del hombre, y se pusieron á comer de la otra. Los demás compañeros de las viñas, que vieron esto, no dudaron que estaban comiendo la carne de su compañero. Puestos después en libertad, fueron refiriendo por toda España que (los árabes), comían carne humana; y contaban lo que había sucedido con el hombre de las viñas». (1)

D



LOS HIJOS DE WITIZA

(Referencia á la página 136.)

Refiere Al-Makkari que, cuando los hijos de Witiza se presentaron á Tarik (mediante un salvo-conducto concedido por el caudillo berberisco) le dijeron:

(1) Colección de obras arábicas de Historia y Geografía, que publica la Real Academia de la Historia, tomo I, pág. 210.

—«¿Eres tú el emir, ó hay otro emir superior á tí?

—«Hay un emir (les contestó Tarik) que es superior mio, y otro emir más grande, superior á este».

El vencedor de Wadi-Becca aludía en el *emir superior* á Muza-ben-Nozair, gobernador de África; y en el *emir más grande* al califa Al-Walid, residente en Damasco, capital del imperio de los árabes.

Entonces los hijos de Witiza (que eran por el orden de la edad, Olmundo, Artabas y Rómulo, según el autor musulmán, á que nos venimos refiriendo ⁽¹⁾), pidieron permiso á Tarik para pasar á África á ver á Muza y «arreglar sus pactos con él exigiendo una carta, en la cual refiriese Tarik quienes eran, y lo que había concertado con ellos».

Así lo hizo el jefe berberisco, y los príncipes, destronados por Rodrigo, se encaminaron á visitar á Muza, «á quien encontraron cuando venía á España con los árabes del país berberisco».

Presentáronse al anciano gobernador, diéronse á conocer á él, mostrando la carta, y Muza les dirigió al *emir de los creyentes*, Al Walid, que estaba en Damasco, «transcri-

(1) Al-Makkari, tomo I, pág. 167.

biéndole lo que Tarik le decía de sus ilustres hechos».

Cuando los príncipes llegaron á la capital del imperio musulmán, el califa les acogió complaciente y «*confirmó el pacto, que tenían hecho con Tarik respecto á los bienes que habían pertenecido á su padre*». (1)

Otorgó Al-Walid á cada uno de los príncipes un diploma, entre cuyos privilegios consignaba el de que «no se levantasen cuando alguno entrase en su habitación» y les concedió la propiedad en España de «las fincas de su padre.»

Habiendo regresado á la península, se las repartieron de común acuerdo «correspondiendo *mil posesiones*, en la parte occidental, á Olmundo», el cual, para mejor disfrutarlas y administrarlas, «fijó su residencia en Sevilla».

A Artabas le tocaron «*otras mil*, que estaban situadas en la parte central de España», por lo que este príncipe se estableció en Córdoba.

Y á Rómulo le correspondieron también «*otras mil*, al Este de la península, hácia Aragón», avecindándose en Toledo, para estar más próximo á ellas.

(1) En los bienes que habían pertenecido á su padre (*Witiqa*), alude sin duda el historiador á los bienes del patrimonio real, afectos á la corona visigoda.

«Así permanecieron durante los primeros tiempos de la denominación árabe, hasta que murió Olmundo, el mayor de ellos, dejando una hija llamada Sara, y generalmente conocida por el nombre de *la goda*, y dos hijos pequeños. Artabas se apoderó de los bienes de ésta, y los agregó á los suyos. Entonces Sara, haciendo disponer en Sevilla un fuerte barco y con todos los enseres necesarios, se embarcó en él con sus dos hermanos pequeños, en dirección á la Siria, desembarcando en Ascalón, desde donde se dirigió á Damasco, sede del Califa, que lo era á la sazón Hixem ben Abdo-l-Mélic. Refirió al Califa su historia, se quejó de la usurpación de su tío, y reclamó el cumplimiento de lo acordado á su padre y hermanos por el Califa Al-Walid ben Abdo-l-Melic».

Admirado el Califa de la energía y resolución de Sara, y penetrado de la justicia de su demanda, escribió al gobernador de África, Hanthala ben Safuan, ordenándole que dispusiese lo oportuno para que á la hija de Olmundo le fuesen devueltas las propiedades y herencias, que su tío Artabas la había usurpado; y que se hiciese lo propio respecto á los bienes de los otros dos hermanos de Sara. Lo cual obedeció Hanthala, recomendando á su primo Abolkatar, emir de España, que cumpliera las órdenes del Califa; como fueron

cumplidas sin dilación, viéndose poco después Sara, *la goda*, en pacífica posesión de la parte de riquezas, que la correspondía de la herencia de su padre Olmundo.

Y continúa refiriendo Al-Makkari, ⁽¹⁾ que el Califa Hixem ben Abdo-I-Mélic, casó á Sara con Isá ben Mozahim, el cual tuvo de ella dos hijos, Ibrahím é Isá, que llegaron á ocupar, andando el tiempo, elevadas posiciones en Sevilla, donde fueron honrados y conocidos ellos y sus descendientes con el apellido *Al-Cothya* (hijos *de la goda*).

El fundador del Califato de Córdoba, Abdorrahman ben Moawia (á quien Sara conoció en Damasco, cuando acudió á pedir justicia á su abuelo Abdolmelic) la honró y distinguió sobremanera.

Sara contrajo segundas nupcias (muerto su primer esposo, año 756) con Omair ben Said, protegido de Abdorrahman I.

*
* *

De la riqueza y esplendor de los hijos de Witiza en España, cuentan muchas y muy curiosas anécdotas los cronistas musulmanes.

Como ilustración del texto, vamos á reproducir aquí lo que relata Al-Makkarí y pre-

(1) Al-Makkarí, tomo I, páginas 168 y 169.

senta el Sr. Lafuente Alcántara traducido en los Apéndices al «Ajbar Machmuâ», páginas 186 y 187:

«Cierta día vinieron á casa de Artabas diez de los principales jefes siriacos, entre ellos As-Somail, Ebn At-Tofail, Abó Abda y otros, á los cuales hizo sentar en estrados y comenzó á obsequiarlos. Tras de ellos entró Maimón el devoto, abuelo de los Benú Hazm, que era también de los siriacos, pero que vivía muy alejado de ellos por su carácter severo y su austeridad.

Apenas le vió Artabas, se levantó y salió á su encuentro, dejando á los demás; y manifestándole gran respeto, llevóle á su propio asiento, que estaba cubierto con una chapa de oro, y quiso obligarle á que se sentara en él.

Maimón rehusó: sentóse en el suelo, y Artabás hizo otro tanto. Acercóse á él, y dirigiéndole la palabra, le dijo: «¿Cuál es, señor mio, el motivo de esta visita?»—«Lo que vas á oír (respondió Maimón). Nosotros vinimos á esta tierra como guerrilleros y creyendo que nuestra permanencia aquí no sería muy prolongada; por lo cual no estábamos preparados para establecernos aquí, ni contamos con grandes medios. Después, las cosas que han acontecido con nuestros clientes y nuestros tercios, nos han impedido el regreso á nuestro país. Dios te ha concedido muchos

bienes, y yo deseo que me concedas una de tus fincas, que yo labraré por mi mismo, te daré la renta que sea justa, y viviré con lo demás». — «No quiero (dijo Artabás) hacerte tan precario favor, sinó un regalo formal». Y, mandando venir á su administrador, le dijo: — «Dale el predio, que tengo en Guadajoz con todos los esclavos, bestias, vacas y demás, que contiene, y la aldea, que tengo en Jaen».

Maimón recibió las dos posesiones, que heredaron sus hijos (de quienes procede el castillo de Hazm), le dió reiteradas gracias, y se marchó.

As-Somail (á quien había disgustado la venida de Maimón) dijo á Artabás:— «Yo te creía hombre de más peso; yo, que soy uno de los principales caudillos de los árabes de España, vengo á tu casa con estos otros, que son señores de alto rango; y no nos haces otra distinción que la de sentarnos en estos bancos. Viene *ese mendigo* y le distingues y favoreces de esa manera». — «¡Oh Abó Chauxam! (dijo Artabás) Bien me han dicho tus correligionarios que su literatura no te ha sido de gran provecho, pues, á no ser así, no extrañarás lo que hago. Vosotros habeis sido favorecidos con los bienes de este mundo, y con el poder; á este otro yo le he favorecido en el nombre de Dios, pues (segun dijo Jesu-

cristo) aquel á quien Dios dió poder y señorío sobre sus siervos, y excedió el favor á su mérito, es como si se le hiciese tragar una piedra».—Decía esto, porque As-Somail no sabía leer.

Los demás le dijeron:—«Deja á este y considera que nosotros nos encontramos en igual caso que ese á quien has favorecido».

Artabás les replicó:—«Vosotros sois caudillos principales, y no puede conveniros sinó un don más grande, por lo cual os regalo cien aldeas, para que las dividais entre vosotros á diez cada uno».

Llamó Artabás á sus administradores, y les mandó que se las entregasen, siendo estas las mejores fincas, que tenían».

E



LA MESA DE SALOMÓN

(Referencia á la nota 5.^a de la página 173).

Cuenta Aben-Hayyán que la famosa mesa, recogida por Tarik entre el inmenso botín de

sus campañas, *no había pertenecido á Salomón* (á pesar de llamarla «*la mesa de Salomón*») sinó que era un utensilio eclesiástico fabricado con las mandas piadosas de los magnates godos; y añade:—«Esta mesa estaba en Toledo... y los reyes se esforzaban por enriquecerla... hasta que llegó á superar en mérito á todas las demás alhajas de su especie... Estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas, rubíes y esmeraldas, de tal suerte que no tenía semejante... *Estaba colocada sobre un altar de la iglesia de Toledo, donde la encontraron los musulimes*». (1)

Con razón escribió el Sr. Lafuente Alcántara, en el ÍNDICE GEOGRÁFICO de la traducción del «Ajbar Machmuâ», (2) que «esta mesa no era otra cosa que una especie de atril, en que se colocaban los libros de los evangelios» en dias de gran solemnidad.

El mismo eminente traductor de la «Coleción de tradiciones» cree (fundándose en un pasaje de Fredegario) que la existencia de esta alhaja en Toledo consta mucho antes de la invasión árabe.

(1) En Al-Makkarí, tomo I, pág. 172.

(2) Colección de obras arábicas de historia y geografía, publicadas por la Real Academia de la Historia, tomo I, pág. 246.

F



LA REHABILITACIÓN DE TARIK

EN EL MANDO DE SUS TROPAS

(Referencia á la nota 2.ª de la página 210.)

Cuentan las crónicas arábicas que no fué ageno Moguits Ar Romi al asunto de la rehabilitación de Tarik ben Ziyed, destituido del mando por Muza ben Nozair.

Abdelhaquem refiere que, cuando el conquistador de Córdoba se disponía á marchar á Damasco con la misión que Muza le encomendara, Tarik «envió á decir á Moguits Ar Romi, liberto de Al-Walid ben Abdelmelic que si refería á Al-Walid lo que le pasaba, y que él había conquistado la España, y Muza le tenía preso y quería matarle, *le daría cien esclavos*»; que Moguits refirió en efecto á

Al-Walid lo ocurrido, y que este escribió á Muza «jurándole por Dios que si lo maltrataba, él á su vez lo maltrataría, y si lo mataba mataría á sus hijos». (1)



(1) Pág. 214 del tomo I de la *Colección de obras arábicas de historia y geografía*.—Apéndice 6.º á la traducción del «*Ajbar Machmuá*» por D. Emilio Lafuente Alcántara.

NOTA

DE LOS

AUTORES MÁS FRECUENTEMENTE CITADOS EN EL PRESENTE ESTUDIO CRÍTICO

ABEN ADHARI: «Historias de Al-Andalus», traducción de D. Francisco Fernández y González, Granada, 1862.

ABDERRAHMAN BEN ABDELHAQUEM: «Historia de África y de España». La primera, traducida por Mr. de Slane en el *Journal Asiatique* (año 1844), y como apéndice al tomo I de la «Histoire des bereberes» de Aben Jaldun, traducción también del Barón de Slane; y la segunda, traducción con notas críticas de John Harris Jones, Gottinga, 1858, folleto en 4.º—Nosotros hemos utilizado la parte referente á la conquista de España, que se inserta en los apéndices del tomo I de la *Colección de obras arábigas de historia y geografía*, que publica la Real Academia de la Historia.

ABEN AL-COTHYA: «Historia de la conquista de España». Una parte de este relato ha sido traducida al francés por Cherbonneau y otros orientalistas, mientras que nuestra Real Academia de la Historia publicaba el texto árabe completo, y preparaba la versión española encomendada al Sr. D. Pascual de Gayangos, con destino al tomo II de la mencionada *Colección de obras arábigas de historia y geografía*.

- ABEN JALDUN, en la «Histoire des bereberes», traducción de Mr. Slane, Alger, 1855.
- «AJBAR MACHMUÁ» (*Colección de tradiciones*): traducida por D. Emilio Lafuente y Alcántara, publicada en el tomo I de la citada *Colección de obras arábigas*, Madrid, 1867.
- AL-MAKKARI: Traducido por Dozy, Dugat, etc., Leyde, años de 1855 al 60 («Analectes sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne»). También se inserta buena parte del tomo I, traducida al castellano, en los *apéndices* á la traducción, yá mencionada, del «Ajbar Machmuá».
- AMADOR DE LOS RIOS (JOSÉ): «Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal», Madrid, imprenta de T. Fortanet, 1875.
- BLAZQUEZ Y DELGADO-AGUILERA (ANTONIO): «Estudio sobre el itinerario de Antonino», en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, año 1892. Y «Estudio sobre las vías romanas [de la provincia de Ciudad-Real]» en el *Boletín de la Sociedad de Geografía*, año 1891.
- CONDE (JOSÉ ANTONIO): «Historia de la dominación de los árabes en España», edición de Madrid, 1820.
- «Crónica Castellana del moro Rassis», en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VIII, año 1850.
- «Chronicon Silense», en la *España Sagrada* del P. Florez, tomo XVII.
- DOZY (REINHART): «Historia de los musulmanes españoles», traducción de D. Federico de Castro, Sevilla, 1878.
- DOZY (REINHART): «Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age», 3.^a edición, Leyde, 1881.
- FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE (AURELIANO): «Caída y ruina del imperio visigótico español», Madrid, 1883.
- «ISIDORI PACENSIS EPISCOPI CHRONICON», en la *España Sagrada* del P. Flórez, tomo VIII.
- LAURENT (F.): «Estudios sobre la Historia de la Humanidad», traducción de G. Lizárraga, Madrid, 1876.
- LA FUENTE (D. MODESTO): «Historia general de España», Barcelona, Montaner y Simón, editores, año 1889.

- LA FUENTE (VICENTE): «Historia eclesiástica de España», Barcelona, librería religiosa, 1855.
- LE BON) GUSTAVO): «La civilización de los árabes», traducción de D. Luis Carreras, Barcelona, 1886.
- MARIANA (EL P. JUAN DE): «Historia general de España», 15.^a edición, Madrid, 1780.
- MENENDEZ Y PELAYO (MARCELINO): «Historia de los heterodoxos españoles», Madrid, 1880.
- MORAYTA (MIGUEL): «Historia general de España», segunda edición.
- MULLER (AUGUSTO): «El Islamismo en Oriente y en Occidente», volumen V de la *Historia universal* de Oncken; traducción de Fernández Cuesta, Barcelona, 1890.
- NUÑEZ DE CASTRO (ALFONSO), en la *Corona gótica, castellana y austriaca*, edición de Madrid, año 1740.
- RATZEL (FEDERICO): «Las razas humanas», edición española de Montaner y Simón, Barcelona, 1889.
- SAAVEDRA (EDUARDO): «Estudio sobre la invasión de los árabes en España», Madrid, 1892.
- SALMERÓN (NICOLÁS): «El imperio árabe español», en el *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, año II.
- «SEBASTIANI CHRONICON», en la *España sagrada* del Padre Flórez.
- TAILHAN (EL P. J.): «L' Anonyme de Cordoue», París, 1885.
- XERIF AL-EDRIS: «Descripción de España», traducción con texto y notas por D. José Antonio Conde, Madrid, 1779.



Suscriptores avileses á la presente obra,

DESDE EL COMIENZO DE LA PUBLICACIÓN



Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Avila (por *cinuenta* ejemplares).

Biblioteca del Instituto provincial de Segunda Enseñanza (por *tres* ejemplares).

Biblioteca del Seminario Conciliar.

Biblioteca de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos.

Biblioteca de la Academia de Administración militar.

Biblioteca de la Escuela Normal de Maestros.

Biblioteca del *Círculo de Recreo*.

Excmo. Sr. D. Ricardo Medina Vitores, Doctor en Derecho, Gobernador civil de la provincia, ex-senador del Reino.

Sr. D. Bonifacio Jiménez y Bernaldo de Quirós, Alcalde constitucional de Avila.

Sr. D. Manuel Labajo y Pérez, Catedrático y Director del Instituto provincial, Académico correspondiente de la Historia, Primer Teniente Alcalde.

Sr. D. Eduardo García Godino, Médico de la Beneficencia municipal.

Sr. D. Marcelino García Gutiérrez, Propietario y Labrador.

Sr. D. Baldomero López Cañizares, Catedrático numerario del Instituto provincial.

Sr. D. Sisenando Cid y Farpón, Catedrático numerario del Instituto provincial.

Sr. D. Adolfo Cabrera Pinto, Profesor auxiliar del Instituto provincial, y periodista.

- Sr. D. Pedro Pérez Morera, Abogado y propietario.
- Sr. D. Marcelino de Santiago, Profesor de la Escuela Normal de Maestros y escritor didáctico.
- Sr. D. Nicolás Rodríguez Villaverde, Juez municipal de Avila.
- Sr. D. Eulogio Estevez Asenjo, Profesor Normal, Depositario del Excmo. Ayuntamiento.
- Sr. D. Andrés Carramolino, Jefe de Administración jubilado.
- Sr. D. José González Serrano, Abogado, Ex-gobernador civil.
- Sr. D. Fernando García González, Propietario.
- Sr. D. Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera, Profesor de la Academia de Administración militar, Académico correspondiente de la Historia y escritor.
- Sr. D. Darío Benito, Alumno del Instituto provincial.
- Sr. D. Felipe González Sancho, Alumno del Instituto provincial.
- Sra. Doña Clotilde Serra, Viuda del Subintendente de ejército, D. Julián Vallespín.
- Sr. D. Ramón de Bringas, Profesor de la Academia de Administración militar.
- Sr. D. Federico Rodríguez, Alumno del Instituto provincial.
- Sr. D. José Rodríguez Oller, Abogado y propietario.
- Sr. D. Luis Norverto Hernández, Profesor de la Escuela Normal de Maestros.
- Sr. D. Arsenio López, Médico, Depositario de la Excelentísima Diputación provincial.
- Ilmo. Sr. Marqués de Guijarro, Escritor, Académico correspondiente de la Historia.
- Sr. D. Félix Bragado é Izquierdo, Abogado, Presidente de la Excma. Diputación provincial.
- Sr. D. Joaquín María de Alós, Magistrado de la Audiencia provincial.
- Sr. D. Fausto Rico y Garcia, Médico, Académico correspondiente de la de Bellas Artes de San Fernando.
- Sr. D. José María Prieto, Propietario y Maestro de obras.
- Sr. D. Pedro Villalobos, Abogado fiscal de la Audiencia provincial.
- Sr. D. Arturo Jiménez, Oficial primero de Administra-

ción militar, Secreterio gerente de la *Compañía general Abulense*.

Sr. D. Antonio Portal, Farmacéutico.

Sr. D. Pedro Gutiérrez, Médico de la Beneficencia municipal.

Sr. D. Eusebio A. Pérez, Propietario y Comerciante.

Sr. D. Angel de Diego, Ingeniero Agrónomo y Oficial de Administración militar.

Sr. D. Florentino López Alonso, Abogado, Diputado provincial.

Sr. D. Sandalio García Robles, Inspector provincial de Instrucción primaria.

Sr. D. Antonino Fernández, Secretario de la Junta provincial de Instrucción pública.

Sr. D. Federico Iparraguirre, Abogado, Diputado provincial.

Sr. D. Juan José García, Médico.

Sr. D. Lope Santomingo, Comerciante.

Sr. D. Balbino García Chillón, Propietario.

Sr. D. Jesus Heras Carrión.

Sr. D. Agustín Martín Ocaña, Cura párroco de Santo Domingo de Guzmán, y catedrático del Seminario.

Sr. D. Félix Campo, Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral.

Sr. D. Juan López de Quintana, Teniente coronel de infantería.

Sr. D. Florencio Hernández de Lorenzo, Contador de la Excma. Diputación provincial.

Sr. D. Federico Pérez Cabrero, Subintendente del Ejército.

Sr. D. Miguel Conde, Profesor de la Academia de Administración militar.

Sr. D. Joaquín Ortiz y Gutiérrez, Profesor de la Academia de Administración militar.

Sr. D. Joaquín Delgado Sánchez, Abogado, Secretario de la Excma. Diputación provincial.

Sr. D. Tomás Mayoral, Empleado y Propietario.

Sr. D. Manuel Santo Domingo, Profesor de la Escuela Normal de Maestros.

Excmo. Sr. D. Valentin Sánchez Monge, ex-Senador del Reino.

Sr. D. Juan Sánchez Monge, Diputado provincial.

Sr. D. Juan García Rodríguez, Capellán del Hospital provincial.

Sr. D. José María Santos, Director de la Escuela Normal de Maestros, escritor didáctico.

Sr. D. Ramón de Lecea, Magistrado de la Audiencia provincial.

Sr. D. Emeterio Martínez de Tejada, Propietario.

Sr. D. Esteban Paradinas, Abogado.

Sr. D. Manuel Canales, Propietario y Comerciante.

Sr. D. Eladio Saiz López, Médico.

Sr. D. Rufino Hernández de la Torre, Secretario del Excelentísimo Ayuntamiento.

Sr. D. Juan Mangrané, Propietario y Empleado.

Sr. D. Vicente Varas, Diputado provincial.

Sr. D. Pedro Delgado, Médico, Diputado provincial.

Sr. D. Lucas Martínez, Profesor de Veterinaria.

Sr. D. Nicolás Alcalde, Administrador del Monte de Piedad y de la Caja de Ahorros de Avila.

Sr. D. Crispulo González Aldea, Oficial del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Avila.

Sr. D. Mauricio Sánchez Jiménez, Profesor de la Academia de Administración militar.

Sr. D. Salvador Salcedo, Farmacéutico.

Sr. D. Jesus Garcinuño, Comerciante.

Sr. D. Francisco Vicent, Comerciante.

Sr. D. Santiago Magdaleno, Profesor de la Escuela Normal de Maestras.

Sr. D. José Marfil, Teniente conorel de Infantería, retirado.

Sr. D. Joaquin Vara de Rey, Coronel de Infantería.

Sr. D. Calixto Fournier, Abogado y Notario eclesiástico.

Sr. D. Vicente Godino, Capitán retirado de la Guardia civil y comerciante.

Sr. D. Pedro Julián Sánchez, Comerciante y propietario.

Sr. D. Francisco Solano Juarez, Magistrado jubilado,

Sr. D. Fermin Guisandez, Industrial.

Sr. D. José Kaiser, relojero.

Sr. D. Matías Marcos, Ingeniero Jefe de Montes.

Sr. D. Gerardo Couder, Ingeniero de Montes.

Ilmo. Sr. D. Luis González, Dignidad de Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, Académico correspondiente de la Historia.

- Sr. D. Félix Antero, Propietario é Industrial.
Sr. D. Gerardo Herrero, Industrial.
Sr. D. Jesus Martín Arribas, Oficial primero del cuerpo de Telégrafos.
Sr. D. Antonino Prieto, Propietario y Maestro de obras.
Sres. Torrón hermanos, Fotógrafos.
Sr. D. Venancio Rodríguez, Maestro de corte de la Casa Albertos.
Doctor D. Juan de la Puente, Farmacéutico.
Sr. D. Juan José de Paz, ex-Gobernador civil, Académico correspondiente de la de Bellas Artes de San Fernando.
Sr. D. Angel López Arrabal, Médico de la Beneficencia Municipal y Propietario.
Sr. D. Santiago de Diego, del Comercio.
Sr. D. Pablo Martín, del Comercio.
Sr. D. Pedro Sánchez Baquero, Auxiliar del Instituto y Abogado.
Sr. D. Jacobo Pérez, Propietario.
Sr. D. Gerardo Carmona, Capitán de Infantería.
Sr. D. Valentín Ramírez, Empleado.
Sr. D. Fermin Jiménez de Argüello, Empleado y Propietario.
Sr. D. Ramiro Navas y Pérez, Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral y Profesor de la Escuela Normal de Maestras.
Sr. D. Celedonio Sastre Serrano, Abogado y Propietario.
Sr. D. Juan Antonio Nieto Tellechea, Notario.
Sr. D. Gregorio Velayos, Abogado y Propietario.
Sr. D. Edmundo Pérez Iñigo, Profesor de la Academia de Administración militar.
Sr. D. Ramón Castillo García y Soriano, Abogado, Diputado á Cortes por Piedrahita de la Sierra.
Ilmo. Sr. D. Santiago Alonso y Perote, Médico.
Sr. D. Manuel Fábregas del Pilar, Profesor de la Academia de Administración militar.
Sr. D. Manuel Ortega Pérez, Licenciado en Farmacia y Propietario.
Sr. D. Antonio Fontados, Industrial.
Sr. D. José Díaz Ocaña, Empleado y Propietario.
Sr. D. Santos Crespo, Farmacéutico, Segundo Teniente Alcalde.

Sr. D. Florentin Arroyo, Profesor de la Escuela Normal de Maestras, y Escritor didáctico.

Sr. D. Emiliano Sánchez Cobiella, Académico correspondiente de la de Bellas Artes de San Fernando, y ex-delineante de Obras públicas.

Doctor D. Juan Guerras y Valseca, Catedrático y Vice-director del Instituto provincial, Vicepresidente de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos.

Sr. D. Juan Prat y Más, Presbítero, Catedrático del Instituto provincial.

Sr. D. Sergio de Bustos Miguel, Profesor Auxiliar del Instituto provincial.

Sr. D. Ignacio Martín Beláustegui, Registrador de la propiedad.

Sr. D. Agustín Lorente, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral.

Sr. D. Eduardo Teijeiro Visconti, Coronel, Comandante militar de la Zona.

Sr. D. Fabriciano Romanillos, Abogado.

Excmo. Sr. D. Isidro Benito Lapeña, Senador del Reino por la provincia de Ávila.

Sr. D. Juan García Vélez, Propietario.

Sr. D. Enrique Ballesteros, del Cuerpo de Bibliotecarios, Archiveros y Anticuarios, y Periodista.

Sr. D. Cipriano Moreno, Alumno del Instituto provincial.

Sr. D. Hipólito González, Contador del Excmo. Ayuntamiento.

Sr. D. Pascual Amat y Esteve, Abogado, Oficial de Administración militar, Diputado á Cortes por Arévalo.

Sr. D. José García Suarez, Coronel graduado retirado.

Sr. D. Manuel Mateos Sánchez, Alumno del Instituto provincial.

Sr. D. Manuel Rodríguez Brochero, Oficial de Administración militar.

Sr. D. Antonio Villalobos, Industrial y Comerciante.

Sr. D. Emilio Cores López, Teniente Coronel de infantería.

Sr. D. Francisco López Pachón, Fabricante.

Sr. D. Aurelio García Serrano, Propietario.

Sr. D. Melquiades Lefler, Sargento de la Guardia civil.

Sr. D. Vicente Gil Martín, Propietario y Maestro de obras.

Sr. D. Gabriel García Gómez, Capellán de Casa de Misericordia de *Santa Teresa de Jesus*.

Sr. D. Federico García Sánchez, Industrial.

Sr. D. Miguel García Ocaña, Comandante retirado.

Muy Ilustre Sr. D. Andrés Pajares, Chantre de la Santa Iglesia Catedral.

Sr. D. Niceto Sánchez Fernández, Alumno del Instituto provincial.

Sr. D. Jesus Sánchez, Alumno del Instituto provincial.

Sr. D. Eduardo de la Iglesia, Comisario de Guerra.

Sr. D. Ricardo García, Propietario, Procurador de los Tribunales.

Sr. D. Román Golmar, Albañil.

Sr. D. Félix Albarrán, Teniente de infantería.

Sr. D. Luís López González, Propietario y Procurador de los Tribunales, (Arévalo).

Excmo. Sr. D. Telesforo Gómez Rodríguez, Registrador de la Propiedad, ex-Diputado á Cortes, Escritor, (Arévalo).

Sr. D. Nicasio Hernández, (Arévalo).

Sr. D. Enrique Izquierdo, (Arévalo).

Sr. D. Carlos García Serrano, Médico, (San Juan de la Nava).

Sr. D. Policarpo Araujo, Procurador, (Barco de Avila).

Sr. D. Juan Sánchez de las Matas, Notario, (Barco de Avila).

Sr. D. Valentin Dávila, Secretario de Ayuntamiento, por dos ejemplares, (Barco de Avila).

Sr. D. Emilio Santacana, Médico, (Tornadizos de Avila).

Sr. D. Eduardo García Reyero, (Cebreros).

Sr. D. Bibiano Gil Pérez, Profesor de segunda enseñanza, (Cebreros).

Sr. D. Saturnino Gil Pérez, Médico, (Cebreros).

Sr. D. Rogelio Espinosa, (Cebreros).

Sr. D. Celedonio González, (Cebreros).

Sr. D. Blas Alvarez, (Cebreros).

Sra. Doña Julia Rodríguez, Profesora de Instrucción primaria, (Las Berlanas).

Sr. D. José González de Rivera y de la Llave, (Mombeltran).

Sr. D. Emilio Hernández de Lorenzo, Médico, (Velayos).

Sr. D. Manuel Guerras, Cura párroco, (Velayos).

Sr. D. Antonio Alvarez, Alcalde de Velayos.

- Sr. D. Julián Collado, Notario, (Velayos).
Sr. D. Juan Candil Malpartida, Farmacéutico, (Velayos).
Sr. D. Marceliano Sánchez de Rivera y Ortiz, Médico,
Escritor, (Piedrahita).
Sr. D. Alberto Sánchez Monge, Abogado, (Piedrahita).
Sra. Doña Purificación Martín Gómez, (Piedrahita).



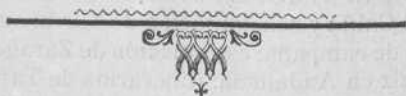
ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA.....	5
INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO PRIMERO: LOS ÁRABES.....	13
I.—Los árabes, como elemento integrante de la Historia de España.....	13
II.—La cultura árabe, antes de Mahoma.....	15
III.—La religión primitiva de la Arabia.....	17
IV.—Mahoma y su doctrina.....	19
V.—Primeros progresos del Islamismo.....	23
VI.—La propaganda del Islamismo con Abu-Beckr y con Omar.....	26
VII.—Las conquistas y las disidencias Mahometanas, durante los califas Othmán y Ali.....	28
VIII.—Los omeyas, hasta la conquista de España..	31
IX.—Caracter moral de los árabes.....	33
X.—Rivalidades: los <i>yementes</i> y los <i>maaddies</i>	36
CAPÍTULO SEGUNDO: DECADENCIA GÓTICO-HISPANA	41
I.—Ojeada retrospectiva á la Historia de España..	41
II.—Los godos y el pueblo hispano-romano.....	43
III.—Decadencia moral del imperio hispano-gótico.	46
IV.—Decadencia religiosa.....	48
V.—Los judíos españoles antes del concilio III de Toledo	51
VI.—Los judíos españoles bajo el régimen católico del imperio godo.....	54
VII.—Witiza y su política, según las crónicas.....	58
VIII.—Discusión histórico-crítica respecto á Witiza.....	62
IX.—Los árabes y los godos en la Mauritania Tingitana.....	66
X.—La anarquía y la debilidad del imperio gótico-hispano, frente á la invasión musulmana... ..	69
CAPÍTULO TERCERO: LA INVASIÓN.....	73
I.—Las primeras invasiones de los africanos en España.....	73

	Págs.
II.—Muza ben Nozair en la Tingitania.....	76
III.—Destronamiento de Witiza y proclamación de Rodrigo en el imperio hispano-gótico: ca- racter probable de esta revolución.....	79
IV.—La leyenda de Florinda, según las crónicas cristianas.....	85
V.—La leyenda de Florinda, ó la Cava, según las crónicas arábigas.....	88
VI.—Discusión histórico-crítica acerca de la tradi- ción de la Cava.....	91
VII.—La conspiración de los partidarios de Witi- za: el desembarco y la exploración de Tarif Abu Zara.....	96
VIII.—La expedición de Tarik ben Ziyed: discu- sión crítica acerca de la confusión de los nombres de Tarif y de Tarik.....	100
CAPÍTULO CUARTO: LA BATALLA DEL WADI- BECCA.....	106
I.—Tarik ben Ziyed en Carteya: la supuesta derro- ta de Bengo.....	106
II.—La alarma del gobernador de la Bética, Teo- domiro, y los preparativos militares del rey Rodrigo.....	108
III.—Los partidarios de Witiza en el ejército godo.	111
IV.—La batalla del Wadi-Becca..	114
V.—La fecha de este combate.....	120
VI.—Discusión crítica acerca del lugar, en que tuvo efecto.....	123
VII.—Duración de la batalla del Wadi-Becca, y causa de la derrota de Rodrigo.....	128
VIII.—Discusión crítica acerca de la traición de los witzanos.....	132
IX.—El rey Rodrigo, después del combate del Wa- di-Becca.....	137
X.—El conde Julián y el arzobispo Oppas, según la crónica y la crítica.....	140
CAPÍTULO QUINTO: LA CAMPAÑA DE TARIK...	147
I.—Primeros efectos morales de la batalla del Wa- di-Becca: las órdenes de Muza y la desobe- diencia de Tarik.....	147
II.—La toma de Écija: plan de campaña de Tarik..	151

	Págs.
III.—Expedición de Moguits Ar-Romí: la toma de Córdoba.....	154
IV.—Expedición de Zaide ben Kesadi por el sur de Andalucía y Murcia: los judíos, los siervos hispano-romanos y la nobleza visigoda en los primeros momentos de la conquista....	160
V.—Marcha de Tarik á Toledo: Pelayo en esta ciudad.....	163
VI.—Capitulación de Toledo.....	167
VII.—Expedición de Tarik por ambas Castillas: término de esta primera campaña.....	171
CAPÍTULO SEXTO: LAS CAMPAÑAS DE MUZA Y DE ABDALAZIZ.....	177
I.—Muza en España: su ejército y su escolta.....	177
II.—Plan de campaña de Muza: la sorpresa de Carmona, la rendición de Sevilla y la entrega de Beja.....	180
III.—El cerco de Mérida: la emboscada de la Cantera y la torre de <i>los mártires</i>	183
IV.—Capitulación de Mérida: desacuerdo de los historiadores respecto á la fecha de este suceso.....	187
V.—Muza en Toledo: la destitución de Tarik.....	191
VI.—Muza y Tarik en Almaráz: la batalla de Segoyuela: nuevas noticias del rey Rodrigo....	194
VII.—La campaña de Abdalaziz en Andalucía: represión de las sublevaciones de Beja, Ilipula y Sevilla: probable inteligencia de los insurrectos de Andalucía con el conde Teodomiro.....	198
VIII.—Expedición de Abdalaziz á Murcia y Orihuela: el ardid de Teodomiro y la caballerosidad de Abdalaziz.....	201
IX.—El reino tributario de Tadmir.....	205
CAPÍTULO SÉPTIMO: LA SUMISIÓN DE ESPAÑA.	209
I.—Misión al Califa y rehabilitación de Tarik: nuevo plan de campaña: capitulación de Zaragoza.	209
II.—Abdalaziz en Andalucía: itinerarios de Tarik y de Muza después de la rendición de Zaragoza: manifiesta rivalidad entre ambos generales.....	213

	Págs.
II.—Llamada de Muza y Tarik por Al-Walid.....	217
IV.—Muza y Tarik en Damasco: opiniones de los historiadores respecto á la suerte posterior de estos dos caudillos.....	220
V.—Abdalaziz, wali de España: extensión de las conquistas árabes en la península: las primeras monedas hispano-musulmanas.....	224
VI.—Conducta de los godos, del pueblo hispano-romano y de la raza judía durante la conquista.....	228
VII.—Entusiasmo guerrero-religioso de los musulmanes.....	231
VIII.—Espíritu tolerante de los árabes en la conquista.....	236
IX.—Elementos de reconquista nacional y cristiana, que se vislumbran al terminar la conquista de España por los árabes.. ..	238
APÉNDICES	241
A. —El palacio encantado de Toledo.....	243
B. —Tarifa y Al-Andalus.....	248
C. —Leyendas árabes referentes á la entrada de Tarik.....	252
D. —Los hijos de Witiza.....	253
E. —La mesa de Salomón.....	260
F. —La rehabilitación de Tarik en el mando de sus tropas.....	262
Autores principalmente consultados y más frecuentemente citados en esta obra.....	265
Relación de los suscriptores de Ávila á la presente publicación.....	269





1



0.175

933